LA BANDERA VERDE

HISTORIAS DE GUERRA Y DE AMOR



A. CONAN DOYLE

La presente edición digital reproduce la recopilación de relatos publicada por *La Novela Ilustrada* con el título de *La Bandera Verde - Historias de Guerra y de Amor*. Debe precisarse que esta edición española de principios del siglo XX se basó a su vez en las recopilaciones publicadas en 1900 por **Smith, Elder & Co. y George Bell & Sons**, entre otros, con el título de *The Green Flag and Other Stories of War and Sport (La Bandera Verde y Otras Historias de Guerra y Deporte)*. Ahora bien, las ediciones inglesas contaron con cinco relatos más que la española, que puede considerarse una versión reducida de aquéllas. Los relatos omitidos en *La Novela Ilustrada* son: *The Crime of the Brigadier; The Croxley Master; The Lord of Château Noir; The Striped Chest y A Foreign Office Romance*.

Arthur Conan Doyle

La bandera verde

Historias de Guerra y de Amor

ePub r1.0
Titivillus 17.08.2021

Título original: *The Green Flag and Other Stories of War and Sport*
Arthur Conan Doyle, 1900
Ilustraciones: F. Mota
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
Muchas gracias a Capitán Rojo y Rbear por el original

ePub base r2.1


LA BANDERA VERDE
Historias de Guerra y de Amor

Arthur Conan Doyle.



SUMARIO

—*The Slapping Sal*
The Sunday Inter Ocean, Chicago, julio de 1893

LOS TRES CORRESPONSALES
—*The Three Correspondents*

LA BANDERA VERDE

CUANDO JACK Conolly, de la brigada de fusileros irlandeses, terror de las colinas de Irlanda, jefe atendido de la extrema izquierda de la «Land League», fue muerto bruscamente por un tiro disparado por el sargento Murdoch, del cuerpo de constables, en una correría nocturna cerca de Kantuck, su hermano gemelo Dennis alistó en el ejército inglés. Corría muchos peligros en el país, y como no poseía los 75 chelines necesarios para marcharse a América, eligió el único medio práctico de expatriarse.

Pocos reclutas que dieran menos esperanzas habría tenido S. M., porque su sangre de viejo celta ardía en odio contra Inglaterra y contra cuanto a los ingleses concernía. Sin embargo, el sargento con el cual se alistó sonrió complacido al contemplar su cuerpo robusto y sus anchos hombros, y lo envió con otros doce al depósito de Fermoy, desde donde a las pocas semanas fue expedido con sus compañeros al primer batallón de Royal Mallows, destinado a servir en el extranjero.

Gente muy extraña componía entonces el batallón. Se estaba en las peores horas de las luchas agrarias en Irlanda, donde durante el día máquinas de guerra destruían las casas de los colonos y de noche daban vueltas éstos, enmascarados, con sus fusiles viejos en la mano. Los hombres arrancados por la violencia a sus casas y campos, no tenían más medios de existencia que alistarse al servicio de un gobierno al cual consideraban causante de su ruina, y entre ellos solía haber gente que tenía faltas pasadas que echarse en cara. Entre los reclutas de los regimientos de Irlanda, muchos no contestaban al pasar lista, porque no recordaban sus propios nombres. El batallón de Royal Mallows tenía muchos soldados de esta clase, y aunque tenían fama de formar uno de los cuerpos más valerosos del ejército, sus oficiales estaban muy enterados de que rodeaban la bandera elegida, con cierto espíritu oculto de traición.

La compañía C era la que tenía más hombres animados de tales sentimientos y precisamente a ella fue destinado Dennis Conolly.

Casi todos los hombres de la compañía eran celtas y católicos; todos, hasta el último, pertenecían a la clase de colonos. Su experiencia del gobierno británico se limitaba al conocimiento de su inexorable propietario y de los constables, dispuestos siempre a auxiliar al recaudador de contribuciones. No era Dennis el único de aquellos «outlaws» nocturnos en las filas de la tropa, ni tampoco el único que sintiera rugir en su corazón el amargo recuerdo de la sangre vertida durante aquellas luchas intestinas, en las cuales la crueldad había engendrado la ferocidad. Los propietarios, abrumados bajo el peso de las hipotecas, no se apiadaban de sus arrendatarios y aplicaban la ley con todo rigor; pero para hombres como Jim Holan, Patrick Mac Quire y Peter Flynn, que habían visto arrancar la techumbre de sus chozas y echar a la calle a su familia y sus muebles, no era posible considerar la ley como una abstracción. No es de extrañar que en lucha tan larga y terrible cometieran los colonos violencias numerosas, y los propietarios abusos no menos graves. Un hombre herido no siente más que su propio dolor. Las filas de la compañía C del Royal Mallows se componían, pues, de hombres de corazón dolorido y feroz. En las cantinas y cuadras se oían murmullos; las salas de las posadas servían para reuniones frecuentes; de boca en boca circulaban el santo y seña y los signos convencionales, de modo que los oficiales se alegraron mucho cuando llegó la orden de marcha al extranjero, y a mayor abundamiento, para servicio activo.

Los regimientos de Irlanda, compuestos de descontentos, consideraban muchas veces desde lejos a los enemigos del pueblo inglés como verdaderos amigos; pero cuando llegaba la hora del combate, cuando sus oficiales se adelantaban dando gritos de guerra, aquellos corazones rebeldes se sentían arrastrados, su sangre celta valiente y noble hervía en la embriaguez del combate, hasta el punto de que los regimientos ingleses, más fríos, se asombraban de haber podido dudar un momento de la lealtad de sus compañeros irlandeses. Suponían los oficiales que lo mismo ocurriría aquella vez, pero no opinaban así Dennis Conolly y algunos de sus compañeros, como pudieran evitarlo.

Era una mañana del mes de Marzo, en los confines orientales del desierto de Nubia. Todavía no había salido el sol, pero una nube brillante empezaba a colorear el cielo hasta el cénit y en el horizonte se extendía una ancha faja de mar, como una cinta de color de rosa. Desde la ribera se extendía una inmensa llanura de arena, moteada a trechos de bosquecillos de mimosas y de malezas. Ningún árbol rompía la monotonía de la inmensidad del desierto. Las tintas polvorientas y sombrías de aquellas malezas y el amarillo deslumbrador del

arenal eran los únicos colores perceptibles para la vista, excepto sobre un punto en lontananza, donde se columbraba un hacinamiento de piedras blancas encima de un montecillo. Pero si un viajero se le hubiera acercado habría visto con terror que no era un montón de piedras, sino de huesos blanqueados, de una columna destrozada. Con sus tintas sombrías, sus malezas llenas de animales venenosos, su aridez y aquel rastro de mortandad en la llanura, aquel país era para dar pesadillas a cualquiera.

A ocho o diez millas tierra adentro la llanura ondulaba en una colina mejor dibujada y terminada con peñascos de basalto rojo que se dirigían en zigzag de Norte a Sur, coronados por un cerro fantástico. En la cima, aquella mañana de Marzo, había tres jefes árabes: el jeque Kadra de los hadendowas, Mussa-Wad-Aburhagel, el jefe de los derviches bereberes y Hamid-Wad-Hussein, que había venido del Norte con sus hombres del país de los baggaras. Los tres acababan de levantarse de sus alfombras de oración, y miraban a lo lejos (con su rostro de nariz aguileña, de mirada feroz) el horizonte, iluminado por las primeras claridades de la aurora.

El globo rojo del sol se levantaba lentamente por encima de la mar lejana, y la costa resaltaba, dorada, sobre el azul obscuro de las olas. Distinguíase a lo lejos un grupo de casas de muros blanqueados que formaba como una mancha en el paisaje, mientras en el horizonte, cuatro buques, que por la distancia parecían juguetes de niño, señalaban el sitio de tres acorazados ingleses y del navío almirante. Pero los jefes árabes no dirigían sus miradas a aquella población lejana ni a aquellos buques inmensos, ni a las osamentas que debajo de la cima brillaban. A dos millas del lugar en que estaban, en medio de las ondulaciones del arenal y de los bosquecillos de mimosas, había un vasto paralelogramo dibujado por malezas cortadas. Desde el interior, media docena de humaredas azules subían suavemente por la atmósfera tranquila de la mañana, mientras se distinguía el murmullo confuso y profundo de voces de hombres y los gruñidos de los camellos, que a causa de la distancia se podrían haber tomado por zumbidos de insectos.

—Los infieles han cocido la comida de la mañana —dijo el jeque de los baggaras, protegiendo sus ojos del resplandor del sol con su mano morena y musculosa—. Realmente han dormido poco, porque Hamid y un centenar de sus hombres no han dejado de disparar desde que salió la luna.

—Lo mismo ocurría con sus antecesores en esta guerra —respondió Kadra señalando con la vaina de su sable el antiguo campo de batalla—. También ellos habían pasado un día sin beber y una noche sin descansar, y sus corazones se habían apagado antes que los hijos del Profeta les miraran a

los ojos. Esta espada bebió mucha sangre aquel día y la volverá a beber antes de que sol haya acabado su carrera desde el mar hasta la colina.

—Y sin embargo, éstos son otros hombres —observó el derviche de los bereberes—. Ya sé que Alá ha puesto su suerte en nuestras manos, pero quizá éstos, con sus enormes sombreros, se resistan más que los hombres malditos de Egipto.

—¡Roguemos a Alá que así sea! —gritó el feroz baggara relampagueándole los negros ojos—. No he traído 700 hombres desde el río al litoral para cazar mujeres. Mirad, hermanos, ya empiezan a desplegarse.

Oyose trompetería en el campamento, e inmediatamente la cerca de malezas fue echada abajo y pisoteada, y la pequeña columna empezó a avanzar lentamente por la llanura. Después de haber salido completamente del campamento, se paró, y el fuego del sol hizo resplandecer las bayonetas y las culatas de los fusiles. Formáronse las filas, y los grandes cascos de médula de saúco se tocaron de tal modo, que daban la impresión de una inmensa cinta blanca. Dos fajas de color de escarlata brillaban en ambos flancos de la columna y resaltaban sobre los uniformes de kaki de los soldados, confundiéndose con el color monótono de la arena del desierto. En medio de la tropa iba encerrada una masa densa de camellos y muchos portadores de bagajes, provisiones y material de ambulancias.

A derecha e izquierda de las tropas de a pie caracoleaban dos grupos de caballería, y delante una línea flotante de infantería montada avanzaba lentamente por la llanura llena de malezas, deteniéndose en cada eminencia del terreno, examinándolo todo en derredor con circunspección, como quien ha de abrirse camino entre las osamentas de aquellos que les han precedido.

Los tres jefes seguían en el cerro mirando con ojos sedientos de sangre y labios apretados aquella mancha de acero que se les acercaba.

—Se despliegan con más lentitud que los hombres de Egipto —gruñó entre su barba negra el jeque de los hadendowas.

—Puede que retrocedan más lentamente también, hermano —murmuró el derviche—. Y sin embargo, no son muchos… lo más tres mil.

—Y nosotros somos 10.000, con la mano del Profeta que sostiene nuestras espadas y con sus palabras inscritas en nuestras banderas. Mirad al jefe, que se inclina hacia la derecha y nos contempla con esos cristales que acercan los objetos. Puede que vea esto.

Y el árabe empezó a agitar su sable hacia el grupito de jinetes que se había destacado en la columna.

—¡Mirad, mirad! —clamó el derviche—, hace señales. Y mirad allá abajo en aquel rincón a aquellos hombres que se inclinan para levantar una cureña. ¡Ah! ¡Por el Profeta! Ya sabía yo que era así.

Al acabar de decirlo, una nube de humo se elevó en un ángulo del cuadrado y una bomba de siete libras estalló por encima de sus cabezas, con metálico estruendo. Los cascos rompieron a su alrededor las rocas rojas.

—¡Bismillah! —exclamó el hadendowa—, si su cañón alcanza hasta aquí, el nuestro sabrá contestarle. A caballo en seguida. Mussa, dirígete a la izquierda y di a Ben-Alí que les corte la piel a los egipcios si no logran apuntar bien y alcanzarles. Tú, Hamid, echa por la derecha y manda colocar tres mil hombres en el barranco que hemos designado. Toquen los demás el tambor y saquen la bandera del Profeta, que, ¡por la piedra negra de Mahoma! las lanzas de nuestros hombres habrán bebido antes de erguirse de nuevo hacia el cielo.

Por la cima de las colinas rojas se extendía una larga meseta aislada, cubierta de cantos rodados. Bajaba con rápida pendiente hacia la llanura, excepto en un sitio que la separaba de ésta con un barranco, disimulado por bancos de arena y malezas de color verde pálido. Resguardadas por aquella posición estaban ocultas las tropas árabes; multitud abigarrada, compuesta de tribus del desierto, de feroces bandidos del interior dedicados a la trata de negros, de derviches salvajes del alto Nilo, reunidos todos con el mismo fin, por su valor y su fanatismo comunes.

Había allí dos razas bien distintas, tan separadas como los dos polos: el árabe de labios delgados y pelo tieso, y el negro de labios gordos y melena crespa, y sin embargo, la fe en el Islam los había unido entre sí más de lo que lo hubiera hecho la ley de sangre. Sentados en medio de las rocas o echados a la sombra, miraban con curiosidad a la columna, que se desplegaba lentamente a su vista, mientras las mujeres, con odres llenos de agua y sacos de «dhoora» iban de grupo en grupo, recitando a unos y a otros los versículos de guerra del Corán, que en los momentos de batalla embriagan a los verdaderos creyentes más que el vino. Unas veinte banderas ondeaban sobre aquella muchedumbre harapienta, cuyos ojos brillaban de valor. Montados en caballos del desierto o en camellos blancos de Bishara estaban los emires o jeques que habían de guiarlos a la victoria contra los infieles.

Cuando el jeque Kadra cabalgó y sacó el sable, se alzaron grandes gritos mezclados con el ruido y tintineo de las armas, mientras los tambores hacían sonar redobles semejantes al mugir de las olas en la playa. En un santiamén se cubrió el cerro de diez mil hombres que blandían las armas y golpeaban

impacientes el suelo con los pies. Un momento después estaban ocultos a todas las miradas, aguardando con calma y silencio las órdenes de sus jefes. La columna, formada en cuadro, se encontraba entonces a media milla escasa de distancia; las bombas de siete libras se sucedían rápidamente y estallaban por encima de los árabes. De pronto, a la derecha de éstos, se oyeron detonaciones formidables: eran los cañones Krupp egipcios que entraban en acción. La mirada de águila de Kadra notó que los proyectiles iban a parar más allá del blanco. Picó espuelas y se dirigió hacia un grupo de jefes montados, colocados cerca de los dos cañones, cuyos artilleros eran cautivos recientes.

—¿Qué es esto, Ben-Alí? —gritó—. No apuntaban así esos perros cuando peleaban con sus amigos.

Un momento después, uno de los jefes hacía retroceder su caballo, envainando el sable que chorreaba sangre.

En el suelo, y a su lado, yacían los artilleros egipcios degollados.

—¿Quién apuntará el cañón ahora? —preguntó el feroz jefe mirando de frente a los artilleros aterrados—. ¡Vamos, de prisa, hijo maldito de Satanás; apunta bien, o cuidado con el pellejo!

Fuera por suerte o por habilidad, las granadas tercera y cuarta estallaron precisamente encima del cuadro. El jeque Kadra se sonrió terriblemente y salió a escape hacia la izquierda, donde se veía bajar hacia el barranco a una tropa de hombres con lanzas. Cuando los alcanzaba oyose por la llanura hondo rugido semejante al de alguna fiera, y varios árabes cayeron revueltos, alcanzados por el alud de plomo de un cañón Gardner. Sus compañeros pasaron por encima de ellos y continuó la bajada al barranco. Inmediatamente estalló en toda la cresta nutrido tiroteo de Remington.

El cuadro seguía avanzando poco a poco, escalando los montecillos de arena, deteniéndose cada tres o cuatro minutos para volverse a formar. Seguro de que el enemigo no había ocultado tropa alguna entre las malezas, el jefe le hizo cambiar de dirección y seguir una línea paralela a la posición de los árabes. Ésta era harto escarpada para permitir un ataque de frente, pero el general tenía la esperanza de poderle dar la vuelta si lograba adelantar bastante hacia la derecha. En la cima de aquellas colinas rojizas, entreveía para sí en el porvenir un título de «baronnet» y un respetable aumento de su paga de retiro; esperaba ganar aquel día honra y provecho. El fuego de los Remington era muy molesto, así como los dos cañones Krupp que poseía el enemigo, y ya veía que sus camillas de campaña estaban llenas de heridos. Pero creía más hábil no romper el fuego hasta que hubiera un blanco más fácil

para apuntar que aquellos centenares de cabezas crespas que lo contemplaban desde lo alto de la posición enemiga.

Era un hombre robustísimo, de tez colorada, gran jugador de «whist», soldado muy conocedor de su oficio. Sus hombres tenían en él confianza completa, y él hacía muy bien en confiar en ellos, pues eran en todos conceptos tropa escogida. Partidario convencido del servicio de corta duración, siempre cuidaba de utilizar sobre todo batallones de veteranos, y la tropa que mandaba había sido elegida con esmero y compuesta de lo mejor que había en el cuerpo de ejército.

El frente izquierdo del cuerpo estaba formado por cuatro compañías del Royal Wessex y el derecho por otras cuatro del Royal Mallows. En cada ala, el resto de ambos regimientos, marchaba en columnas de compañía. Detrás iba un batallón de Guards a la derecha y otro de marina a la izquierda, y un batallón de fusileros formaba la retaguardia. Dos cañones de tiro rápido del Royal Artillery escoltaban a la columna, y una docena de marinos con chaquetones, acompañados por sus oficiales con blusa azul entallada, llevaban al frente sus cañones Gardner, que se paraban de cuando en cuando para vomitar sus terribles proyectiles sobre las banderas harapientas que flotaban por encima del precipicio. Húsares y lanceros verificaban reconocimientos, por entre la maleza sobre los flancos de la tropa y en medio del cuadro avanzaba el grupo compacto de camellos, con sus ojos húmedos, sus belfos desdeñosos, sus cabezas extrañas que formaban contraste con los heridos que empezaban a llenar las camillas con que aquéllos iban cargados.

La columna marchaba lentamente siguiendo una línea paralela a la cresta de las rocas, deteniéndose a cada momento para recoger los heridos y para permitir a los cañones Gardner y de tiro rápido producir sus efectos. Los hombres parecían graves, porque cuando el ejército árabe se dejó ver en el cerro, pudieron darse cuenta del número y ferocidad de sus enemigos. No obstante, sus rostros conservaban la inmovilidad de la piedra; comprendían todos que había que vencer o morir, y morir seguramente entre atroces tormentos. El más serio de todos era el general, porque acababa de ver algo que le había hecho subir la sangre al rostro y fruncir el ceño.

—Dígame usted, Stephen —murmuró dirigiéndose a su ayudante de campo—, me parece que flaquea el batallón de Mallows; la compañía de la derecha ha hecho un movimiento de retroceso cuando han aparecido de improviso los negros de allá arriba.

—Es la tropa más bisoña de la columna, mi general —repuso el oficial de órdenes mirándola con los gemelos.

—Diga usted al coronel Flanagan que ande con ojo, Stephen —replicó el general.

El ayudante salió a galope en la dirección indicada.

El coronel, soldado viejo de origen celta, se fue inmediatamente hacia la compañía C.

—¿Cómo se presentan sus hombres de usted, capitán Foley? —preguntó.

—Nunca han estado mejor dispuestos —contestó el capitán con el tono de un oficial encolerizado al pensar que se pueda dudar del valor de sus soldados.

—¡Excítelos usted un poco! —exclamó el coronel.

Cuando se alejaba, un sargento portaguión pareció que vacilaba y cayó sobre un plantío de mimosas.

No hizo esfuerzo alguno para levantarse y quedó tendido entre las ramas.

—¡El sargento O'Rooke ha caído! —gritó una voz.

—¡Lo siento mucho, hijos! —dijo el capitán Foley—. Ha muerto como soldado, combatiendo por la reina.

—¡Que se la lleve el demonio a la reina! —dijo entre filas una voz ronca.

Pero el estrépito de la artillería y el chasquido de la carga de los cañones de tiro rápido interrumpieron la frase empezada. La habían oído, sin embargo, el capitán Foley y los tenientes Grice y Murphy, pero hay momentos en que la sordera es un presente de los dioses.

—¡Aplomo, Mallows! —exclamó el capitán aprovechando una interrupción del ruido del cañón—. Tenemos que dejar hoy a salvo el honor de Irlanda.

—Ya sabremos cómo dejarlo, capitán —gritó la misma voz siniestra.

Oyéronse murmullos en toda la compañía.

El capitán y los dos oficiales se retiraron detrás del frente de la línea.

—No los tenemos muy sujetos —murmuró el capitán.

—Vive Dios —respondió Murphy (buen muchacho, oriundo de Galway) —, va usted a ver que van a echar a correr.

—Ya han estado para retroceder cuando aparecieron los negros en la colina —dijo Grice.

—¡Al primero que vuelva la espalda le planto el sable en la tripa! —exclamó Foley lo bastante alto para que lo oyeran las cinco filas colocadas a ambos lados.

Y luego en voz más baja prosiguió:

—Mal trago es éste, pero mi deber es ir a contar al jefe lo que acaban ustedes de decirme, para que coloque detrás de nosotros una compañía de

veteranos con bayoneta calada.

Alejose de la compañía sin pensar más que en la salvación de la columna, pero antes de haber llegado a donde iba, ya no existía el cuadro.

Siguiendo la marcha de frente contra lo que creían ser uno de los lados de la posición, habían llegado los ingleses frente al sitio donde desembocaba el barranco. Tumbados y ocultos detrás de los matorrales, había allí 3.000 derviches, todos soldados escogidos al mando de Hamid-Wad Hussein, jefe de los baggaras. Tres tiros dispararon los tres exploradores de la infantería montada. Inmediatamente emprendieron la fuga tratando de salvar la vida, espoleando las cabalgaduras, corriendo por la llanura tendidos encima del cuello de los caballos, mientras los perseguían velozmente uno cuarenta albornoces blancos. De pronto pareció que se animaban matorrales y rocas. Por todos lados surgieron rostros negros. Los gritos de los árabes habían ahogado la voz de los oficiales ingleses. Inmenso clamor surgió de la emboscada. Dos fuegos de salva del Royal Wessex, una nube de proyectiles del cañón de tiro rápido cayeron sobre el enemigo, pero antes de que se pudiesen cargar de nuevo las armas, una inmensa ola negra ribeteada de acero derribó al cañón, empujó al Royal Wessex hasta en medio de los camellos y de los bagajes y un millar de fanáticos dislocó el cuadro, penetrando hasta el centro.



Los camellos y mulos allí colocados, apretados cada vez más unos contra otros, según los guías flojeaban bajo la ola desbordada de los hombres de las tribus del desierto, impedían ver lo que pasaba en las otras tres caras del cuadro. Las tropas aún no atacadas se daban cuenta de la presencia de los árabes por los gritos de ¡Alá, Alá! que se acercaban cada vez más en medio de las nubes de arena que envolvían, de los animales que se debatían y de la masa recia de hombres que blasfemaban, arrastrados entre la derrota. Algunos de los del regimiento de Wessex se habían reanimado después de pasar el huracán y disparaban contra los árabes, atacados por detrás; con el pánico herían a sus compañeros, y los cirujanos pudieron comprobar más adelante que no eran sólo las balas enemigas las que habían acabado con muchos soldados ingleses.

Algunos lograron, sin embargo, formar de nuevo escuadras pequeñas, clavando furiosamente las bayonetas en el cuerpo de aquellos a quienes podían alcanzar. Otros se habían replegado, apoyando la espalda en los camellos para resistir la ola; por último, otros rodeaban al general y a los oficiales de Estado Mayor, que se habían lanzado a la pelea revólver en mano. Toda la columna había flojeado y acentuaba un movimiento de retirada ante el formidable empujón que había sufrido una de las alas.

Los oficiales y soldados de las otras, miraban ansiosos a retaguardia, sin saber qué hacer. Se veían imposibilitados de socorrer a sus compañeros sin romper su formación de combate.

—¡Vive Dios, que han aniquilado al Wessex! —exclamó Grice.

—¡Esos demonios se nos vienen encima! —contestó su compañero levantando el revólver.

Empezaban a romperse las filas y los soldados del Royal Mallows se agrupaban alrededor de Conolly hablando todos a un tiempo, mientras los oficiales trataban de atravesar con sus miradas el inmenso velo de polvo. Los marinos habían logrado salvar su cañón Gardner, que vomitaba metralla por sus cinco bocas de acero sobre la ola invasora de los salvajes.

—¡Maldito cañón! —murmuró una voz—. Ya está otra vez abarrancado.

El ruido metálico cesó mientras los artilleros trataban de ponerlo en situación.

—¡Es el dichoso almacén! —gritó un oficial—. ¡La llave inglesa, Wilson, deme la llave inglesa! ¡A los cuchillos, hijos, o nos dejan sin pellejo!

Su voz se extinguió en un grito de dolor, porque un lanzazo le atravesó el pecho. Segunda oleada de derviches bajó de la colina y se precipitó sobre el cañón y sobre el frente de la defensa. En un momento quedaron aniquilados

los marinos, pero el regimiento de Mallows sintió la embriaguez del combate y un fuego graneado bien dirigido echó al suelo a los enemigos. Había contestado al grito del Islam con otro más salvaje todavía.

La masa rugiente y atorbellinada se vio obligada a desviarse a la derecha, y se abismó en la lucha que tenía delante.

La compañía C no había hecho ni un movimiento para detener la ola invasora. Los hombres habían permanecido sombríos y apoyados en sus fusiles Martini, y algunos hasta los habían tirado. Conolly arengaba con violencia a los que tenía cerca. El capitán Foley logró abrirse paso por en medio de aquella masa, y se precipitó sobre él revólver en mano.

—¡Obra vuestra es ésta, cobardes! —exclamó.

—Si alza usted el revólver, capitán, le levantan a usted la tapa de los sesos —dijo bajo una voz junto a él.

Y vio varios fusiles dirigidos contra su pecho.

Los dos oficiales habían podido seguirle y estaban a su lado.

—¡Qué es esto! —gritó, mirando altivamente los rostros feroces de los rebeldes que le rodeaban—. ¿Sois irlandeses? ¿Sois soldados? ¿No estáis aquí para combatir por vuestra patria?

—Inglaterra no es nuestra patria —contestaron varias voces.

—No combatís por Inglaterra, sino por Irlanda y por el Imperio del cual forma parte.

—¡Abajo el Imperio entonces! —gritó el soldado Mac Quire, tirando el fusil—. De ese Imperio era defensor el hombre que me echó a la calle. Antes se secará mi mano que disparar un tiro para defenderlo.

—¿Qué es el Imperio para nosotros, capitán Foley? ¿Qué nos importa la reina? —dijo otra voz.

—¡Bastantes constables tiene para defenderla!

—Mejor harían los constables en estar aquí que en derribar las casas de los pobres.

—¡O en fusilar a nuestros hermanos, como hicieron con el mío!

—El Imperio ha dejado en medio de la calle a mi pobre y anciana madre. Púdrase su hijo antes de sostenerlo… Ya puede usted poner en un parte todo lo que digo, para que me formen consejo de guerra.

En vano emplearon los tres oficiales persuasión, súplicas y amenazas. El cuadro seguía en movimiento, y en sus entrañas proseguía la sangrienta batalla. Mientras hablaban, hombres y oficiales habían seguido, sin darse cuenta, el movimiento de retirada. El cañón de tiro rápido, inútil ya, a cuyo lado yacían los artilleros muertos, estaba ya a más de cien yardas de distancia,

y cada vez andaban más rápidamente. Aquella masa de hombres, empujada por el instinto común, se esforzaba por llegar a un sitio más favorable para volverse a formar. Tres de los flancos del cuadro estaban todavía intactos, pero el cuarto estaba roto y había sufrido pérdidas considerables, sin que los compañeros pudieran ayudarle. Los Guards habían sufrido un nuevo choque de los hadendowas, pero habían conseguido hacerlos retroceder con nutrido fuego graneado. Por su parte, la caballería había conseguido destrozar otra ola procedente del barranco en auxilio de la primera. Un hacinamiento inexplicable de caballos despanzurrados y de hombres acuchillados tendidos detrás de ellos, demostraba que los árabes, armados con lanzas, aunque caídos en el suelo, podían defenderse todavía. A pesar de todo, el cuadro seguía retrocediendo y trataba de librarse del apretón que procuraba envolverle. ¿Sería aplastado definitivamente? ¿Lograría recobrar la formación? La vida de cinco regimientos y el honor de la bandera dependían de la respuesta.

Ya habían flojeado algunas fracciones. La compañía C de Mallows había perdido toda disciplina militar y se retiraba a pesar de los esfuerzos de sus oficiales, cuyos ojos estaban hoscos, y que con temor y súplicas trataban de reunir a sus soldados. Se atropellaba al capitán y a los oficiales, mientras la mayor parte de los soldados se dirigía a su compañero Conolly como para ponerse a sus órdenes. La confusión no se había extendido a las demás tropas, porque en medio de los torbellinos de polvo y del estrépito de la batalla, las demás compañías habían perdido el contacto con sus compañeros rebeldes. El capitán Foley comprendió que quizá se pudiera evitar todavía el desastre.

—Reflexione usted lo que va a hacer, joven —dijo dirigiéndose a Conolly, que parecía en aquel momento el jefe de los amotinados—. Tiene usted en la columna más de mil irlandeses. Si se cruzan ustedes de brazos, están todos perdidos.

Aquellas palabras habían hecho poca impresión en aquel bandido viejo; quizá hubiera formado un plan en su cabeza para reunir a sus compatriotas y guiarlos hasta la orilla del mar. Pero en aquel momento los árabes habían logrado romper la línea de camellos que durante cierto tiempo había contenido su empuje. Hubo entonces espantosa pelea: una mula cayó, un herido de un lanzazo que le había atravesado de parte a parte se echó fuera de la camilla, y por aquella pequeña brecha se lanzó un tropel de salvajes desnudos, enloquecidos por el combate, ebrios de matanza, cubiertos de sangre, que chorreaba de sus armas y de sus caras. Sus gritos, sus saltos, sus actitudes cuando se bajaban para tomar impulso, la espantosa violencia de sus botes de lanza, los hacían parecer verdaderos demonios salidos del abismo.

¿Eran aquéllos los aliados de Irlanda? ¿Eran los que podían ayudarla a combatir a sus enemigos? Al pensarlo se llenó de asco el alma de Conolly.

Y sin embargo, era un hombre con designios bien determinados; pero al primer aspecto de aquellos diablos aulladores sus pensamientos se modificaron, y al segundo desaparecieron del todo. Vio a un negro gigantesco del color del carbón, agarrar a un desdichado conductor de camellos y acuchillarle la garganta. Vio a un árabe de recia melena clavar la larga lanza en la espalda de un corneta, joven irlandés de Millstreet. Fue testigo de una docena de actos odiosos de aquella clase, de la matanza de heridos, del asesinato de muleteros desarmados, y de una ojeada vio los rostros simpáticos de los marinos de la retaguardia, que se habían vuelto para hacer cara al enemigo. Los Mallows habían tomado la misma postura. En aquel momento se precipitó Conolly en medio de la compañía C y unió sus esfuerzos a los de los oficiales para obligar a los soldados a socorrer a sus compañeros.

Pero el mal ya había dado sus frutos. Las filas ya no estaban dispuestas al combate. Ya habían perdido gente, y aquel último alud de salvajes desmoralizaba más a gente que había empezado por querer evitar la batalla. Vacilaron al ver aquellas caras feroces y aquellas armas cubiertas de sangre. ¿A qué sacrificar sus vidas por una bandera que no era suya? ¿Por qué quería entonces el jefe de su rebelión decidirles a resistir, después de ser el primero en aconsejarles la traición? Ya no querían volver a formar. Lo que necesitaban era dirigirse hacia el mar para hallar refugio seguro. Conolly se lanzó entre filas, con los brazos abiertos, haciéndoles oír la voz de la razón entre gritos y súplicas. Todo era inútil: la corriente podía más que él. Ya se alejaban poco a poco, formando grupitos, del campo de batalla, dirigiéndose hacia el mar.

—Vamos, hijos, ¿os hará esto quedaros? —gritó una voz.

Era ésta tan fuerte y conmovedora, que los fugitivos miraron hacia atrás. Se pararon al contemplar el espectáculo que los aguardaba. El soldado Conolly había clavado la culata del fusil en un matorral de mimosas. En la bayoneta flotaba una banderola verde, en cuyo centro campeaba el arpa sin corona de Irlanda. Sólo Dios sabe para qué negra maquinación había ocultado Conolly debajo de la guerrera aquella bandera que había de ser señal de rebelión. A la sazón, aquella mancha verde dominaba la pelea, mientras la bandera de tres colores del regimiento quedaba en último término.

—¿Qué daréis por esta bandera? —chilló el soldado.

—¡Toda mi sangre!

—¡Yo también, yo también! —gritaron más de veinte voces.

—¡Dios la bendiga! ¡Es nuestra bandera, muchachos, es la nuestra!

La compañía C se juntó a su alrededor.

Los fugitivos se paraban unos a otros enseñándosela.

—¡Aquí, Mac Quire, Flynn, O'Hara! —se oía gritar.

—¡Alrededor de la bandera!

—¡Volved a la bandera!

Entretanto, los tres estandartes de los regimientos retrocedían lentamente a impulsos del enemigo, mientras toda la columna que formaba el cuadro buscaba un espacio libre para poder arreglar las filas. Únicamente la compañía C, seria y ennegrecida por la pólvora, iba siendo cercada poco a poco por los árabes: los hombres caían sucesivamente; los supervivientes seguían agrupándose alrededor del emblema rebelde que flotaba por encima de los matorrales de mimosas.

Se necesitó más de media hora para que la columna pudiera recobrar el orden, y volviera lentamente al campo de batalla que había tenido que abandonar.

Una larga hilera de cadáveres de soldados del Royal Mallows y de árabes señalaba con harta claridad el camino que había recorrido.

—¿Cuántos eran los enemigos que han roto nuestras líneas? —preguntó el general golpeando la tabaquera.

—Mil, o mil doscientos; no lo puedo precisar, mi general.

—No he visto salvarse ni uno. ¿Pero en qué demonios pensaba el regimiento de Wessex? Los Guards han resistido, y los Mallows también.

—El coronel Flanagan acaba de decirme que ha sido copada la compañía del ala derecha, mi general.

—¿Cómo? ¿La compañía que flaqueaba cuando avanzábamos?



—El coronel Flanagan me ha dicho que esa compañía es la única que ha sostenido el ataque, dando a la columna tiempo para formarse.

—Diga usted a los húsares que avancen, Stephen, y que traten de socorrerlos. Ha cesado el fuego, y temo que los Mallows tengan gran necesidad de refuerzos. Fórmese en batalla nuestro cuadro a la derecha, y mande usted avanzar.

Pero el jeque Kadra de los hadendowas observó desde lo alto del cerro que los hombres de anchos cascos se habían formado de nuevo y volvían a la carga con aquel aspecto tranquilo de quien nada teme. Se aconsejó con Mussa, jeque de los derviches y con Hussein, jefe de los baggaras, y grande fue su pena al saber que el tercio de su ejército dormía en el paraíso de Mahoma. Comprendiendo que le era imposible enseñar a sus tribus un trofeo de la victoria, dio la orden de retirada, y los guerreros del desierto desaparecieron como habían llegado: ni vistos ni oídos.

Una meseta de rocas rojizas, algunos centenares de lanzas y de fusiles Remington, una llanura que por segunda vez quedaba sembrada de cadáveres, fue cuanto aquel día de batalla dio al general inglés.

El escuadrón de húsares fue el primero en llegar al sitio en el cual había flotado la bandera verde. Un gran montón de árabes muertos indicaba aquel lugar. La bandera ya no estaba, pero la culata del fusil seguía plantada en el matorral de mimosas y alrededor, llenos de heridas, recibidas todas por delante, estaban tendidos los cuerpos de los soldados fenianos en medio de las filas, silenciosas ya, de sus compañeros de Irlanda. No es la sensibilidad uno de los caracteres dominantes de los ingleses, y, sin embargo, el capitán de húsares saludó con el sable al pasar por delante del ensangrentado recinto. El general inglés envió despachos a su gobierno, y el jeque de los hadendowas también se los mandó al suyo, aunque hubo gran diferencia entre los estilos de ambos.

«El jeque de los hadendowas a Mohamed Ahmed, predilecto de Alá, homenaje y fidelidad. Este parte os comunica que el cuarto día de esta luna hemos dado la batalla a los Kaffires, que se llaman ingleses, habiéndonos auxiliado el jeque Hussein con 10.000 creyentes. Con la bendición de Alá los hemos vencido y perseguido más de media milla. Estos infieles son muy diferentes de los perros del Nilo y han muerto a muchos de los nuestros. Sin embargo, creo que podremos acabar con ellos antes de que venga otra luna, y para ello cuento con que me envíes mil derviches de Ondurman. Como testimonio de esta victoria, te envío con este mensajero una bandera que hemos cogido. Podría creerse por su color que pertenece a los hijos del Profeta, pero los Kaffires la han vendido muy cara, a costa de no poca sangre, lo cual hace suponer que, a pesar de ser tan chica, la querían mucho».

EL CAPITÁN SHARKEY

I
DE CÓMO EL GOBERNADOR DE SAN KITTS VOLVIÓ A SU TIERRA

CUANDO el tratado de Utrecht acabó con la prolongada guerra de Sucesión de España, encontráronse sin trabajo la mayor parte de los aventureros que, a sueldo de las naciones beligerantes, habían tomado parte en tantas acciones. Buscaron algunos en el comercio ocupaciones más pacíficas aunque menos lucrativas, y otros se contrataron a bordo de barcos de pesca. Corto número de gente «non sancta» izó en sus buques la flámula del pirata y en el palo mayor el pabellón rojo, e hicieron por su cuenta la guerra a todas las naciones civilizadas y por civilizar.

Con tripulaciones abigarradas, procedentes de todas las nacionalidades, piratearon por los mares, desapareciendo a veces para reparar sus averías en alguna isla desierta o fondeando para entregarse a la orgía en los puertos remotos, donde deslumbraban a los habitantes con sus locas prodigalidades o los aterraban con sus violencias.

En las costas de Coromandel, en Madagascar, en aguas de África y, sobre todo, en los mares de América e Indias occidentales, eran los piratas una amenaza perpetua. Con desvergüenza nunca vista, reglamentaban sus fechorías según las estaciones, aprovechando el verano para saquear la Nueva Inglaterra, y zarpando de nuevo hacia los trópicos cuando entraba el invierno. Tanto más se los temía, cuanto que no los sujetaba aquella rigurosa disciplina que había hecho formidables e imponentes a la vez a sus antecesores. Aquellos árabes del mar no tenían que dar cuentas a ninguna potencia, y trataban a sus prisioneros según los caprichos que les inspiraba la borrachera. Actos de asombrosa generosidad alternaban con otros de ferocidad inaudita, y al capitán que tenía la desdicha de caer en sus manos, unas veces le dejaban libre con su cargamento, después de haberle tratado como compañero de diversiones, y otras le obligaban a comerse en su camarote sus propios labios

y narices, debidamente condimentados. Había que ser hombre de agallas para atreverse en aquella época a navegar por el golfo de los Caribes.

Uno de los hombres templados era John Scarrow, capitán de la «Estrella de la mañana», y sin embargo exhaló un suspiro de satisfacción cuando oyó el ruido de su ancla que acababa de echar a unas cien yardas de la ciudadela de Basse-Terre. San Kitts era el último puerto en que había de fondear, y a la mañana siguiente iba a darse a la vela hacia las islas Británicas. Ya estaba harto de aquellos mares frecuentados por los piratas. Desde que había salido de Maracaibo, con el sollado lleno de azúcar y pimentón, se había estremecido cada vez que veía aparecer una vela en el horizonte morado de las naves del trópico. Había pasado junto a las islas de Sotavento, llegando a unas o a otras y por todas partes oía contar nuevas matanzas y nuevas infamias.

El capitán Sharkey, que mandaba el buque pirata «Libertad Feliz», de veinte cañones, había cruzado por aquellos parajes, y la costa había recogido restos de buques y cadáveres de marinos. Contábanse terribles anécdotas acerca de sus bromas siniestras y de su ferocidad inflexible. Su casco, negro como el carbón, parecía haber sido fletado por la muerte, y por suplicios peores todavía.

El capitán Scarrow tenía el mayor cariño a su barco, excelente velero, y a su cargamento, que tenía gran valor. Zarpó, pues, directamente hacia el Oeste hasta la isla Bird, evitando el camino acostumbrado de los buques mercantes. Y hasta en aquellas aguas solitarias había encontrado huellas del terrible pirata.

Señaló el vigía una mañana un botecillo aislado en la inmensidad del Océano: cuando llegaron hasta él, vieron que contenía un marinero delirante, que empezó a chillar con ronca voz en cuanto le izaron a bordo, enseñaba la lengua seca, como una seta negra en el fondo de la boca. Le dieron de beber, y gracias a los cuidados que le prestaron, llegó a ser el marinero más robusto y diestro del barco. Era oriundo de Marblehead, en Nueva Inglaterra y, según dijo, el único superviviente de su schooner, echado a pique por el implacable Sharkey.

Durante una semana, Hiram Evanson (que así se llamaba) había vagado a la ventura bajo el sol de los trópicos. Contó que Sharkey había mandado echar en el bote los restos mutilados de su capitán como víveres para el marinero, el cual los había arrojado en seguida al mar temiendo que la tentación fuera irresistible en algún momento. Nada había comido desde entonces hasta que

lo recogió la «Estrella de la mañana», en un estado de locura precursor de la muerte.

Era aquella una buena adquisición para el capitán Scarrow, porque, con una tripulación algo escasa, un marinero como aquel indígena de la Nueva Inglaterra era de gran importancia, y hasta afirmó que era indudablemente el único en el mundo que debía un favor al capitán Sharkey.

Encontrándose protegido por los cañones de la ciudadela de Basse-Terre no había que temer a los piratas, pero el viejo lobo de mar no dejaba de pensar en ellos, mientras se ocupaba en vigilar el barco de los empleados que acababan de dejar el muelle de la aduana.

—Apuesto cuanto usted quiera, Morgan —le dijo a su segundo—, a que el empleado, en cuanto abra la boca, nos hablará de Sharkey.

—Bueno, capitán, aventuraré un duro —contestó el marino, robusto viejo oriundo de Bristol.

Los remeros negros llevaron el bote al lado del buque, y el aduanero, vestido de blanco, subió por la escala de cuerda y diciendo:

—Bien venido, capitán Scarrow. ¿Sabe usted las últimas noticias de Sharkey?

El capitán se sonrió, mirando a su segundo.

—¿Qué nueva diablura ha hecho? —preguntó.

—¿Qué diablura? ¿No ha oído usted hablar de ello? ¡Pues si lo tenemos metido en la cárcel de Basse-Terre! El miércoles le han sentenciado, y mañana temprano le ahorcan.

El capitán y el contramaestre dieron un grito de alegría, y a los pocos momentos los imitaba la tripulación. Prescindiendo de la disciplina, abandonaron sus puestos y subieron a cubierta para enterarse. El marinero recogido por el buque fue el primero en subir, y dirigió al cielo una mirada de gratitud, porque era un puritano ferviente.

—¡Van a ahorcar a Sharkey! —exclamó—. ¿Sabe usted si hace falta verdugo, por casualidad?

—¡Quietos todos! —gritó el segundo, cuyo sentimiento de la disciplina se sobrepuso al interés causado por las noticias de sensación—. Le pagaré a usted su duro, capitán, y será el dinero que haya dado de mejor gana. ¿Cómo han cogido a ese bandido?

—Era tan perro, que hasta sus mismos compañeros estaban hartos de él y horrorizados. Ya no querían tenerlo a bordo, de manera que le han abandonado en las pequeñas Mangles, al Sur de la Bahía misteriosa. Allí lo descubrió un traficante de Porto Bello, que lo ha traído aquí. Se habló de

mandarlo a Jamaica para que lo juzgaran allí, pero nuestro excelente gobernador, *sir* Carlos Evan, se ha opuesto a ello, diciendo: «Me pertenece, y acabaré con él». Si quiere usted quedarse aquí hasta mañana a las diez, le verá patalear en el aire.

—Bien quisiera asistir a la ceremonia —dijo el capitán—, pero estoy muy retrasado, y tendré que levar andas cuando suba la marea esta noche.

—Es imposible —dijo el aduanero con firmeza—, porque el gobernador tiene que marcharse en su barco de usted.

—¿El gobernador?

—Sí. Ha recibido del gobierno orden para dirigirse sin tardanza a la metrópoli. El barco que trajo la orden se ha vuelto a marchar a Virginia, de modo que *sir* Carlos le aguardaba a usted por haberle yo anunciado su paso antes de la estación de las lluvias.

—¡Bueno, bueno! —dijo el capitán algo perplejo—. Como marino viejo, estoy poco al corriente de las costumbres y maneras de los gobernadores y de los «baronnets»; no recuerdo siquiera haber hablado nunca con personajes de tal categoría, pero si es para servicio del rey Jorge, haré cuanto pueda por ser agradable al gobernador. Si quiere embarcar en la «Estrella de la mañana», bien venido sea, y ocupe mi camarote. La comida se compone de guisado y menestra seis veces a la semana, pero si no le gusta el alimento, podrá traerse consigo a su cocinero.

—No le preocupe a usted eso, capitán Scarrow. *Sir* Carlos no disfruta ahora de buena salud: acaba de padecer un violento ataque de calentura, y es probable que se pase todo el viaje en el camarote. El doctor Larousse ha afirmado que habría estado muy expuesto a morirse esta vez, si no le hubiera vigorizado la idea de ver ahorcar a Sharkey. Tiene mucha fuerza de voluntad, y no hay que enfadarse con él cuando hable algo bruscamente.

—Diga lo que quiera y haga lo que le plazca, con tal que no invada mis atribuciones en cuanto al mando del buque. Si él es gobernador de San Kitts, yo soy el amo a bordo. Con su permiso levaré anclas en cuanto suba la marea, porque así como él está a las órdenes del rey Jorge, yo obedezco a mi armador.

—Trabajo le costará estar dispuesto para esta noche, porque ha de arreglar muchas cosas antes de embarcarse.

—Entonces aprovecharé la primera marea de mañana.

—Estamos conformes. Le enviaré a usted los equipajes esta noche, y él saldrá mañana, si puedo decidirle a marcharse de San Kitts antes de que

ahorquen a Sharkey. Tan urgentes eran las órdenes recibidas, que tal vez se vaya antes. Así quizá le acompañe el capitán Larousse en su viaje.

El capitán y el segundo, al quedarse solos, hicieron los preparativos para recibir dignamente a huésped tan distinguido. Se preparó y arregló la mejor cámara en honor del nuevo pasajero. Diéronse órdenes para llevar a bordo cajas de frutas y toneles de vino para variar algo las monótonas comidas a bordo de un buque mercante. Por la noche empezaron a llegar los equipajes del gobernador, consistentes en grandes maletas con aros de hierro, cofres de latón y otros objetos de formas caprichosas, que al parecer contenían espadas y sombreros de tres picos. Llegó por fin una carta, cuyo sobre ostentaba ancho sello rojo con escudo, la cual decía que *sir* Carlos Evan saludaba al capitán Scarrow y se proponía llegar a bordo la mañana siguiente, tan pronto como se lo permitieran sus ocupaciones y achaques.

Cumplió lo ofrecido, pues apenas apuntaba el alba por el sonrosado horizonte, se acercó su bote al barco, y subió con alguna dificultad por la escala el gobernador. Aunque éste tenía fama de ser algo original, no estaba preparado el capitán a la llegada del ser excéntrico que vio entrar cojeando y apoyado en un fuerte bastón de bambú. Llevaba una peluca Ramillies, cuyos innumerables rizos parecían las lanas de un perro. Tan próximos estaban a la frente, que parecían hallarse pegados a las enormes gafas verdes que le tapaban los ojos. Precedíale, cortando el aire, una nariz aguileña muy larga y delgada. Temía tanto a la calentura, que llevaba envueltas la barba y la garganta en una ancha corbata de lienzo. Vestía una bata adamascada, cuyo cordón le rodeaba la cintura. Levantaba la nariz al andar, con incomparable altivez. Meneó la cabeza a ambos lados, con el gesto común a las personas cortas de vista, y luego llamó al capitán con voz fuerte y autoritaria:

—¿Están ahí mis equipajes? —preguntó.

—Sí, *sir* Carlos.

—¿Tiene usted vino a bordo?

—He pedido cinco toneles.

—¿Y tabaco?

—Tengo una caja de tabaco de Trinidad.

—¿Sabe usted jugar a los cientos?

—Regularmente.

—Pues mande levar anclas, y vámonos.

Había refrescado la Brisa del Oeste, y cuando el sol atravesó la niebla matutina, ya había desaparecido el buque detrás de las islas.

El anciano gobernador se paseaba cojeando por el puente, con la mano apoyada en el filarete.

—Ahora está usted al servicio del gobierno, capitán, y le aseguro que en Westminster cuentan los días aguardando mi llegada. ¿Va el buque a toda vela?

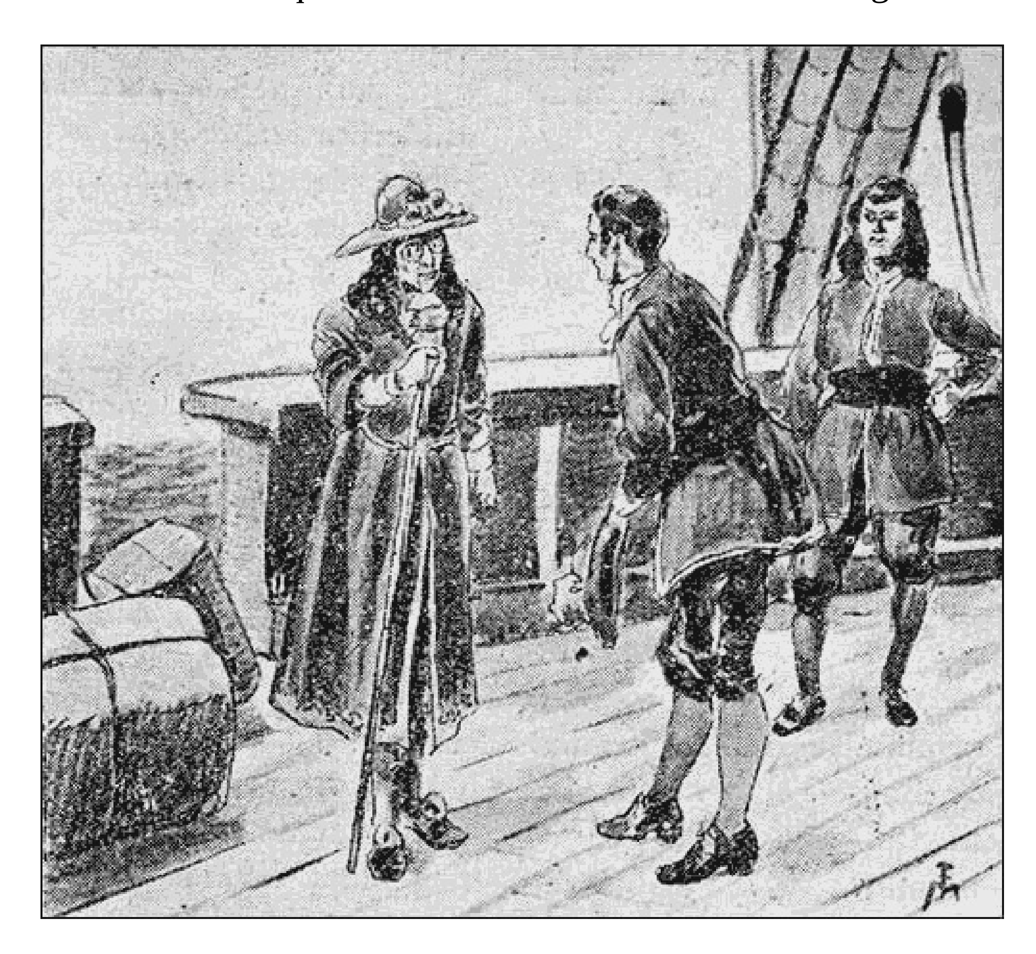
—A toda vela, *sir* Carlos.

—Sigamos así aunque se rompan las jarcias. Temo, capitán Scarrow, que le parezca a usted aburrido compañero de viaje un hombre cascado y cegato como yo.

—Al contrario; me honra mucho su compañía, pero lamento que V. E. tenga los ojos tan enfermos.

—¡Ay, sí! El resplandor del sol en los caminos blancos de Basse-Terre me los ha abrasado horriblemente.

—También he oído que V. E. había tenido unas cuartanas graves.



—Verdad es; he tenido un ataque que me ha perjudicado mucho.

—Habíamos cuidado de preparar un camarote para el médico.

—¡Valiente tuno! No ha querido venir, porque tiene muy buena parroquia entre los mercaderes del país. Oiga usted.

Y levantó la mano cubierta de anillos. Oyose en lontananza el ruido sordo del cañón.

—Eso procede de la isla —exclamó asombrado el capitán—. ¿Será señal para que regresemos?

El gobernador se echó a reír.

—Ya le habrán a usted dicho que han de ahorcar esta mañana al pirata Sharkey. He mandado que dispararan un cañonazo las baterías para que, aun estando en el mar, pudiera enterarme del suceso. Ya hemos acabado con él.

—¡Ya llegó su fin! —exclamó el capitán.

La tripulación, que formaba grupos en la cubierta, lo repitió, y miró a lo lejos la faja morada de la tierra que iba desapareciendo.

Aquel era un buen presagio para su travesía del Océano Atlántico, y en seguida creció a bordo del buque la popularidad del gobernador, por suponerse que, a no ser por su tenacidad, que había exigido una sentencia inmediata, el miserable bandido habría podido burlarse de la venalidad de los jueces, librándose del castigo. Durante la comida contó *sir* Carlos numerosas anécdotas acerca del pirata difunto: se mostraba tan afable, tan hábil para hacerse entender de gente tan inferior a él, que el capitán, el segundo y el gobernador fumaron sus pipas juntos, saboreando el vino como buenos compañeros.

—¿Y qué cara ponía el tal Sharkey en el banquillo de los acusados? —preguntó el capitán.

—No le falta serenidad al hombre.

—Siempre he oído decir que era un verdadero demonio, irónico y audaz.

—Muy cierto es que ha demostrado audacia en varias ocasiones —contestó el gobernador.

—Un ballenero de Nueva Orleans me dijo que nunca olvidaría su mirada. Parece que tiene los ojos de un azul muy claro, y pestañas muy rojas. ¿Es así, *sir* Carlos?

—Mi escasa vista no me permite saber cómo son los ojos ajenos. Pero recuerdo que mi ayudante me ha dicho que los tenía como usted ha indicado. Añadió que los estúpidos de los jurados se emocionaron cuando los miró de frente. Suerte tienen con que haya muerto, pues era hombre que nunca olvidaba un agravio. Si hubiera pillado a alguno de ellos, seguramente lo habría disecado, colocándolo a manera de mascarón de la proa de su buque.

La idea le debió de parecer cómica al gobernador, que soltó una carcajada ruidosa, semejante al relincho de un caballo. Ambos marinos rieron también, pero con menos ganas, recordando que Sharkey no era el último de los piratas

que navegaban por los mares del Oeste, y que podrían ser víctimas de destino tan cruel. Mandó traer el capitán otra botella para brindar por el buen éxito de la travesía, e inmediatamente dispuso el gobernador que trajeran otra, de modo que al poco tiempo pudieron los dos marinos, con gran satisfacción, aunque tropezando algo, marcharse el uno a su hamaca y el otro a su guardia. Cuando a las cuatro horas volvió el segundo, se quedó estupefacto viendo al gobernador con su peluca en la cabeza, las gafas en la nariz y su bata puesta, sentado e inmóvil ante la mesa solitaria, fumando tranquilamente su pipa con seis botellas vacías al lado.

—He tenido la honra de beber con el gobernador de San Kitts cuando todavía estaba enfermo —pensó el segundo—, pero nunca trataré de apostar a beber con él cuando se encuentre con buena salud.

La travesía de la «Estrella de la mañana» fue afortunada, y a las tres semanas se encontraba en la Mancha. Desde el primer día fue recobrando las fuerzas el gobernador, y antes que llegaran a la mitad del Atlántico, pareció (aparte de los ojos, cubiertos con los anteojos) tan sólido como cualquiera de los marineros de a bordo. Los que ponderan como reconstituyente el uso del vino, habrían podido citarle como prueba del triunfo vivo de sus teorías, pues no pasó una noche sin repetir las proezas de la primera. Sin embargo, se le veía por la mañana temprano sobre cubierta tan fresco y activo como el mejor marino, mirando a todas partes con sus ojos enfermos y dirigiendo preguntas sobre el velamen y aparejos, como si quisiera conocer a fondo todas las maniobras. Para remediar la debilidad de su vista, logró del capitán que el marinero de Nueva Inglaterra, que había sido recogido en el bote abandonado, fuera destinado a su servicio, y estuviera a su lado cuando jugaba a los naipes, para contar los puntos, pues era incapaz de distinguir el rey de la sota.

Parecía natural que Evanson sirviera con gusto al gobernador, pues uno había sido víctima del infame Sharkey, y el otro su vengador. El robusto americano daba con gusto el brazo al inválido. Llegada la noche, se colocaba respetuosamente detrás de su silla, colocando los recios dedos, de uñas muy recortadas, en la carta que había de jugar. Gracias a la ayuda del marino, cuando llegaron a la altura del cabo Lizard, estaban bastante exprimidos los bolsillos del capitán y del segundo.

No habían tardado en enterarse de que no les habían ponderado el mal carácter de *sir* Carlos Evan. A la menor señal de oposición, a la primera palabra de una discusión, se le salía la barba de la corbata, erguía la autoritaria nariz con mayor insolencia, y la caña de bambú silbaba al girar. Una vez la descargó encima de la cabeza del carpintero, porque éste tropezó

con él casualmente sobre cubierta. Otra vez hubo un conato de motín, provocado por el mal estado de los víveres; entonces opinó que, sin esperar a que se sublevaran aquellos perros, era necesario ir sobre ellos y darles una buena paliza.

—¡Denme un cuchillo y un cubo! —exclamaba soltando ternos.

Gran trabajo costó impedir que se precipitara sobre el marinero que había tomado la palabra, para pelearse con él.

El capitán Scarrow tuvo que recordarle que, si era dueño absoluto cuando se encontraba en San Kitts, el hecho de matar a un hombre a bordo de un buque constituía un homicidio. Declaraba el gobernador que en política, y por deberes de su cargo, era partidario de la casa de Hannover, y juró por todos los diablos que nunca había encontrado a un jacobita sin echarse en seguida encima. A pesar de sus intemperancias y violencias, era un agradable compañero, poseedor de tal colección de anécdotas y recuerdos, que Scarrow y Morgan no recordaban haber hecho más grata travesía.

Llegó el último día, y después de haber pasado de la isla de Wight, anclaron junto a los acantilados de Beachy Head. La misma noche se balanceaba el buque sobre un mar como balsa de aceite a una legua de Winchelsea, frente a la larga península de Dungeness. Al día siguiente había de encontrar al piloto en Foreland, y a la noche podría presentarse *sir* Carlos en Westminster a los ministros del rey. El contramaestre estaba de cuarto, y los tres jugadores de costumbre se encontraron por última vez en la cámara para la tradicional partida de naipes. El fiel americano prestaba al gobernador el auxilio de su vista. La puesta que había en la mesa era muy respetable, pues los dos marinos contaban con resarcirse aquella última noche de las pérdidas que les había originado su pasajero.

De pronto éste soltó las cartas y recogió todo el dinero, que se guardó en el bolsillo de su chaleco de seda.

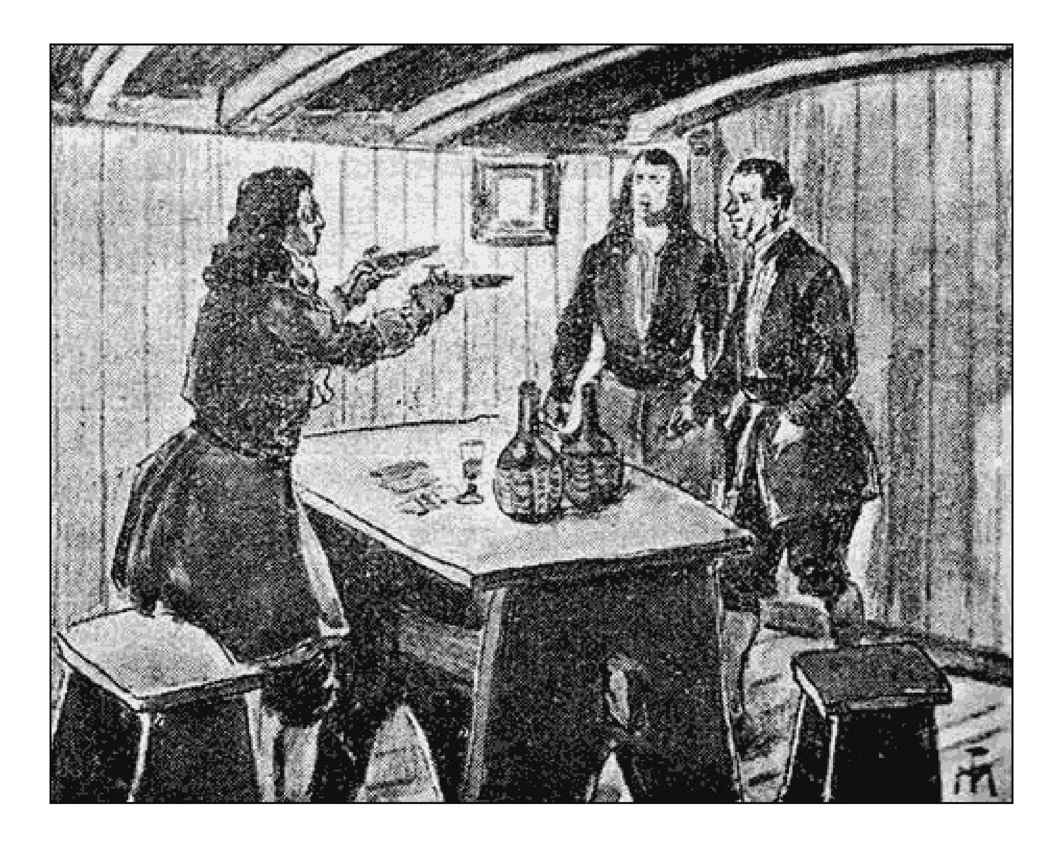
—¡He ganado! —exclamó.

—¡Poco a poco, *sir* Carlos! —dijo Scarrow—. Todavía no ha jugado usted sus últimos naipes. Aún no hemos perdido.

—¡Eso es decirme que miento! Afirmo que he jugado la última baza, y que han perdido ustedes.

Arrancose, mientras hablaba, la peluca y las gafas, dejando al descubierto una frente ancha y calva, y unos ojos azules guiñados, con pestañas rojas como las de un perro ratonero.

—¡Dios mío! —exclamó el segundo—: ¡si es Sharkey!



Ambos marinos saltaron de los asientos pero el marinero americano se apoyó en la puerta de la cámara con una pistola en cada mano. El pasajero había puesto otra pistola encima de las cartas desperdigadas y lanzó una carcajada siniestra.

—Sí, señores —dijo—; efectivamente me llamo Sharkey, y éste es el alegre Ned Galloway, contramaestre de la «Libertad Feliz». Habíamos maltratado algo a nuestra tripulación, por lo cual nos dejaron, a mí en una costa desierta, y a él en un bote sin remos. Vamos, pobrecitos perros, mandrias de corazón sensible, ya tenéis delante nuestras pistolas.

—Dispare usted o no dispare —gritó Scarrow poniéndose la mano en el pecho, cubierto de peluda chaqueta—, al exhalar el último suspiro le diré, Sharkey, que es usted un bandido inmundo y un descreído, digno de la horca en este mundo, y del infierno en el otro.

—Es usted hombre de carácter, como me gustan a mí. Le reservo un buen fin. En la popa del buque no hay nadie más que el encargado del timón. No desperdicie el aliento, que pronto le hará falta. ¿Está el botecillo a popa, Ned?

—Sí, mi capitán.

—¿Se han perforado los otros según mis instrucciones?

—Los he agujereado en tres sitios.

—Nos vamos a despedir de usted, capitán Scarrow. Parece que no ha recobrado usted la serenidad. ¿Tiene usted algo que preguntarme?

—¡Es usted el mismo demonio! —exclamó Scarrow—. ¿Dónde está el gobernador de San Kitts?

—La última vez que tuve el honor de ver a S. E. estaba en la cama, degollado. Cuando me escapé de la cárcel, me enteraron (porque tengo amigos en todos los puertos) de que el gobernador se iba a embarcar para Europa a bordo de un buque cuyo capitán no le había visto nunca. Logré escalar su galería, y le pagué la deuda que con él tenía. Me he apoderado de la ropa que creí necesaria para disfrazarme, y llegué a su buque de usted después de haberme provisto de un buen par de gafas para que mis ojos no me hicieran traición. Ya habréis visto que he procedido como si fuera verdadero gobernador. Y ahora, Ned, haz con ellos lo que quieras.

—¡Socorro, socorro! —gritó el segundo. Pero cayó sobre su cabeza la culata de la pistola del pirata, que lo derribó en el suelo, aplastado como un buey. Scarrow se precipitó hacia la puerta, pero el centinela le tapó la boca con la mano, y le agarró por la cintura con el brazo libre.

—Es inútil, Scarrow —le dijo Sharkey—. ¡Vamos, arrodíllese y suplíquenos que le concedamos la vida!

—Os veré… —gritó Scarrow, logrando librarse de la mano que le tapaba la boca.

—Tuércele el brazo, Ned. ¿Y ahora?

—No, aunque me lo arranquéis del cuerpo.

—Clávale una pulgada de cuchillo.

—Ya podéis clavarme seis; no pediré cuartel.

—¡Me gusta ese carácter! —exclamó Sharkey—. Guarda el cuchillo, Ned. Ha salvado usted su pellejo, Scarrow. Lástima que un hombre como usted no se decida a dedicarse al único comercio en que se gana la vida con facilidad. Está usted predestinado a no morir de una manera vulgar, puesto que le he tenido a mi disposición y le dejo vivir para que cuente esta historia. Átalo, Ned.

—¿A la estufa, capitán?

Vamos, vamos, que la estufa está encendida. Nada de bromas pesadas, Ned Galloway, como no lo mande yo, o tendré que enseñarte quién es el capitán y quién el subordinado. Atalo a la mesa.

—Creí que tenía usted la intención de asarlo —respondió Ned—. No lo dejará usted en libertad, ¿eh?

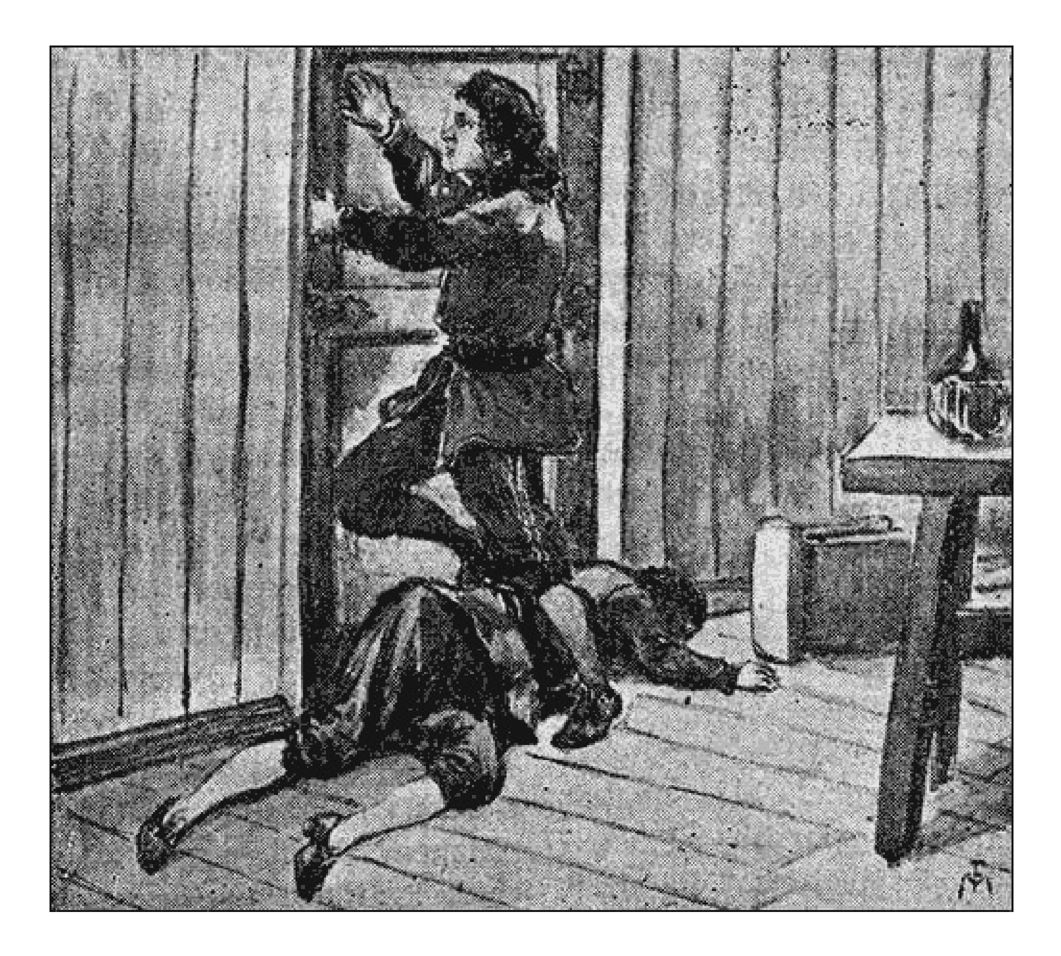
—Aunque nos hayan abandonado a los dos en las costas de Bahama, yo he de mandar y tú has de obedecer. ¿Te has vuelto traidor para desobedecer mis órdenes?

—No, no, capitán; no se altere usted —contestó Galloway.

Y levantando a Scarrow como si fuera un niño, lo tendió en la mesa, y con su destreza de marino, le ató los pies y manos con una cuerda que anudó por debajo y le amordazó con la corbata que había adornado el cuello del gobernador de San Kitts.

—Ahora, capitán Scarrow, nos vamos a despedir —dijo el pirata—. Si tuviera conmigo media docena de mis muchachos, me habría podido apoderar del cargamento y del buque, pero el alegre Ned no ha podido encontrar entre toda la tripulación un solo marinero con la energía de un ratón. Veo que por los alrededores hay bastantes lanchas pescadoras, y voy a obsequiarme con una. Cuando el capitán Sharkey tiene a su disposición un bote, fácilmente se apodera de un barco de pesca; cuando tiene un barco de pesca, es un juego para él coger un brick. Cuando tiene un brick, no tarda en poseer una goleta. En cuanto tiene una goleta, pronto le pertenece un buque de alto bordo. Hará usted bien en ir de prisa a Londres, porque tal vez no tarde yo en retroceder para apoderarme de la «Estrella de la mañana».

El capitán Scarrow oyó dar vuelta a la llave en la cerradura. Ambos bandidos habían abandonado el camarote. Mientras procuraba deshacerse de los nudos, oyó pasos que subían la escalera, y pasaban por cubierta hasta la popa, donde estaba el chinchorro. Oyó, retorciéndose, el crujir de las garruchas y el chapotear del agua cuando el débil esquife llegó a ella. Loco de ira, consiguió por fin romper las cuerdas que le ataban, y luego, con los tobillos y muñecas ensangrentados, cayó al suelo, saltó por encima del cadáver del segundo, echó abajo la puerta a patadas y se precipitó en la cubierta, gritando:



—¡Eh, Peterson, Armitage, Wilson! ¡Agarrad cuchillos y pistolas! ¡Tomad la ballenera grande! ¡Sharkey el pirata se va con el chinchorro! ¡Llame a los de babor, contramaestre! ¡Todos a los botes y remad bien!

Todas las embarcaciones cayeron chapoteando al agua, pero al momento volvieron a subir rápidamente los tripulantes, gritando:

—¡Las embarcaciones están agujereadas! Hacen agua como espumaderas.

El capitán soltó una retahíla de ternos. Le habían derrotado en toda la línea. Por encima, el cielo estaba estrellado y sin nubes. No soplaba un hálito de viento: ninguna brisa corría. Las velas colgaban perezosas a lo largo de los palos a la luz de la luna. En lontananza se veía una lancha pescadora cuyos hombres estaban agrupados junto a las redes. Por cerca de ellos avanzaba el bote, bajándose y levantándose a merced de las olas del mar brillante.

—¡Están perdidos! —gritó el capitán—. Lancemos todos a un tiempo un grito, muchachos, para indicarles el peligro.

Era demasiado tarde.

En el mismo momento, el bote desapareció entre la sombra de la lancha pescadora. Se oyeron dos disparos rápidos, precedidos de dos fogonazos, un chillido, y otro tiro, al cual, siguió silencio de muerte. El grupo de pescadores había desaparecido.

De pronto, al levantarse una brisa de tierra procedente de la costa de

Sussex, hinchose la vela mayor de la lancha pescadora y la embarcación salió derechamente por el Atlántico.

II
LAS HAZAÑAS DEL CAPITÁN SHARKEY CON ESTEBAN CRADDOCK

EL CALAFATEO de sus buques era una operación muy necesaria para los piratas. Era tan indispensable para prosperar en su comercio como para librarse de los buques de guerra, que sus buques llevaran gran velocidad. No podían aprovecharse de las buenas cualidades de su velamen sin cumplir el deber periódico (lo menos una vez al año) de limpiar los cascos de los buques de las plantas marinas y conchas que se les agarran tan fácilmente en los mares tropicales.

Cuando habían de hacer la limpieza, tenían que aligerar los barcos y meterlos en pequeñas bahías solitarias, que en baja mar quedaban en seco. Ataban entonces a los palos enormes cuerdas, y por medio de cabrestantes lograban tumbarlos sobre un costado, que raspaban esmeradamente desde la roda hasta el codaste.

Durante las semanas exigidas por estas reparaciones, el buque carecía de defensa, pero por otra parte, no se le podían acercar otros barcos de mucho calado, y se elegía un lugar tan retirado y oculto, que casi no corría peligro.

Los capitanes se encontraban entonces tan tranquilos, que a veces dejaban en sus naves guardia suficiente y se iban con la ballenera grande, ya a una expedición de caza, ya, más a menudo, a armar jolgorio en la población más próxima. Entusiasmaban a las mujeres con sus jactanciosas galanterías, y mandaban abrir toneles de vino en las plazas públicas, amenazando levantar la tapa de los sesos a quienes no bebieran con ellos.

A veces se arriesgaban a entrar en ciudades tan importantes como Charleston, paseándose armados por las calles, con gran escándalo de los timoratos de la colonia. No siempre quedaban impunes tales visitas. En una de estas giras amenas logró el teniente Maynard cortarle la cabeza a Blackbeard, clavándola en la punta del bauprés. Pero en general, los piratas podían tratar impunemente con brutalidad a los ciudadanos, cometer toda clase de excesos y atropellar a las mujeres, hasta que volvían a sus buques.

No obstante, entre aquellos bandidos había uno que no gustaba de la civilización, y era el siniestro Sharkey, capitán de la «Libertad Feliz». Quizá se lo impidiera su carácter solitario y huraño, quizá (y esto es lo más

probable) supiera que su nombre era execrado en toda la costa, y si se le llegaba a ver en una colonia, sería indefectiblemente destrozado, a pesar del terror que inspiraba.

Cuando se calafateaba su buque, lo dejaba bajo la vigilancia de Ned Galloway, y hacía largos viajes en su ballenera. Contábase que iba a ocultar la parte de botín ganada, o a cazar toros de Nueva España, que, asados y conservados, le proporcionaban víveres para su próximo viaje. En este último caso, su buque iba a buscarlo a un punto de la costa indicado anticipadamente, y embarcaba los animales muertos. En aquellas islas se había abrigado siempre la esperanza de que alguna vez le capturarían durante una de tales expediciones, y por fin llegó un día a Kingston una noticia que hacía probable el buen éxito de una tentativa con el indicado objeto.

Un leñador anciano contó que había caído en poder del pirata en uno de los accesos de benevolencia que a veces le inspiraba la embriaguez; lo dejó libre, conformándose con cortarle las narices y administrarle una paliza formidable. El relato del infeliz era muy exacto, y aquella nueva hazaña había ocurrido pocos días antes. La «Libertad Feliz» se estaba calafateando en Tobec, al S. O. de Hispaniola, y Sharkey, acompañado por cuatro hombres, estaba cazando en la isla de la Vaca. Clamaba venganza la sangre de cuatro tripulaciones asesinadas, y aquella vez se podía esperar que no sería en vano.

Sir Eduardo Compton, gobernador de la colonia, hombre de cara muy colorada y nariz prominente, reunió en consejo al comandante de la tropa y al Estado Mayor, y trataron del mejor modo de utilizar tan favorable probabilidad. El barco de guerra más próximo estaba en Jamestown, y consistía en un «flyboat» viejo que no podría alcanzar al pirata en el mar, ni cogerlo en una bahía pequeña, por su mucho calado.

Fuertes y astilleros había en Kingston y en Port Royal, pero no soldados disponibles para emprender una expedición.

Lo que podía hacerse era arriesgarse a una sorpresa, haciendo un llamamiento a hombres de buena voluntad, pues eran muchos los que odiaban mortalmente a Sharkey; pero ¿qué resultado obtendría semejante empresa?

Los piratas eran numerosos y estarían dispuestos a luchar con la desesperación más sombría. Sorprender a Sharkey y a sus cuatro compañeros sería fácil si se lograba alcanzarlos, pero no lo era cogerlos de improviso en una isla con mucho arbolado, como la de la Vaca, llena de colonias salvajes y de matorrales impenetrables. Ofreciose, pues, una recompensa considerable a quien diera con una solución, y se presentó un hombre con un «plan particular», declarándose dispuesto a ejecutarlo personalmente.

Esteban Craddock era un ejemplo terrible de lo que son los puritanos cuando se dan a la mala vida. Procedente de una familia distinguida de Salem, su mala conducta era como un retroceso de la autoridad de la religión paterna y había consagrado al vicio toda la fuerza física y energía moral que le habían legado las virtudes de sus antepasados. Era ingenioso, no temía nada, poseía sorprendente tenacidad de ideas, y aunque era joven, se le conocía mucho en las costas de América.

Había sido juzgado y condenado a muerte en Virginia por haber asesinado al jefe de los seminolas, y si logró salvarse, nadie ignoraba que fue gracias a la venalidad de jueces y testigos.

Más adelante había mandado un buque negrero, había sido pirata, según se susurraba, y había dejado muy mala fama en la bahía de Benín. Por último, había vuelto a Jamaica con una fortuna considerable, llevando una vida disipada. Aquel hombre flaco y peligroso solicitó del gobernador una audiencia para exponerle el plan formado, con objeto de acabar con el terrible Sharkey.

Sir Eduardo lo recibió con poco entusiasmo. A pesar de los rumores que corrían sobre su conversión y su conducta, ya irreprochable, lo había considerado siempre como una oveja sarnosa, capaz de contagiar a todo el rebaño. Comprendió Craddock la desconfianza instintiva que el gobernador trataba de ocultar bajo la apariencia de una cortesía afectada.

—No debe usted temerme —le dijo—; ya no soy lo que fui y usted conoce. He podido contemplar de nuevo la luz después de haberla perdido de vista mucho tiempo, gracias al reverendo Juan Simons, de nuestra secta. Si alguna vez vacilara su fe, me atrevo a asegurar que encontraría usted grandes encantos en sus sermones.

El gobernador inclinó hacia él su nariz majestuosa, y le preguntó:

—Ha venido usted para hablarme del capitán Sharkey. ¿No es así, señor Craddock?

—Ese Sharkey es un modelo de iniquidad. Demasiado tiempo hace que se oyen en nuestro país los ecos de su condenada trompa, y se me ha ocurrido que si yo lograra alcanzarlo y acabar con él, practicaría una obra meritoria que en cierto modo compensaría mis faltas pasadas. Tengo un plan que, a mi parecer, logrará buen éxito.

El gobernador parecía muy interesado, pues en la expresión del rostro pecoso de aquel hombre se veía una resolución indomable, que indicaba con cuánta voluntad se encargaría de la misión que se le confiara. Al fin y al cabo

era un marino avezado a los combates, y si en verdad quería expiar su pasado, era difícil elegir mejor medio.

—Misión peligrosa es esa, señor Craddock —dijo el gobernador.

—Si perezco en ella, mi muerte hará olvidar vida tan mal empleada. Mucho hay que perdonarme.

El gobernador no encontraba manera de contradecirle.

—¿Cuál es el plan de usted? —preguntó.

—Habrá usted oído decir que el buque de Sharkey fue construido precisamente en los talleres del puerto de Kingston.

—Efectivamente, perteneció al señor Codrington y fue capturado por Sharkey, que echó a pique su propia chalupa y tomó posesión de ese barco, de mayor andar.

—Sí, pero no sabrá usted que el señor Codrington tenía otro buque construido por el mismo modelo de formas absolutamente idénticas, la «Rosa Blanca», que ahora está en el puerto y se parece tanto al del pirata, que sólo se distinguen en la lista blanca pintada sobre éste.

—¡Ah! ¿Y qué deduce usted de ello? —interrogó el gobernador con viveza, como quien ve despuntar una idea en su imaginación.

—Gracias a esta circunstancia, puede caer el bandido en nuestras manos.

—¿Y cómo?

—Borraré con una capa de pintura la lista de la «Rosa Blanca» y le daré toda la apariencia de la «Libertad Feliz». Me daré a la vela hacia la isla de la Vaca, donde se ocupa ese hombre en cazar toros. Cuando lo vea, creerá seguramente que es su propio buque que le aguarda, y vendrá a bordo voluntariamente.

El plan era, en efecto, bastante sencillo y le pareció al gobernador que tenía probabilidades de buen éxito. Sin vacilar permitió a Craddock ejecutarlo y adoptar cuantas medidas creyera necesarias para conseguir lo que se proponía. No tenía, sin embargo, grandes esperanzas, porque ya se habían hecho muchas tentativas para coger a Sharkey, y el resultado había demostrado que era un hombre tan astuto como feroz. Pero el puritano flaco tenía fama de haber sido tan astuto y quizá tan feroz como el sombrío pirata.

La lucha entre dos cabezas como la de Sharkey y Craddock había de interesar mucho al gobernador, aficionadísimo a todos los deportes. Aunque estaba muy convencido de que las probabilidades le eran contrarias, apostaba por su campeón con la misma lealtad que si se hubiera tratado de un caballo o de un gallo.

Era indispensable obrar en seguida, porque de un día a otro podía acabarse el calafateo y darse al mar los piratas.

Los preparativos no podían ser muy largos, pues no faltaron voluntarios para trabajar. A los dos días, salía a alta mar la «Rosa Blanca». Muchos marinos del puerto conocían las líneas y el velamen del buque pirata, y unánimemente declararon que en nada se diferenciaba del otro. La lista blanca se había cubierto con una capa de pintura, palos y velas se habían ennegrecido para darle la apariencia de un barco que ha viajado mucho y se colocó en las gavias una ancha pieza en forma de rombo.

La tripulación estaba compuesta de voluntarios, muchos de los cuales habían sido marineros con Esteban Craddock. El primer contramaestre, Joshua Hird había sido negrero y cómplice fiel de Craddock en varias expediciones, y respondió aquella vez también al llamamiento de su jefe.

El buque vengador atravesó rápidamente el Mar Caribe, y al ver la pieza en forma de rombo, huían por todas partes los barcos, como truchas asustadas por un estanque. A la cuarta noche, el cabo Abacon se encontraba a cinco millas al N. E.

La noche del quinto día anclaba la «Rosa Blanca» en la bahía de las Tortugas, de la isla de la Vaca, donde estaban cazando Sharkey y sus cuatro compañeros. Era un sitio con mucho arbolado; palmeras y jarales llegaban hasta las orillas de la media luna plateada que limitaba la playa. Se había izado el pabellón negro y el gallardete rojo, pero ninguna señal respondía desde la costa.

Craddock registraba la isla con mirada penetrante, esperando a cada momento ver un bote salir de la ribera con Sharkey sentado, agarrado a las escotas de las velas de su ballenera, pero pasó la noche y el día siguiente sin que los perseguidos dieran señales de vida. Se habría dicho que ya estaban embarcados.

La mañana del día siguiente desembarcó Craddock para averiguar si Sharkey y sus compañeros seguían en la isla. Lo que vio empezó a tranquilizarle. Cerca de la orilla se encontraba un chozo de ramaje parecido a los que se construían para preparar la carne, y alrededor colgaban, de cuerdas, lonchas de carne asada; de modo que el buque pirata todavía no había embarcado las provisiones, y por lo tanto, aún estaban los cazadores en la isla.

¿Por qué no se los había visto? ¿Habrían adivinado que el barco anclado no era el suyo? ¿Se ocupaban en cazar en lo interior de la isla por no aguardar todavía la llegada, del buque? Vacilaba Craddock entre ambas alternativas,

cuando un indio caribe le proporcionó el dato que buscaba, diciéndole que los piratas estaban en la isla y su campamento a un día de marcha.

Le habían robado a su mujer, y en su espalda negra se veían aún las señales rojas de los golpes recibidos.

Le agradó mucho, pues, la llegada de los enemigos de los piratas y con alegría se ofreció a guiarlos.

Craddock no deseaba otra cosa, y en cuanto amaneció el día siguiente, una tropa bien armada se puso en marcha, guiada por el caribe. Durante todo el día tuvieron que atravesar penosamente los jarales, escalando rocas e internándose en la desolada isla. A trechos encontraban rastros de cazadores, huesos de reses, huellas de pasos en los pantanos, y llegada la noche, creyeron algunos oír de lejos chasquidos de armas.

Pasaron la noche debajo de los árboles, y al amanecer reanudaron la marcha. Al medio día llegaron a unas cabañas de cortezas de árboles; el caribe les dijo que aquel era el campamento de los cazadores. Todo estaba silencioso y desierto. Indudablemente los piratas estaban cazando y volverían por la noche. Craddock y sus hombres se emboscaron entre la maleza, pero nadie vino y pasaron otra noche en la selva. No se podía hacer más y Craddock comprendió que a los dos días de ausencia era hora de volver a bordo.

El viaje de regreso fue más fácil, porque a la ida ya se habían abierto caminos. Antes de anochecer se encontraron de nuevo en la bahía de las Palmeras y vieron anclado el buque donde lo habían dejado. Sacaron el bote con los remos de entre los matorrales donde lo habían ocupado, lo botaron al agua y remaron velozmente.

—Mala suerte, ¿eh? —preguntó Joshua Hird mirándoles desde la toldilla con la cara pálida.

—El campamento estaba vacío, pero todavía pueden venir a sorprendernos —contestó Craddock poniendo la mano en la escala de cuerda.

Se oyó una carcajada sobre cubierta.

—Creo —dijo el contramaestre— que esos hombres se deben quedar en el bote.

—¿Y por qué?

—Si quiere usted subir a bordo, lo comprenderá mejor.

Una ola de sangre subió al rostro enflaquecido de Craddock, que exclamó:

—¿Qué es eso, Hird? ¿Desde cuándo da usted órdenes a la tripulación de mi bote?

Pero en el mismo momento de poner el pie en la cubierta, un hombre muy barbudo que nunca había visto a bordo le quitó bruscamente la pistola. Craddock agarró violentamente al individuo por la muñeca, pero al momento le arrancó el contramaestre el cuchillo que llevaba en la cintura.

—¿Qué canallada es esta? —gritó con furia Craddock, echando una mirada a su alrededor.

La tripulación formaba grupos en la cubierta; los marineros hablaban en voz baja sin manifestarse dispuestos a auxiliar a Craddock. Mientras dirigía aquella mirada, se dio éste cuenta de la rara indumentaria de sus hombres, que llevaban abrigos largos, calzones de terciopelo, cintas de colores varios atadas a las rodillas; más parecían gente vestida a la última moda, que marineros.

Al examinar a aquellos individuos tan caprichosamente vestidos, se rascaba la frente con el puño cerrado, preguntándose si realmente estaba despierto. La cubierta parecía estar más sucia que cuando la había dejado y por todas partes le miraban caras desconocidas, quemadas por el sol. A nadie conocía más que a Joshua Hird. ¿Habría sido capturado el buque durante su corta ausencia? ¿Lo rodearían compañeros de Sharkey? Al ocurrírsele tal idea, se precipitó furiosamente hacia su bote, pero inmediatamente cayeron sobre sus hombros doce brazos, llevándolo hacia popa, donde se abría la puerta de su cámara.

No se parecía ésta en nada a la que había dejado poco antes. La suya era sencilla y austera; ésta suntuosa, pero sucia, con cortinas de terciopelo muy bueno, pero manchadas de vino. Los entablamentos eran de madera de las islas, pero en todos ellos se veían huellas de balas.

En la mesa había un gran mapa marítimo del Mar Caribe y delante, con el compás en la mano, había un hombre completamente afeitado, con una gorra de pellejo en la cabeza, vestido con un gabán de damasco de color de hez de vino. Craddock palideció mirando a aquel hombre de narices de fiera, de ojos sombreados por pestañas rojas, que le contemplaba fijamente, con la mirada satisfecha del jugador victorioso que ha dejado sin triunfos a su adversario.

—¡Sharkey! —exclamó Craddock.

Abrió la boca el pirata y rompió el silencio lanzando una carcajada de insolente triunfo.

—¡Imbécil! —exclamó.

Y bajándose, clavó varias veces el compás en el hombro de Craddock.

—¡Pobre imbécil, que se ha atrevido a habérselas conmigo!

Craddock enloqueció de rabia, más por el desprecio que denotaba la voz de Sharkey, que por las heridas recibidas. Se arrojó sobre el pirata aullando de

ira, le dio de puñetazos y de patadas, retorciéndose y echando espuma. Se necesitaron seis hombres para poder con él y echarlo al suelo, en medio de los pedazos da la mesa, y cada uno de los marineros conservaba huellas de la lucha espantosa que tuvo que sostener. Pero Sharkey lo seguía contemplando con mirada despreciativa. Fuera se oía ruido de madera arrancada y de asombradas voces.

—¿Qué es eso? —preguntó Sharkey.

—Acaban de echar a pique el bote, cuya tripulación ha caído al mar.

—Pues que en él se quede. Ya sabe usted Craddock, que está a bordo de la «Libertad Feliz» y a mi merced. Le consideraba a usted un valiente marino, gran canalla, antes de ocurrírsele a usted hacer este oficio de hipócrita; ¿quiere usted capitular como lo ha hecho el contramaestre y juntarse con nosotros, o prefiere ir a reunirse con su tripulación?

—¿Dónde está mi buque? —preguntó Esteban Craddock al capitán Sharkey.

—En el fondo del golfo.

—¿Y mis hombres?

—Lo mismo.

—Entonces yo iré a parar al fondo del golfo.

—¡Cortadle las corvas y echadle por encima de la borda! —gritó Sharkey.

Ya habían arrastrado a Craddock por la cubierta varios brazos sólidos y el segundo contramaestre Galloway había sacado el cuchillo para mutilarlo, cuando Sharkey salió con viveza de la cámara. Su cara expresaba gran curiosidad.

—Mejor partido podemos sacar de este perro —exclamó—. Veréis qué idea tan genial se me ha ocurrido. Echadle en el almacén de velas con grillos en pies y manos. Ven, Galloway, que te voy a explicar mi plan.

Craddock, cansadísimo de cuerpo y alma, fue arrastrado al obscuro sollado, tan cargado de cadenas, que no podía mover pie ni mano. Sin embargo, su sangre de hombre del Norte corría con vigor por sus venas, y su espíritu austero no aspiraba más que a un fin que rescatara en cierto modo las numerosas faltas de su existencia. Toda la noche permaneció tendido, oyendo él rumor del agua que corría a lo largo del barco y el estremecimiento del maderamen. Comprendía que estaban en alta mar y que el buque llevaba gran velocidad. Al despuntar el alba, llegó hasta él un hombre que se arrastraba por encima de los montones de velas.

—Aquí tiene usted ron y galleta —dijo la voz de su ex contramaestre—. Se lo traigo a usted arriesgando la vida.

—Sin embargo, usted es el causante de mi desgracia, y me ha tendido usted un lazo —exclamó Craddock—. ¿Cómo responderá usted allá arriba del crimen que ha cometido?

—Lo he hecho porque sentía la punta de un puñal entre los hombros.

—¡Dios le perdone su cobardía, Joshua Hird! ¿Cómo cayó usted entre sus manos?

—El barco del pirata volvió del calafateo el mismo día que usted nos dejó. Nos atacaron al abordaje. Poca resistencia pudimos oponerle con lo menguada que quedó la tripulación por haberse usted llevado los mejores marineros. Algunos de los míos fueron muertos en seguida y eso salieron ganando. A los demás los asesinaron después. Yo pude salvarme firmando el compromiso de quedarme con ellos.

—¿Y han echado a pique mi buque?

—Lo han echado; y entonces Sharkey y sus hombres, que habían seguido desde lejos, escondidos entre las malezas, todas las peripecias de la lucha, vinieron en un bote hasta el barco. La verga mayor del suyo se había roto durante la última travesía, y al ver la nuestra sin averías, entró en sospecha. Entonces se le ocurrió tenderle a usted el mismo lazo que usted a él.

Craddock exhaló hondo y desesperado suspiro y murmuró:

—¿Cómo no habré visto la verga rota? ¿Sabe usted qué dirección lleva el barco?

—Hacia el Noroeste.

—¿Entonces vamos hacia Jamaica?

—Sí, con una marcha de ocho nudos.

—¿Sabe usted algo de lo que piensan hacer conmigo?

—Nada sé. ¡Ah! Si quisiera usted firmar…

—¡Basta, Joshua Hird! Demasiadas veces arriesgué la salvación de mi alma. No insista usted.

—Como usted quiera. He hecho lo que he podido. Adiós.

Toda la noche y el día siguiente siguió su rápida marcha el buque pirata, y Esteban Craddock en la obscuridad de su encierro trabajó con paciencia para romper los grillos que le apretaban las muñecas. Había logrado sacar una mano; ensangrentándose las articulaciones, pero a pesar de todos sus esfuerzos no podía librar la otra y los tobillos estaban demasiado bien sujetos para que pudiera librarlos.

Hora tras hora, oía el chapotear del agua contra el casco y comprendía que impulsaba al buque hermosa brisa. Ya no tardarían, llevando aquel paso, en llegar a Jamaica.

¿Qué idea se le habría ocurrido a Sharkey y qué querría hacer con él? A Craddock le rechinaban los dientes y se juró que aunque había sido un completo bandido, nunca volvería a sus antiguos crímenes por mucha fuerza que para ello se empleara.

La mañana del día siguiente pudo Craddock darse cuenta de que había disminuido bastante el velamen del buque, que viraba lentamente con poca brisa. El ángulo de pendiente del barco sobre la ola y el ruido que oía sobre cubierta, hacían adivinar a sus sentidos expertos lo que ocurría al aire libre. Comprendió por las sucesivas bordadas que bolineaba junto a la costa, dirigiéndose a un punto bien definido. ¿Pero con qué objeto se dirigían a Jamaica? Eso es lo que no podía entender.

De pronto oyó sobre cubierta inmenso clamor de alegría, nutridos vivas, y luego, por encima de su cabeza, el sordo ruido del cañón, al cual contestaron las lejanas salvas de las baterías del puerto. Levantose Craddock y escuchó atentamente. ¿Estaba combatiendo el barco? De éste sólo había partido un cañonazo, aunque lo hubieran contestado muchos; pero no había oído contra las paredes el ruido especial de la metralla contra la madera.

Si aquello no era un combate, sería un saludo; pero ¿quién podía saludar a Sharkey el pirata? Sólo otro buque de la misma especie. Craddock se dejó caer gimiendo y reanudó su trabajo con el fin de librar de los grillos su mano derecha.

De pronto, oyó en el exterior ruido de pasos y apenas tuvo tiempo para meter de nuevo la mano en la anilla de hierro del cual la había sacado. Se abrió bruscamente la puerta y aparecieron dos piratas.

—¿Tiene usted el martillo, carpintero? —preguntó uno de ellos, que era el gigantesco contramaestre—. Quítele usted los grillos de los pies y déjele los de las manos, para que no se escape.

Con el martillo y el cortafríos rompió los grillos el carpintero.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó Craddock.

—Suba usted a cubierta y lo verá pronto.

El marinero le cogió del brazo y le llevó bruscamente hasta el pie de la escalara de la toldilla. Encima estaba el cielo que formaba un cuadrado azul cortado por la mesana, en la cual ondeaban pabellones; al mirarlos perdió Craddock la respiración. Había dos: el inglés ondeaba por encima del de Jolly Rodger; el pabellón real dominaba el de los bandidos.

Petrificado, se paró un momento Craddock, pero un empujón de los piratas que detrás tenía, le obligó a subir la escalera. Al llegar a la cubierta

miró al palo mayor. También allí ondeaban los colores ingleses sobre el gallardete rojo. Palos, vergas y obenques estaban llenos de banderas.

¿Había sido capturado el buque? Cosa imposible, pues allí estaban todos los piratas, saludando alegremente con los sombreros. En el lugar más visible estaba el segundo contramaestre, el apóstata Hird, que gesticulaba con energía. Craddock miró por encima de la borda para investigar la causa de tantas aclamaciones, y una ojeada le bastó para hacerle comprender cuán crítico era el momento.

A una milla de distancia, en la escollera del puerto, estaban las casas blancas y los fuertes de Port Royal. En todos los tejados flotaban banderas. Frente a él se veían las empalizadas que indicaban el camino de Kingston. A menos de un cuarto de milla, vio avanzar un barco que navegaba contra el viento. En la popa ondeaba el pabellón inglés y llevaba empavesados los palos; sobre cubierta había una muchedumbre que lanzaba gritos de júbilo y agitaba pañuelos y sombreros. Una línea roja indicaba que llevaba el barco varios oficiales de la guarnición.

Craddock, con la viva percepción del hombre de acción, lo comprendió todo al momento.

Sharkey, con la diabólica astucia y sorprendente audacia que constituían el fondo de su carácter, se preparaba a dar por su cuenta el golpe teatral que Craddock habría producido si hubiera obtenido la victoria. En honor suyo habían sonado los cañonazos, a él se dirigían aquellos saludos, por él ondeaban las banderas. Para darle la bienvenida se acercaban entonces el gobernador, el comandante de la plaza y las autoridades de la isla. Antes de diez minutos se encontrarían a tiro de cañón del «Libertad Feliz», y Sharkey habría alcanzado una victoria jamás ganada por pirata alguno.

—¡Traedlo! —gritó el pirata cuando se presentó Craddock entre el carpintero y el segundo contramaestre.

—Dejad cerradas todas las portas, menos las que sirven de apoyo a los cañones, y estad dispuestos a dispararlos. ¡Pronto serán nuestros!

—Parece que se alejan —dijo el contramaestre—. Me parece que sospechan algo.

—Pronto lo arreglaremos —contestó Sharkey mirando a Craddock—. Quédese usted ahí, bien de frente para que puedan conocerle; ponga usted la mano en la guía y agite el sombrero. Pronto, o le levantamos la tapa de los sesos. Clávale algo el puñal en la espalda, Ned.

Éste obedeció.

—Y ahora —prosiguió Sharkey—, ¿quiere usted agitar el sombrero? Aprieta, Ned… ¡Fusiladlo ahora mismo!

Ya era tarde. Contando con las esposas, el contramaestre segundo había separado un momento las manos de los hombros de Craddock. Inmediatamente rechazó éste al carpintero, y en medio de una descarga general de pistolas, tuyo tiempo para empujar bruscamente a quienes le rodeaban, creyéndole imposibilitado para huir. Con la energía de la desesperación se tiró al mar y nadó con todas sus fuerzas.

Bastantes balas le habían alcanzado, pero muchas más se necesitaban para acabar con un hombre resuelto y robusto, consagrado a llevar a cabo una obra antes de morir. Craddock era un gran nadador y a pesar de la estela roja que iba dejando en el mar, aumentaba rápidamente la distancia que le separaba de los piratas.

—¡Dadme un mosquete! —gritó Sharkey blasfemando.

Era un gran tirador y nunca le hacían traición sus nervios de acero en circunstancias difíciles. La sombría cabeza aparecía sobre la cresta de una ola y luego se hundía para reaparecer; el nadador se iba acercando a la chalupa. Sharkey apuntó bastante tiempo antes de disparar. Al oír armar el gatillo del mosquete, Craddock se levantó sobre la ola agitando las manos y como señal lanzó un grito que se oyó en toda la bahía.

En el momento de virar de bordo la chalupa, el buque pirata hizo fuego con todas sus piezas. ¡Cañoneo inútil! Esteban Craddock, sonriente, grave entre las ansias de la muerte, se hundió lentamente en la capa de oro del mar que entre irradiaciones lo cubrió.

III
DE CÓMO COPLEY BANKS MATÓ AL CAPITÁN SHARKEY

Los filibusteros formaban una asociación muy superior a la de los merodeadores. Constituían una especie de república flotante, con leyes, costumbres y disciplina propias. En sus contiendas inacabables e incesantes con los españoles, ostentaban una apariencia de derecho, y sus pillajes sanguinarios de las ciudades del Main no eran realmente más bárbaros que las incursiones de España en Holanda o en los países caribes cercanos a sus posesiones de América.

El jefe de los filibusteros, fuese inglés o francés, llamárase Morgan o Grammont, era un personaje importante no desautorizado por su patria, que a

veces lo enaltecía con tal que no cometiera actos gravemente ofensivos para las conciencias algo eclécticas del siglo XVII. Algunos de ellos eran muy religiosos, y se recuerda que Sawkins arrojó por la borda los juegos de dados con que habían jugado sus subordinados un día de fiesta, y que Daniel abrasó los sesos de un compañero ante el altar de una iglesia para castigar su falta de respeto a aquel lugar sagrado.

Pero llegó un día en que sus escuadras no se reunieron ya en las islas Tortugas y en que los piratas solitarios, infractores de todas las leyes, los substituyeron. Pero hasta entre los primeros de éstos subsistían asomos de disciplina y coacción moral. Los Avory, los England y los Roberts, respetaron algo los sentimientos humanos. Eran más peligrosos para el buque mercante que para las tripulaciones.

Luego les sucedieron hombres más feroces y desesperados que declararon abiertamente que en su guerra con la raza humana no darían cuartel a nadie, y juraron no aplicar más ley que la del talión. Pocas historias conocemos que les sean favorables. No escribieron memorias ni dejaron más huellas que buques ennegrecidos y cubiertos de sangre, abandonados en medio del Atlántico. Sus fechorías se contaban por la larga lista de los navíos que habían dejado sus puertos para no volver.

Registrando los anales de la historia se encuentran a veces los autos de causas que levantan por un momento el velo que los cubría, y dan a conocer sus odiosas brutalidades, sus ferocidades irritantes. Entre aquella caterva de bandidos descollaron Ned Low, Gow el Escocés y el infame Sharkey, cuyo negro buque «Libertad Feliz», era conocido desde los bancos de Terranova hasta las bocas del Orinoco, como sombrío heraldo del dolor y de la muerte.

Eran muchos los hombres que en las islas y en el continente habían tenido que habérselas con Sharkey, pero ninguno tenía de él más quejas que Copley Banks, de Kingston. Banks había sido uno de los negociantes más considerables de azúcar de las Indias occidentales. Hombre de buena posición social, era miembro del Consejo y estaba casado con una Percival, de familia noble, prima del gobernador de Virginia. Había mandado a educarse a Londres a sus dos hijos, y la madre de éstos se embarcó para volver con ellos a América. El buque «Duquesa de Cornuailles», en el cual regresaban, había sido capturado por Sharkey, y toda aquella familia sufrió una muerte infame.

Copley Banks no exhaló quejas inútiles cuando le comunicaron la fúnebre noticia, pero cayó en una tristeza profunda, descuidó los negocios, esquivó a los amigos más íntimos y pasó parte del tiempo en las tabernas de peor fama, frecuentadas por los marineros. Allí, entre el estruendo y la crápula se sentaba

en silencio, con la pipa en la boca, el rostro grave y la mirada meditabunda. Generalmente se suponía que sus desgracias habían alterado su razón, y sus antiguos amigos se habían ido separando de él, porque la compañía que buscaba no podía ser grata a los hombres honrados.

De cuando en cuando corría el rumor de nuevas fechorías marítimas de Sharkey. Hablábase unas veces de una goleta que, habiendo visto llamas en el horizonte, se había acercado para socorrer al buque en peligro. Y había huido al ver la barca negra, semejante a un lobo junto a una oveja estrangulada; otras, llegaba un buque mercante que huía espantado a toda vela al puerto, por haber visto en alta mar la gavia con el pedazo de tela en forma de rombo, que se elevaba lentamente sobre el horizonte morado. Otras veces, un barco de cabotaje había encontrado en baja mar, en la bahía de Bahama, un montón de cadáveres medio desecados por el sol.

Llegó un día a Kingston un marino que había sido contramaestre a bordo de un buque procedente de Guinea, y se había evadido de manos del pirata. Ya no podía hablar (por motivos que Sharkey conocía), pero podía escribir y lo hizo, apremiado por Copley Banks. Horas enteras pasaron ambos junto a un mapa, mientras el mudo señalaba a trechos escollos, arrecifes lejanos, brazos de mar tortuosos, y su compañero fumaba impasible y callado, aunque sus ojos lanzaban relámpagos.

Una mañana, dos años después de su desdicha, entró Copley Banks en su escritorio, con la expresión de vigor y energía que antes ostentaba. Mirole el gerente sorprendido, porque hacía meses que ya no manifestaba interés por los negocios.

—Buenos días, señor Banks —dijo.

—Buenos días, Freeman. Acabo de ver en la rada al «Ruffling Harry».

—En efecto; saldrá el miércoles para las islas de Sotavento.

—Otra cosa pienso yo. Me he decidido a utilizarlo para intentar una expedición en busca de «madera de ébano» a Whydah.

—Pero si está dispuesto el cargamento —contestó Freeman.

—Pues se descargará. Estoy resuelto, y el «Ruffling Harry» irá sin falta a buscar el «ébano» a Whydah.

Había sido inútil insistir, y el gerente, aunque con pena, mandó descargar el barco.

Copley Banks empezó a hacer los preparativos de su viaje a África. Contaba, para llenar el sollado, más con la fuerza que con cambios, pues no se llevó ninguna pacotilla de las baratijas que tanto gustan a los salvajes. Armó el brick con ocho cañones de a nueve, y puso en los armeros mosquetes y

sables de abordaje. El almacén de velas, colocado detrás de la cámara, se convirtió en depósito de pólvora y llevaron a bordo tantas balas de cañón como si el buque se armara en corso. También se embarcaron víveres y agua con abundancia, de modo que pudiera hacerse una travesía larga.

Lo más asombroso fue el alistamiento de la tripulación. El gerente Freeman se dio cuenta de que había mucha verdad en los asertos que daban por loco a Banks. Con diversos pretextos despidió a los marineros que le servían hacía años, y en su lugar embarcó a la hez del puerto, a hombres de tan pésima reputación, que el peor buque no los había querido a bordo.

Allí estaba Birthmark Sweetlocks, del cual se sabía positivamente que había tomado parte en la matanza de los leñadores de Campeche, diciéndose que la mancha roja que lo desfiguraba había sido causada por aquel crimen abominable. Lo había elegido Banks como contramaestre. A sus órdenes estaba Israel Martín, hombrecillo quemado por el sol, que había servido con el famoso Howell Davies en la toma de Cape Coast Castle.

Los tripulantes habían sido recogidos por Banks en el infame bodegón, y entre ellos había un hombre de cara hosca, que cuando abría la boca para hablar, parecía que se lo iba a tragar a uno. Se había afeitado, y no era posible adivinar que era el hombre capturado por Sharkey, y que después de evadirse, había narrado las hazañas del pirata a Copley Banks.

La conducta de éste había sido muy notada, como era natural, por todos los habitantes de Kingston, que habían hecho toda clase de comentarios.

El mayor Harvey, comandante de la tropa, llamó sobre ello la atención del gobernador, diciendo:

—Eso no es un buque mercante, sino una verdadera corbeta de guerra. Creo que se debería prender a Banks y confiscarle el buque.

—¿Pues qué sospecha usted? —preguntó el gobernador, hombre de inteligencia tan debilitada por las calenturas como por el abuso del vino.

—Sospecho —dijo el mayor— que nos vamos a encontrar con la segunda edición de Stade Bennett.

Éste había sido un plantador de excelente reputación moral, y además muy religioso. De pronto, e indudablemente a consecuencia de un antojo de su espíritu, que retrocedía al estado salvaje, abandonó su plantación para piratear por el mar Caribe. El ejemplo era bastante reciente y había consternado todo el archipiélago. De algunos gobernadores se había sospechado que estaban de acuerdo con los piratas y cobraban un tanto por ciento del botín; así es que toda falta de vigilancia había de originar con facilidad hechos muy desagradables.

—Bueno, mayor Harvey, pues sentiré mucho tener que hacer algo desagradable para mi amigo Copley Banks, porque he comido a menudo en su mesa; pero, por lo que me acaba usted de decir, no me queda otro remedio, y le ordeno a usted que haga una requisa a bordo para enterarse del destino y carácter de la expedición.

La misma noche, sobre la una, el mayor Harvey, con unos cuantos soldados, subió a un bote para visitar el «Ruffling-Harry». No encontró más que un cable de cáñamo, atado al noray, que había servido de amarra al buque. El brick lo había cortado en cuanto olió el peligro. Ya había pasado de las empalizadas, y empujado por los alisios, iba a gran velocidad hacia el estrecho de Windward.

La mañana siguiente, después de haber doblado el cabo Morant, que aparecía al Sur anegado en bruma, Copley Banks mandó reunir en la popa a toda la tripulación y los enteró de sus planes. Les dijo que los había elegido por ser todos marinos inteligentes y robustos, con nervios de acero y más aficionados a correr los riesgos de una expedición marítima que a morirse de hambre en tierra, buscándose la vida penosamente. Los navíos del rey eran pocos y mal armados, y sería muy fácil para gente determinada apoderarse de tantos buques mercantes como quisieran. Con tal comercio habían prosperado otros, y con un buque sólidamente hecho y bien abastecido, no había razón para que ellos no llegaran a cambiar sus chaquetones embreados por casaca de terciopelo. Si estaban dispuestos a navegar con el pabellón negro, él lo estaba a mandarlos; si algunos querían marcharse, allí estaba el bote a su disposición, y podrían volver a Jamaica.

De los 64 hombres que formaban la tripulación, cuatro quisieron marcharse y bajaron al bote, entre gritos y silbidos de sus compañeros. Los demás se juntaron en la popa, para redactar las cláusulas de la asociación. A los pocos momentos, un pedazo cuadrado de lienzo negro, con una calavera blanca pintada, se izaba en su palo, entre las aclamaciones de la tripulación reunida.

Fueron elegidos los oficiales y se determinaron cuidadosamente los límites de su autoridad. Banks fue nombrado capitán, y como en los buques piratas no había segundo, Birthmark Sweetlocks e Ismael Martín fueron elegidos contramaestres primero y segundo. No fue difícil determinar las reglas del contrato y las costumbres de a bordo, porque lo menos la mitad de los marineros ya habían servido en buques de semejante clase. La comida era igual para todos, y cada cual disfrutaba libertad. Se reservó una cámara para el capitán, pero todos podían presentarse en ella cuando quisieran.

Las presas habían de dividirse por partes iguales: el capitán, los dos contramaestres, el carpintero y el capitán de armas, eran los únicos con derecho a doble parte. El primero que viera un barco tendría derecho a la mejor arma que se encontrara a su bordo; el primero que penetrara en el buque enemigo, obtendría el traje más rico de la embarcación capturada. Cada marinero tendría derecho absoluto a tratar a sus prisioneros, hombres o mujeres, del modo que le pluguiera. Si un marinero retrocediese en un ataque, el primer contramaestre podría matarlo. Tales eran las principales cláusulas del tratado adoptado por la tripulación del «Ruffling Harry», y en el papel de la escritura de estipulaciones, se pusieron, a modo de firmas, cuarenta y dos cruces.

Así se lanzó a través de los mares un nuevo pirata, y antes de transcurrir un año, su nombre era tan temido como el de «Libertad Feliz». Desde el archipiélago de las Bahamas hasta las Leewards, y desde las Leewards hasta las islas de Sotavento, Copley Banks fue considerado como rival de Sharkey y terror de los buques de altura. Un día que pasaba por la bahía de Coxon'stholz, extremo E. de la isla de Cuba, con objeto de fondear para calafatearse, se encontró con la «Libertad Feliz», que se preparaba a lo mismo.

Copley Banks hizo una salva de cañón, e izó el pabellón verde, según costumbre adoptada por tales caballeros. Luego echó el bote al mar, y abordó al otro buque.

El capitán Sharkey no pasaba ciertamente por hombre amable, y solía demostrar poca simpatía hacia la gente que se dedicaba al mismo comercio que él. Copley le encontró a horcajadas en una carronada de popa; a su lado estaba el contramaestre Ned Galloway, de Nueva Inglaterra, y una ruidosa muchedumbre de bandidos. Sin embargo, cada mozo de aquellos perdía alguna serenidad cuando la mirada azul de Sharkey se fijaba en él.

Estaba éste en mangas de camisa, cuya chorrera de batista asomaba por debajo del largo chaleco de raso rojo entreabierto. El ardiente sol parecía no ejercer influencia sobre su cuerpo escuálido, pues llevaba una gorra de pellejo como en pleno invierno. Ancho cinturón de fajas de seda de diversos colores se le arrollaba al cuerpo, y sostenía un yatagán. De otro cinturón de cuero pendían pistolas.

—¡Hola! —exclamó cuando salió Banks por encima de los equipajes—. ¿Está usted ahí? Debería azotarle a usted hasta matarle, por su atrevimiento en venir a pescar en mi jurisdicción.

Banks echó una mirada como la de un viajero que ha llegado al punto de destino y contestó:

—Mucho me alegro de que seamos de la misma opinión, porque también se me figura que el mar es chico para los dos. Pero si quiere usted coger el sable y las pistolas y bajar a la playa conmigo, quedará en el mundo un bandido menos, sea cual fuere el resultado del combate.

—¡Así se habla! —gritó Sharkey, agarrándose a su fusil y tendiendo a Banks la mano—. Nunca había encontrado hombre que se atreviera a mirar frente a frente a Sharkey, y a hablarle sin temblar. Lléveme el diablo si no le escojo a usted como amigo, pero si me hace traición, juro que entraré en su buque y le clavaré en la toldilla con las tripas al aire.

—¡Juro lo mismo! —exclamó Banks.

Así se hicieron amigos íntimos ambos piratas.

Durante el verano navegaron de conserva hasta el banco de Terranova, y saquearon los buques mercantes de Nueva York y los de pesca de Nueva Inglaterra, Copley Banks fue quien capturó el «Casa de Hannover», del puerto de Liverpool, pero Sharkey fue el que ató al patrón al cabrestante y lo apedreó con botellas vacías de vino de Borgoña.

De concierto trabaron combate con el buque de guerra «Real Fortuna», enviado en busca suya, y le obligaron a huir después de una batalla nocturna que duró cinco horas, en medio de un abordaje en que las dos tripulaciones, desnudas y borrachas, se batieron a la luz de los faroles de a bordo, deteniéndose algunas veces para beber en enormes lebrillos de ron colocados junto a los cañones. Luego fueron a la bahía de Topsail, en la Carolina del Norte, para componer averías, y en primavera se encontraban reunidos en los Grandes Caicos, dispuestos a emprender otra campaña en las costas de las Indias occidentales.

Entre tanto, la amistad de Banks y Sharkey había ido aumentando; habían llegado a ser inseparables, porque Sharkey prefería a aquellos bandidos que poseían un corazón de acero, y en tal concepto, el capitán del «Ruffling Harry» realizaba por completo su ideal. Le había costado tiempo concederle toda su confianza, porque el fondo de su carácter era receloso. Nunca se había aventurado a apartarse de su buque ni a perder de vista a su tripulación.

En cambio Copley Banks iba con frecuencia a bordo de la «Libertad Feliz», y compartía con Sharkey las orgías. Acabaron por desaparecer del todo los temores de Sharkey. No sabía el daño que había hecho a su nuevo compañero, porque no podía recordar entre sus numerosas víctimas la mujer y los dos muchachos que había asesinado con tanta tranquilidad hacía mucho

tiempo. El último día de su estancia en Caicosbank, cuando recibió de su amigo una invitación a una orgía para él y su contramaestre, no encontró motivo de negarse.

Precisamente la semana anterior había saqueado un buque lleno de pasajeros, y como los víveres eran numerosos y de primera calidad, se tomaron entre cinco una cena excelente, después de la cual bebieron todos de una manera desmedida. Los comensales eran ambos capitanes, Birthmark Sweetlocks, Ned Galloway e Ismael Martín. Los servía el mudo, al cual dio Sharkey un golpazo en la cabeza, porque había andado remiso en llenarle el vaso.

El contramaestre había cuidado de quitarle a Sharkey las pistolas, porque una de sus bromas favoritas consistía en dispararlas por debajo de la mesa sin apuntar, mirando luego a quién le había tocado la china. Aquella chanza había costado una pierna a un contramaestre. De modo que después de cenar, se acostumbraba, so pretexto del calor, a quitarle a Sharkey las armas, poniéndolas fuera de su alcance.

La cámara del capitán en el «Ruffling Harry» estaba colocada en la cubierta, junto a la roda, y detrás había un cañón. Alrededor de la pared había armeros y tres enormes barriles de pólvora que servían de aparadores para platos y botellas. En aquella pieza lúgubre siguieron bebiendo los cinco bandidos, cantando y aullando, mientras el mudo llenaba en silencio los vasos, y les iba dando tabaco y lumbre para encender las pipas. Hora tras hora, la conversación iba siendo más escandalosa, más roncas las voces, más incoherentes los gritos y ternos. Por último, tres de los cinco convidados cerraron los ojos encarnizados y dejaron caer sobre la mesa las cabezas pesadas.

Copley Banks y Sharkey quedaron cara a cara, uno porque apenas había bebido, otro porque el exceso en la bebida nunca llegaba a cansar sus nervios de acero ni a calentarle la corrompida sangre. Detrás de él acechaba el mudo, llenándole a cada momento el vaso que vaciaba. Fuera se oía el rumor de las olas que lamían los costados del buque, y la voz de un marino que cantaba en el otro barco.

En aquella noche serena y tranquila del trópico, las palabras del cantor llegaban a sus oídos:

Salió el correo de Stepney Town.
¡Despiértate y sacúdete!
¡Iza la vela!
Salió el correo de Stepney Town,
con barriles de oro, ropas de terciopelo.

Desde cerca lo acechan los piratas
prontos a largar velas
en el mar de Lowland.

Los dos buenos amigos le oían en silencio. De pronto echó Copley Banks una mirada al mudo, que cogió un rollo de cuerdas de un armero.

—Capitán Sharkey —dijo Copley Banks—, ¿se acuerda usted de la «Duquesa de Cornuailles», procedente de Londres, que capturó usted y echó a pique cerca del banco de Statira, hace tres años?

—Lléveme el diablo si me acuerdo de tal nombre —respondió Sharkey—. En aquella época capturábamos lo menos diez barcos cada semana.

—Había a bordo entre los pasajeros una madre con sus dos hijos. Puede que esta circunstancia le recuerde a usted más el asunto.

El capitán Sharkey se repantigó en la silla y pareció absorto en sus pensamientos. De pronto, soltó una carcajada ruidosa, y afirmó que ya recordaba perfectamente aquella hazaña, y hasta dio pormenores para demostrarlo.

—¿Cómo demonios se me habría ido de la memoria? ¿Y cómo es que ahora se acuerda usted de eso?

—Porque era cosa que me interesaba —respondió Copley Banks—; como que aquella madre era mi mujer, y los dos muchachos que la acompañaban mis únicos hijos.

Sharkey miró de frente a su compañero, y vio que la extraña claridad que siempre vagaba por el fondo de sus ojos se había convertido en verdadera llama. Leyó en aquella mirada tremenda amenaza y se llevó las manos al cinturón vacío. Volviose entonces para coger un arma, pero antes que pudiera hacer un ademán, el arco descrito por una cuerda cayó sobre él, atándole los brazos al costado. Se revolvió como un gato montés y se puso a pedir socorro a gritos.

—¡Ned! —chillaba con voz desesperada—. ¡Ned! ¡Despiértate! ¡Esto es una traición odiosa! ¡Socorro, Ned, socorro!

Pero los tres hombres estaban borrachos, y nada podía despertarlos.

Y la cuerda seguía arrollándose a su alrededor hasta que le tuvo sujeto de pies a cabeza. Copley Banks y el mudo lo apoyaron como una masa inerte contra un barril de pólvora, después de haberle puesto en la boca un pañuelo, a guisa de mordaza. Únicamente podía mover los ojos, que lanzaban miradas fulgurantes. El mudo manifestaba su exaltado triunfo con chillidos incoherentes, y por primera vez tembló Sharkey al ver abrirse ante él aquella boca vacía, cuya lengua había arrancado. Comprendió que era el modelo de

aquella venganza lenta y paciente que le acechaba de tiempo atrás, y había acabado por cogerlo.

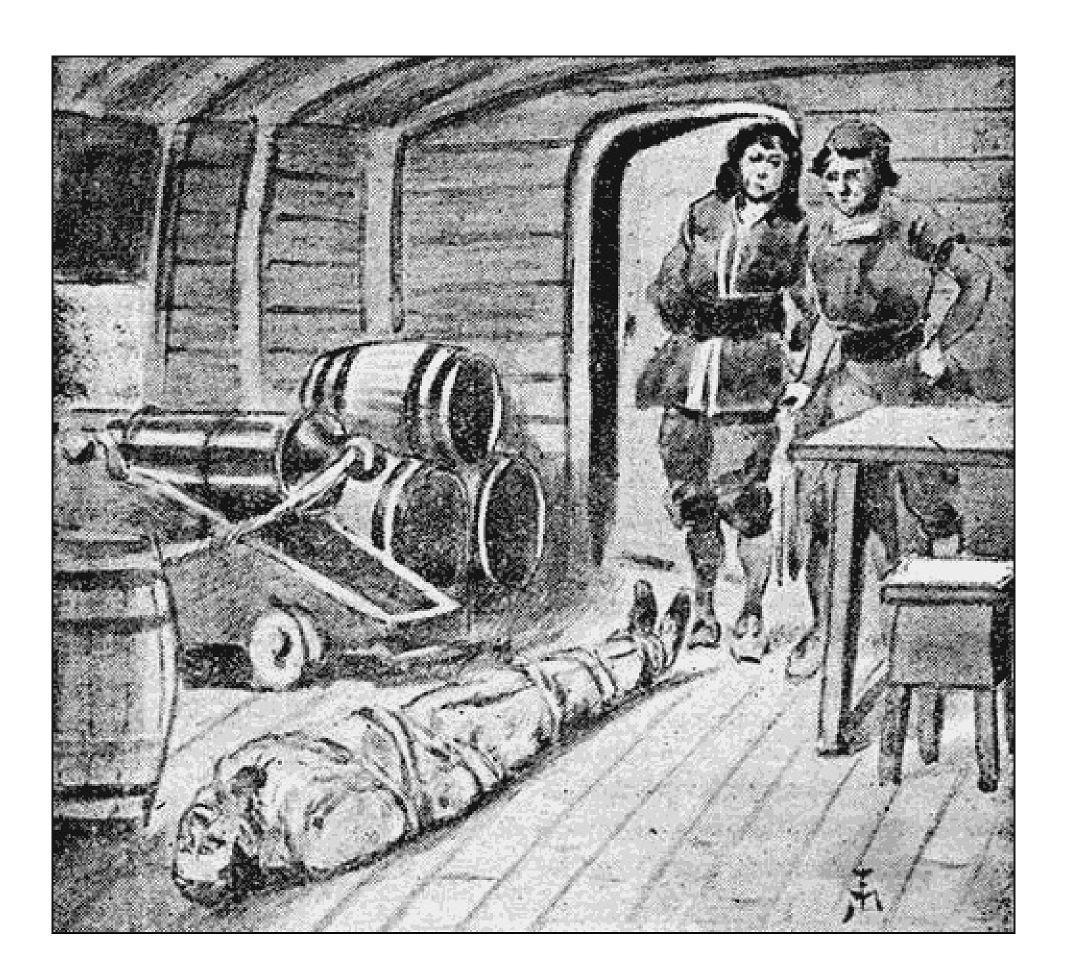
Los dos vencedores habían combinado anticipadamente su plan, maduro y complicado.

Empezaron por desfondar las tapas de dos barriles de pólvora y derramaron el contenido por el suelo y por la mesa. Luego echaron más alrededor de los tres borrachos, hasta que cada uno estuviera en una verdadera cama de pólvora. Luego llevaron a Sharkey hasta el cañón y lo ataron a la porta, con el cuerpo a poca distancia de la abertura. Por más que se revolvía le era imposible apartarse un centímetro a izquierda o derecha, porque el mudo le había atado con toda la destreza de un marino consumado, de tal modo, que no le quedaba probabilidad alguna de salvación.

—Ahora, óyeme, demonio —dijo Copley Banks con la mayor calma; óyeme, que estas son las últimas palabras pronunciadas por voz humana que oirás en la tierra. Estás en mi poder. Te he comprado bastante caro, porque he dado cuanto se puede dar en el mundo: he dado mi alma. Para alcanzarte he tenido que ponerme a tu nivel. Dos años seguidos he estado batallando con esta idea que me perseguía, esperando encontrar otro medio, pero me he convencido de que no lo había. Entonces me convertí en bandido, en asesino, y en cosa peor todavía, puesto que he vivido contigo y contigo me he reído a carcajadas… todo para lograr mi objeto. Ahora ha llegado tu última hora, y perecerás como yo he dispuesto, viendo que la sombra se te acerca lentamente y entre ella te acechan todos los demonios del infierno.

Sharkey, entre tanto, podía oír en lontananza la voz de sus compañeros que cantaban:

¿En dónde está el correo de Stepney Town?
¡Despiértate y sacúdete!
A toda vela navegamos;
¿En dónde está el correo de Stepney Town?
El pirata tiene oro, las ropas tienen sangre;
todo es para el pirata,
que acecha a los navíos,
en el mar de Lowland.



Llegaban las palabras distintamente a sus oídos: oía de lejos los pasos de dos centinelas que estaban de guardia en la cubierta de su buque. Y allí estaba él, privado de auxilio, frente a la boca del cañón, impotente, incapaz de moverse y de producir un sonido.

De nuevo oyó la voz que salía del otro buque:

Ya llega a la bahía de Stornaway.
Agarrad el botín;
destruid lo demás.
Bogad por la bahía de Stornaway.
Bueno es el vino, alegres las muchachas,
que aguardan a su amante,
espiando su regreso
por el mar de Lowland.

Aquellas palabras alegres, aquellas voces jubilosas, hacían más penosa la suerte del pirata, que veía venir la muerte, pero sus ojos conservaban toda su ferocidad.

Copley Banks había limpiado muy esmeradamente el oído del cañón, vertiendo sobre él pólvora fresca. Apoderándose de la vela, la había cortado; dejó solamente un pedazo de una pulgada de longitud, y la colocó encima de la pólvora vertida hasta la porta por donde asomaba el cañón. En seguida echó

por el suelo, debajo de la pieza, gran cantidad de pólvora, de tal modo, que cuando se acabara la vela, formidable explosión destrozara a los tres borrachos tendidos sin sentido en la cámara.

—En otros tiempos has obligado a muchos hombres a mirar la muerte cara a cara, Sharkey, pero ha llegado tu hora. Vas a volar en compañía de estos cerdos.

Mientras hablaba, encendió el cabo de vela después de apagar las demás luces que había en la mesa, y luego salió con el mudo, cerrando con llave por fuera la puerta de la cámara. Pero antes de cerrarla, echó a su enemigo una mirada de triunfo y pudo recoger el último estremecimiento de aquellos ojos indomables. En el pequeño círculo de luz resaltaba una cara blanca como el marfil. Algunas gotas de sudor brotaban de su frente calva. De aquel modo se vio por última vez a Sharkey.

Un bote esperaba junto al barco. Copley Banks y el mudo se embarcaron en él para llegar a la orilla. Allí se pararon, y a la sombra de las palmeras contemplaron el brick iluminado por la luna. Esperaron bastante tiempo, mirando la lucecilla que brillaba a través de la porta. Por último, se oyó el ruido sordo del cañón, seguido al momento por el formidable estampido de la explosión. El buque esbelto y negro, la costa; las hojas de las palmeras, se iluminaron de pronto, y luego se hizo más sombría la obscuridad. Oyeron gritos en la bahía.

Copley Banks, con el corazón lleno de contento, puso la mano en el hombro de su compañero, y ambos desaparecieron en la soledad de los matorrales del Caico.

LA NUEVA CATACUMBA

—VAMOS, BURGER —dijo Kennedy—; mucho me alegraría de que tuviera usted confianza en mí.

Los dos estudiantes jóvenes llegados a Roma para estudiar antigüedades, estaban cómodamente sentados en la elegante habitación de Kennedy, cuyas ventanas daban al Corso. La noche estaba fría y ambos habían acercado sus sillas a una de esas estufas italianas, que más que calentar, sofocan. Por fuera, a la claridad de las brillantes estrellas de invierno, se extendía la Roma moderna, con sus largas filas de luces eléctricas, cafés bien iluminados, hileras de coches que se sucedían a cada momento y muchedumbre compacta que llenaba las aceras. La habitación del joven arqueólogo estaba amueblada suntuosamente y llena de recuerdos de la antigua urbe romana. Frisos antiguos, resquebrajados por la acción del tiempo, pendían de las paredes; había en todos los rincones bustos de senadores y guerreros antiguos con rostros severos y crueles (que al parecer le miraban a uno), cubiertos por el polvo de los siglos. En una mesa colocada en el centro de la habitación, y en medio de un revoltijo de inscripciones, residuos y ornamentos, estaba la famosa reconstitución de las Termas de Caracalla, hecha por Kennedy, que expuesta en Berlín, había excitado tanto interés y admiración. Todos aquellos recuerdos de otra edad eran indiscutiblemente auténticos, y tenían, por su rareza, un valor considerable, porque Kennedy, aunque apenas llegado a treinta años, tenía entre los arqueólogos una reputación europea. Poseía una gran fortuna, y esta circunstancia, que unas veces constituye una causa de parada definitiva en los estudios científicos, y otra es en cambio un estimulante muy enérgico, había producido en él este segundo efecto, dándole inmensa ventaja en su carrera hacia la gloria. Frecuentemente habían seducido a Kennedy los antojos y las alegrías de sus estudios, pero su clara inteligencia era también capaz de esfuerzos largos y pacientes, que casi invariablemente acababan en períodos de cansancio durante los cuales recobraba sus apetitos sensuales. Su hermoso rostro, de ancha y blanca frente, su nariz tal vez

demasiado desarrollada, sus labios gruesos de mujeriego delataban fácilmente las fuerzas y las debilidades de su naturaleza.

Su compañero Julio Burger era un tipo muy diferente. De padre alemán y madre italiana, algo tenía de ambas razas. Las cualidades de fuerza de la gente del Norte, se combinaban extrañamente en él con la gracia suave de los meridionales. Sus ojos azules de teutón iluminaban una cara tostada por el sol. Su frente maciza y cuadrada estaba dominada por una cabellera rizosa y rubia clara: llevaba muy afeitada la mandíbula fuerte y saliente, y muchas veces había notado su compañero un parecido notable entre el alemán y los bustos romanos que adornaban las rinconeras de su cuarto. Su carácter enérgico de germano dejaba adivinar a veces algunos rasgos de la astucia italiana, pero su sonrisa era tan leal, tan francos sus ojos, que en seguida se pensaba que aquello era una huella lejana de atavismo, sin influjo alguno en su manera de ser.

Era de la misma edad que su compañero inglés y rivalizaban sus reputaciones. Pero la vida y el trabajo habían sido más penosos para él. Doce años antes había llegado a Roma, siendo un estudiante pobre. Desde entonces había vivido de una pensión modesta que le pasaba la Universidad de Bonn para que pudiera dedicarse a las investigaciones arqueológicas. Lenta y trabajosamente, con un tesón extraordinario, había trepado sucesivamente por cada peldaño de la escalera de la gloria, y a la sazón, miembro de la Academia de Berlín, tenía derecho a esperar un nombramiento próximo para una de las cátedras universitarias más importantes de Alemania. Las apremiantes necesidades de la vida habían sido para él la palanca que le elevó al mismo nivel que el rico y brillante inglés, pero en cuanto atañe a su ciencia común, siempre se había encontrado muy inferior a éste. Nunca le habían dejado tiempo sus estudios para hacer vida de sociedad, y si se iluminaba a veces su rostro, era únicamente al hablar de asuntos arqueológicos que tanto le interesaban. En los demás ratos, permanecía callado y como cohibido, pues sabía cuán limitados eran sus conocimientos sobre otros asuntos, y no eran de los que saben hablar con facilidad de esas trivialidades que son el refugio de quienes no tienen pensamientos que expresar.

Sin embargo, desde hacía algunos años, un compañerismo que al parecer se iba convirtiendo en amistad profunda, existía entre aquellos dos jóvenes tan diferentes. Sus relaciones habían nacido de que en sus estudios respectivos habían adquirido ambos la convicción de que eran los únicos de su profesión con bastantes conocimientos y entusiasmo por su carrera para estimarse mutuamente. Sus intereses y esfuerzos comunes los habían

aproximado, y se habían sentido atraídos recíprocamente por su ciencia. Poco a poco los había unido otro lazo. Habían encantado a Kennedy la franqueza y sencillez de su rival, mientras a Burger le habían seducido la viveza y el brío que habían hecho irresistible a Kennedy en la sociedad de Roma. Y digo que «habían», porque en aquel momento el joven inglés se encontraba algo comprometido.

Un amorío cuyos pormenores no se habían conocido por completo, pareció demostrar en él falta de corazón e insensibilidad, que habían hecho mal efecto en varios amigos suyos. No obstante, en el medio más frecuentado por él, y compuesto de artistas y de estudiantes solteros, no era muy rígido el código del honor en tales materias, y aunque se movieran algunas cabezas y se encogieran algunos hombros al conocer el fin de un idilio empezado con la fuga de dos amantes y acabado con el regreso de uno solo, la opinión general no le fue hostil. Entre quienes le rodeaban, hubo más curiosidad y envidia que reprobación.

—Vamos, Burger —repitió Kennedy mirando de frente la tranquila cara de su compañero—, mucho me alegraría de ver que tiene usted realmente confianza en mí.

Mientras hablaba, señalaba una alfombra tendida en el suelo. En la alfombra había uno de esos cestos italianos para frutas, alargados y casi planos, hechos del ligero mimbre que suele utilizarse en Campania. Estaba llena de un verdadero revoltijo de objetos desemejantes, como tejas con inscripciones medio borradas, restos de pilares, pedazos de mosaicos, trozos de papiro, adornos de metal oxidado que a gente profana le habrían parecido desechos dignos del basurero, pero que habrían sido juzgados por un arqueólogo como cosas únicas en su género. Aquel montón de vejeces constituía uno de los anillos de la cadena de acontecimientos pretéritos que deseaban reconstituir piadosamente ambos sabios. El alemán los había descubierto y traído, y el inglés los miraba con ardiente curiosidad.

—No quiero sacar ventaja personal de las investigaciones de usted, pero me gustaría mucho saber cómo las ha llevado a cabo —dijo Kennedy, mientras Burger encendía un cigarro—. Indudablemente ese es un descubrimiento importantísimo. Esas inscripciones han de causar gran sensación en Europa.

—Por cada inscripción que he traído, queda allí abajo un millón —dijo el alemán—. Hay tantas, que la vida de doce sabios no bastaría para descifrarlas, aunque ganarían con ello reputación tan sólida como el castillo de Sant Angelo.

Kennedy se quedó pensativo, con la frente arrugada, mientras sus dedos rizaban indolentemente el rubio bigote.

—Se ha delatado usted, Burger —dijo por último—; sus palabras me hacen conocer que ha descubierto una catacumba nueva.

—Ya me figuré, al enseñarle estas maravillas, que en seguida sacaría usted esa consecuencia.

—Cierto es que su aspecto me sugirió tal opinión, pero su última frase de usted ha convertido en certidumbre lo que era una sospecha. Únicamente en una catacumba se puede descubrir una colección de reliquias como la que usted me ha indicado.

—Claro; y no lo oculto. He descubierto efectivamente una catacumba nueva.

—¿Y dónde?

—¡Ah! Ese es mi secreto, amigo Kennedy. Bástele a usted saber que está en tal sitio, que hay un millón de probabilidades contra una, de que nadie la descubra. Es anterior a la construcción de las demás catacumbas conocidas, y se consagró a sepulcro de los cristianos de alta categoría.

»Por eso no se parecen en nada las ruinas e inscripciones que allí he encontrado a las halladas hasta estos últimos tiempos. Si no conociera el talento y la energía de usted, no vacilaría, bajo la promesa de secreto, en confiarle todos los pormenores; pero en este caso creo que haré mejor en redactar mi Memoria sobre este descubrimiento, antes de exponerme a una competencia tan formidable como la de usted.

Kennedy tenía a los estudios arqueológicos una afición apasionada que rayaba en locura, un verdadero amor que le dominaba completamente hasta en medio de los placeres, que nunca dejan de rodear la vida de un joven rico y de costumbres fáciles. Aunque tuviera ambición, nada era ésta comparada con el interés inmenso que le inspiraba cuanto concernía a la vida antigua y a la historia de la capital del mundo romano. Se había apoderado de él un deseo frenético de visitar aquella ciudad subterránea descubierta por su joven colega.

—Vamos, Burger —dijo seriamente—, le aseguro a usted que puede confiar en mí. Afirmo que por nada del mundo me permitiría confiar al papel sin permiso explícito de usted, cuanto averiguara con su auxilio. Me parece muy natural el sentir de usted, pero repito que de mí nada tiene que temer. Si nada quiere usted decirme, me propondré hacer investigaciones racionales, y estoy seguro de descubrir ese tesoro. Claro es que en tal caso, usaré del descubrimiento como quiera, porque ningún favor deberé a usted.

Burger sonrió pensativo, dejando volar las espirales del humo de su cigarro, y dijo:

—He observado, amigo Kennedy, que cuando deseo tener datos sobre cualquier punto, no suele usted estar dispuesto a dármelos.

—¿Cuándo me ha preguntado usted alguna cosa sin que yo contestara? Recuerde usted que yo le proporcioné todos los materiales para su famosa Memoria sobre el templo de las vestales.

—Verdad es, pero era estudio de poca importancia. Y si le dirigiera a usted una pregunta de orden íntimo, ¿estaría usted dispuesto a contestar? Esa nueva catacumba es una cosa casi íntima para mí, y si le diera a usted los pormenores que me pide, quisiera que usara conmigo la misma confianza.

—¿Adónde diablos va usted a parar? No puedo adivinarlo, pero si me da a entender que contestará usted a las preguntas que le dirija sobre su descubrimiento si por mi parte contesto a las que me haga, afirmo que le complaceré con mucho gusto.

—Bueno —dijo Burger, repantigándose cómodamente en el sillón y lanzando al aire volutas de humo azul—; pues entonces cuénteme usted sus relaciones con Mary Saunderson.

Kennedy dio un brinco, y dirigió furiosas miradas a su compañero, que siguió impasible.

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó—. ¿Qué pregunta es esa? Si es broma, le advierto que no me hace maldita la gracia.

—No es broma —contestó gravemente Burger—. Los pormenores de ese amorío me interesan mucho. Conozco poco el mundo, las mujeres, las costumbres sociales, etcétera, y siento el atractivo de lo desconocido. A usted lo conozco íntimamente; a ella la he visto algunas veces, y hasta le he hablado. De modo que me alegraría que usted me contase lo ocurrido entre ambos.

—No le contaré ni una palabra.

—Está bien. No era más que un antojo mío para saber si me revelaría usted tan fácilmente su secreto, como lo haría yo relatándole el descubrimiento hecho por mí. No quiere usted, y así me lo figuraba. Pero en tal caso, comprenderá que yo he de hacer lo mismo con usted. En el reloj de San Juan de Letrán dan las diez. Es hora de volverme a casa.

—No; aguarde usted un momento, Burger. Ridículo capricho es el de querer saber pormenores de unas relaciones que acabaron hace meses. Ya sabe usted que todo hombre de honor considera bribón y cobarde al que se enreda con una mujer y luego lo va contando.

—Estamos conformes —repuso el alemán, mientras recogía el cesto que encerraba sus tesoros—. Así es, cuando se cuentan amores con una joven de quien nada se ha dicho. Pero en cuanto se refiere a Mary Saunderson, la aventura ha sido pública, y ha hecho ruido en Roma. De modo que no causaría usted ningún perjuicio a la joven enterándome bien de sus amores. Pero, en fin, respeto sus escrúpulos y… buenas noches.

—Un momento, Burger —dijo Kennedy poniendo familiarmente la mano en el hombro de su compañero—. No disimulo el interés que me inspira el descubrimiento de la catacumba, ni renunciaré tan fácilmente al deseo que he manifestado. Pídame usted en recompensa de su confidencia, otra cosa… menos excéntrica.

—Nada; se ha negado usted, y ya no hay más que hablar —replicó Burger poniéndose el cesto debajo del brazo—. Indudablemente está usted en su derecho obrando así, y yo en el mío negándome a confiarle mi secreto, por lo cual, amigo Kennedy, vuelvo a desearle buena noche.

Vio el inglés a Burger atravesar la habitación, pero cuando le vio poner la mano en el picaporte, se precipitó hacia él con el aspecto de un hombre resignado a hacer de tripas corazón.

—Vaya, vaya, amigo mío —dijo—, me parece todo ello una ridiculez de usted, pero puesto que tal es su voluntad tengo que doblegarme. Mucho trabajo me cuesta hablar de esa joven, pero puesto que dice usted que todo Roma conoce su historia, creo que no le contaré nada que no sepa. Hable usted. ¿Qué desea saber?

El alemán se acercó a la estufa, dejó el cesto en el suelo, se sentó en un sillón y dijo:

—¿Tomaré otro cigarro? Gracias. No fumo cuando trabajo, pero cuando estoy de conversación, me gusta notar la influencia del tabaco. Y dígame usted, ¿qué ha sido de esa joven con la cual corrió usted aquella aventura?

—Sencillamente: se ha vuelto con su familia.

—Ya. ¿Indudablemente estará en Inglaterra?

—Sí, señor.

—¿En qué parte de Inglaterra? ¿En Londres?

—No, en Twickenham.

—Dispense usted mi curiosidad, amigo Kennedy. Pero ya sabe usted que estoy poco al corriente de los usos sociales. Indudablemente no tendrá nada de particular raptar y tener consigo tres semanas o más a una joven que luego se devuelve a su familia en… ¿cómo se llama ese pueblo donde vive?

—Twickenham.

—Eso es; Twickenham. Pero todo eso me parece a mí tan extraordinario, que no comprendo cómo se decidió usted a ello. Si usted hubiera querido realmente a esa joven, no habría desaparecido el cariño en tres semanas. Supongo, pues, que nunca la quiso usted. Y si no la amaba, ¿por qué armó usted ese escándalo que a usted le ha perjudicado y a ella le ha quitado el buen nombre?

Kennedy miró, como meditabundo, el brillo rojo de la estufa, y contestó:

—Parece muy lógico lo que usted dice: el amor es una palabra tan compleja, que encierra numerosos sentimientos. Mary me gustaba… y usted que la ha visto, se daría cuenta de lo muy encantadora que era a veces. En fin; analizando lo que experimentaba yo entonces, tengo que confesar que no me inspiraba verdadero amor.

—Entonces, amigo Kennedy, ¿por qué procedió usted de aquella manera?

—Ya sabe usted que una aventura ha tenido siempre muchos encantos para mí.

—¿Hasta ese punto le apasionan a usted las aventuras amorosas?

—Son las que dan variedad a la existencia. Un capricho fue lo que me acercó a Mary. Muchas piezas he cazado en mi vida, pero ninguna me gusta tanto como una mujer bonita. Lo que más atractivos daba a aquella aventura, era el ser la hermosa señorita de compañía de *lady* Emilia Rood, resultando casi imposible para mí hablar a solas con ella. De todos los obstáculos que me atraían, y tenía que vencer, el que más me fascinaba consistía en que según me dijo al principio de conocernos, tenía novio.

—«¡Mein Gott!» ¿Y quién era éste?

—Nunca me dijo su nombre.

—Creo que nadie se ha enterado de esa particularidad. ¿Y dice usted que eso daba atractivos a la aventura?

—Claro; era el mayor. ¿No le parece a usted?

—Ya le he dicho que entiendo poco de eso.

—Ya sabe usted que la mejor fruta es la del cercado ajeno. Además, descubrí que la muchacha me quería.

—¿Le quiso a usted en seguida?

—No: lo menos necesité tres meses para conseguirlo. Al fin lo logré. Comprendió que, estando separado judicialmente de mi mujer, no podríamos casarnos, pero consintió en entregarse a mí, y le aseguro que pasamos horas muy deliciosas, mientras duraron las relaciones.

—¿Y el otro? ¿El novio?

Kennedy se encogió de hombros.

—¿Qué quiere usted? En este mundo, cada cual para sí. Probablemente, si hubiera sido más simpático que yo, no le habría dejado Mary. Pero hablemos de otra cosa, pues este asunto no me es muy grato.

—Dígame usted antes: ¿cómo se cansó de ella a las tres semanas?

—Por ambas partes se fue enfriando el amor. Muchas veces me repitió que por nada del mundo volvería a Roma, donde conocía mucha gente. Yo necesito sin remedio estar en esta capital, y ya empezaba a echar de menos mis trabajos queridos. Era esa una de las causas que fatalmente habían de separarnos. Además, su anciano padre fue a buscarnos a una fonda de Londres; se produjo un escándalo espantoso y, por último, tomaron aquellas relaciones un giro tan desagradable, que más adelante (porque al principio la eché mucho de menos) me alegré mucho de verme libre. Cuento con su discreción completa, ¿verdad?

—Crea usted, amigo Kennedy, que nunca se me ocurrirá decirle a nadie lo que usted me ha contado, y que me ha interesado mucho, porque me he dado cuenta de su modo de ver las cosas. Yo las considero de otro modo, pero ya le he dicho que conozco poco el mundo. Desea usted ahora que le revele el secreto de mi descubrimiento, y para nada le serviría que le dijera dónde se encuentra, porque no conseguiría usted entrar. Lo que puedo hacer es acompañarle a la catacumba.

—¿Será usted tan amable? ¡Cuánto me alegraré!

—¿Cuándo quiere usted que vayamos?

—Cuanto antes, mejor. Gran deseo tengo de verla.

—Pues si quiere usted, como la noche está hermosa, aunque un poco fresca, podemos salir dentro de una hora. Tendremos que tomar precauciones para no llamar la atención. Si nos vieran juntos, comprenderían que hay gato encerrado.

—Todas las precauciones son pocas. ¿Está muy lejos?

—A pocas millas de aquí.

—¿No está muy lejos para ir a pie?

—No. Podemos ir sin cansarnos.

—Sí; mejor iremos andando. Podría sospechar algo el cochero si nos viera pararnos de noche en medio del campo.

—Tiene usted razón. Nos citamos a media noche, al principio de la vía Appia. Tengo que volver a casa para coger velas, cerillas y otras cosas necesarias.

—Conformes, Burger. Es usted un verdadero amigo, que me ha comunicado su secreto. Prometo de nuevo no escribir nada sobre el asunto,

hasta que haya usted publicado su Memoria. Hasta luego: a las doce estaré en la vía Appia.

Sonaba el tañido de las campanas de la capital, en el aire frío y puro de la noche, cuando Burger, envuelto en una ancha capa italiana y con una linterna en la mano, acudió a la cita. Kennedy salió de entre la sombra y fue a su encuentro.

—Es usted tan activo para el trabajo como para el amor —le dijo el alemán echándose a reír.

—Sí; ya hace media hora que estoy aguardando.

—Supongo que a nadie habrá usted hablado de su salida nocturna.

—¡Dios me libre! Pero estoy helado hasta los huesos. Andemos de prisa para entrar en calor.

Resonaban sus pasos en las toscas losas de la antigua vía romana, que fue en otros tiempos la más famosa del mundo. De cuando en cuando encontraban algún campesino que volvía del bodegón a su domicilio, y algunos carros de verduras que iban al mercado de la capital. Burger y Kennedy seguían su camino en medio de filas de enormes sepulcros que se erguían gigantescos en la obscuridad. Cuando llegaron a la altura de la catacumba de San Calixto, daba la luna en el edificio circular de Cecilia Metela. En aquel momento se paró Burger, llevándose la mano a una cadera, y dijo riéndose:

—Las piernas de usted son más largas que las mías, y está usted más acostumbrado a andar. Creo que aquí debemos dejar el camino. Vamos a recorrer un sendero muy estrecho: yo iré delante, y usted no tiene más que seguirme.

Encendió la linterna, y gracias a su débil claridad pudieron seguir la vereda estrecha y sinuosa que atravesaba los pantanos de Campania. El gran acueducto de la antigua Roma parecía formar como los anillos de una inmensa oruga a través del paisaje blanco iluminado por la luna. Aquel sendero los llevó hasta debajo de uno de los grandes arcos, y atravesaron el hacinamiento de ruinas, restos venerables del antiguo circo. Al fin se paró Burger delante de un establo solitario, y sacó una llave del bolsillo.

—La catacumba no estará seguramente; dentro de una casa —dijo Kennedy.

—No, pero sí la entrada. Eso es precisamente lo que imposibilita que otra persona descubra el secreto.

—¿Sabe algo el propietario del establo?

—No; pero como había descubierto ciertos objetos que me enseñó, comprendí que este edificio debía de estar construido a la misma entrada de

una catacumba, de modo que le he alquilado el establo, y he hecho yo mismo las excavaciones. Vamos, entre usted, y deje cerrada la puerta.

Era un edificio largo y completamente vacío, sobre cuyas paredes no resaltaban más que los pesebres.

Burger dejó la linterna en el suelo, y colgó el gabán de manera que interceptara la luz por todos lados, menos por uno.

—Llamaría mucho la atención ver luz en lugar tan solitario. Hágame usted el favor de ayudarme a quitar estas tablas.

El pavimento de un rincón del aposento era movible, y los dos jóvenes quitaron sucesivamente todas las tablas, que arrimaron a la pared. Por la abertura practicada, vieron una antigua escalera de piedra, de peldaños verdosos, que parecía bajar a las entrañas de la tierra.

—¡Cuidado! —dijo Burger, viendo que Kennedy, temblando de impaciencia, empezaba a bajar—. Esta es una verdadera conejera, y si pierde usted el camino no le será posible salir vivo de este laberinto. Aguarde usted un momento, que traeré luz.

—¿Y usted cómo podrá dar con el camino si son tan complicadas las revueltas?

—Más de una vez he corrido peligro, pero poco a poco he logrado entenderlas. Hay cierto método para no perderse, pero seguramente un hombre que se encontrara de pronto a obscuras no podría salvarse. Por eso, siempre que me interno mucho en la catacumba, tengo cuidado de traer conmigo un ovillo de cuerda que voy soltando al andar. Ya se dará usted cuenta de las dificultades cuando vea galerías que se dividen y subdividen una docena de veces, antes de recorrer una distancia de cien metros.

No tardaron en llegar a unos veinte pies por debajo del nivel del establo, y se encontraban en una sala rectangular practicada en la toba.

La linterna alumbraba el suelo con su luz vacilante, dejando en la sombra toda la parte superior, aunque permitía vislumbrar las paredes ennegrecidas y resquebrajadas por el tiempo. En todas direcciones se veían los agujeros sombríos formados por las galerías, que convergían todas hacia aquel punto central.

—Sígame usted de cerca —dijo Burger—. No se pare en el camino para mirar a un lado y a otro, porque el lugar a donde le guío contiene cuanto usted pueda desear, y más, y ganaremos tiempo yendo derechamente y sin tardar.

Dirigiose en seguida hacia una de aquellas galerías, en la cual penetró, mientras el inglés, siguiendo el consejo recibido, le seguía muy de cerca. De cuando en cuando la galería se empalmaba con otra, pero Burger debía de

seguir indudablemente algunas señales secretas trazadas antes por él, pues ni una vez tuvo que pararse, ni vaciló sobre la dirección conveniente. En todos los muros se veían tendidos en los nichos los cuerpos de los cristianos de la Roma imperial. La luz amarilla de la linterna dirigía a veces rayos trémulos a las facciones desecadas de las momias, y hacía relucir los cráneos redondeados y los largos huesos de los brazos, cruzados sobre los descarnados esternones. Mientras proseguía su camino, echaba Kennedy miradas de pena a las inscripciones, a las urnas funerarias, a los frescos primitivos, a los ornamentos sacerdotales y a los vasos sagrados que allí estaban en la misma posición en que siglos antes los habían depositado manos piadosas. Las miradas rápidas que había podido echarles al pasar, habían bastado para hacerle comprender que aquella catacumba era una de las más antiguas y mejor conservadas de todas las de Roma, y que debía de contener más tesoros que cualquiera de las exploradas por los arqueólogos.

—¿Qué nos sucedería si la luz se apagara de pronto? —preguntó mientras seguía andando rápidamente.

—He tenido cuidado de traer una vela de repuesto, y tengo en el bolsillo una caja de cerillas. Y diga usted, Kennedy: ¿tiene usted también cerillas?

—No: me debería usted dar alguna.

—Es completamente inútil. No hay peligro de que nos separemos.

—¿Nos falta mucho? Me parece que hemos andado lo menos un cuarto de milla.

—Creo que algo más. Esta catacumba carece de límite; yo, a lo menos, no he podido encontrarlo. Vamos a llegar a un paso muy difícil, y me parece que debo utilizar mi ovillo de bramante.

Ató una punta a una piedra saliente, conservando el ovillo en el bolsillo superior, y dejándole soltarse mientras andaba. Notó Kennedy que aquella precaución era muy necesaria, porque las galerías iban siendo cada vez más complicadas y tortuosas, cortadas a cada paso con una verdadera red de otros pasajes subterráneos. Todos iban a parar a una inmensa sala redonda, en medio de la cual se erguía un pedestal de toba, cuadrado, coronado por una losa de mármol.

—Vive Dios —exclamó Kennedy con explosión de júbilo, mientras Burger balanceaba su linterna por encima de la losa de mármol—, éste es un altar de los primeros tiempos del cristianismo, tal vez el más antiguo. Ahí en ese rincón está la cruz de consagración tallada en la piedra. No hay duda: esta sala circular servía de capilla.

—Precisamente —respondió Burger—; si tuviera más tiempo, le enseñaría a usted todos los cuerpos enterrados en estas excavaciones practicadas en el muro. Son los de los primeros Papas y obispos de la Iglesia. Ahí están con sus mitras, sus báculos y todos sus ornamentos sacerdotales. Venga usted a ver el de allí abajo.



Kennedy atravesó la sala y contempló una cabeza cubierta con una mitra hecha jirones, y sembrada de manchas de moho.

—Es muy interesante —dijo, con voz que tenía sonoridades extrañas en aquella bóveda inmensa—. Me parece una cosa única. Traiga usted la linterna, Burger, que yo quisiera verlos todos.

Pero el alemán ya se había alejado y estaba de pie en el círculo luminoso proyectado por su linterna en el otro extremo de la sala.

—¿Sabe usted cuántas revueltas peligrosas hay entre esta sala y la escalera de nuestro establo? —preguntó Burger—. Hay más de dos mil. Sin duda era éste uno de los medios empleados por los cristianos para defenderse de las incursiones de la autoridad pagana. El hombre que tuviera una luz, contaría con una probabilidad contra mil de dar con el camino, y si se encontrara a obscuras, se puede suponer que no tendría ninguna.

—Esa es también mi opinión.

—La obscuridad es aquí una cosa espantosa. Lo digo por experiencia: porque una vez lo probé para asegurarme de ello. ¿Quiere usted hacer el experimento?

Se bajó hacia la linterna, y al instante le pareció a Kennedy que le habían puesto encima de los ojos una mano invisible. Jamás se había encontrado en semejante obscuridad, que parecía que le oprimía y le ahogaba. Era como un obstáculo infranqueable, que impedía al cuerpo andar. Tendió las manos hacia adelante, como para derribar el obstáculo.

—Basta, Burger —dijo—; vuelva usted a encender.

Su compañero le contestó con una carcajada, y en aquella sala circular pareció que le contestaban millones de voces.

—Parece que está usted intranquilo, amigo Kennedy.

—Vamos, vamos, vuelva usted a encender la linterna —repitió impaciente Kennedy.

—Es raro, Kennedy, pero por el sonido de la voz de usted no puedo sospechar la dirección en que se encuentra. ¿Puede usted precisar dónde estoy yo?

—No; me parece que está usted en todas partes a un tiempo.

—Si no tuviera en la mano el bramante conductor, me sería imposible conocer el camino que he de emprender.

—Bueno; pero vuelva usted a encender, y acabemos con esta broma.

—Mire usted, Kennedy, he creído comprender que tiene usted dos pasiones: en primer lugar, la de las aventuras, y además la de vencer los obstáculos. La aventura consistirá en buscar el camino en esta catacumba; el obstáculo será, por una parte la obscuridad, y por otra las dos mil revueltas peligrosas que hacen algo difícil encontrar el camino. Pero no se dé usted prisa, que tiene usted tiempo, y cuando quiera usted descansar, me alegraré de saber que piensa en *miss* Mary Saunderson, y que está usted dilucidando si obró lealmente con ella.

—¿Qué dice usted, demonio? —rugió Kennedy, describiendo círculos a su alrededor y luchando con la obscuridad.

—¡Adiós! —dijo una voz burlona, a cierta distancia ya—; recordando cuanto usted me ha dicho, me parece que obró usted cobardemente con aquella joven. Pero una cosa que usted no sabe, y que yo puedo comunicarle, es que la señorita Saunderson era efectivamente novia de un pobre hombre, de un sabio desprovisto de toda elegancia… que se llamaba… Julio Burger.

Se oyó un leve ruido como si diera un pie contra una piedra, y el pesado silencio volvió a caer sobre la antigua capilla de los primeros cristianos.

Aquel silencio abrumador y lleno de angustia envolvió a Kennedy, como cubre el agua al hombre que se ahoga.

Unos dos meses después, apareció el siguiente suelto en muchos periódicos europeos:

«Acaba de hacerse en Roma uno de los descubrimientos más interesantes de estos últimos años. Se trata de una nueva catacumba que se encuentra a poca distancia de la muy conocida que se llama de San Calixto. El descubrimiento de esta inmensa necrópolis, que encierra tesoros inestimables de los primeros años del cristianismo, se ha debido a la energía y perseverancia del doctor Julio Burger, joven sabio alemán, que será una autoridad en cuanto concierne a las antigüedades romanas. Aunque sea el primero que ha podido publicar una Memoria sobre este descubrimiento, parece que precedió al doctor Burger otro investigador menos afortunado.

»Desde hace algunos meses había desaparecido el señor Kennedy (arqueólogo muy conocido) de su habitación, situada en el Corso; se suponía que su desaparición obedecía a un escándalo de orden privado que le había obligado a marcharse de Roma. En realidad, parece que fue una nueva víctima de la pasión por la arqueología. Su cadáver ha sido encontrado en el mismo centro de la nueva catacumba, y el examen de sus pies y su calzado ha demostrado hasta la evidencia que ha debido de andar días y días por aquellas galerías subterráneas y tortuosas, que hacen esas necrópolis tan peligrosas para los que se atreven a explorarlas.

»El desgraciado joven, con una temeridad, o con una imprevisión inexplicables, penetró en aquel laberinto sin haber tenido la precaución de llevar velas ni cerillas. Su muerte ha sido, pues, el resultado de su propia imprudencia.

»Lo que da a tan triste fin más doloroso carácter es la circunstancia de que el doctor Julio Burger era íntimo amigo del sabio inglés, y la alegría por el extraordinario descubrimiento que se le debe, no ha podido consolarle de la terrible muerte de su colega, el cual pudiera llamarse también su colaborador».

EL REY DE LOS ZORROS

LA COMIDA que acababa la caza tocaba a su término, y los trajes colorados eran tan numerosos como el frac negro en los hombres. La mayor parte de los convidados había encendido los cigarros, y la conversación se refería a caballos y jinetes. Sucesivamente se refirieron hazañas de caza, carreras locas durante las cuales el zorro había llevado a la jauría de un extremo a otro del condado, para ser cogido al fin por algún perro cojo y por un cazador a pie, burlando a todos los montados.

Según circulaba el vino, las historias de caza eran cada vez más largas y apócrifas. Se exageraba descaradamente, y se llegaba a contar que las cacerías se habían llevado a veces tan lejos, que los monteros habían perdido el camino y se dirigían, para encontrarlo, a gente que hablaba un dialecto que ellos no comprendían. El zorro perseguido también se iba haciendo fantástico. Contábase de algunos que habían logrado trepar a copas de sauces, de otros que se escondían en los pesebres de los caballos, de los cuales se los sacaba tirándoles del rabo, y de varios que después de haber atravesado puertas abiertas entraban en las casas y se ocultaban dentro de sombrereras.

Uno de los comensales, gran destructor de lobos, había contado ya algunas historias famosas, y al ponerse a toser antes de contar otra, todos prestamos atención, porque a su modo era un verdadero artista y le gustaban los efectos en «crescendo». Su rostro tenía una expresión particular que nos ponía pendientes de sus labios. Empezó diciendo:

—Era *sir* Carlos Adair en aquel tiempo propietario de la jauría que luego perteneció al viejo Lathom, y, por último, a un servidor de ustedes. Lo que voy a referir ocurrió poco después de tenerla Lathom en su posesión, pero puede que sucediera en tiempo de Adair. Fue en 1870 o 72.

El hombre de quien voy a hablarles se ha marchado de este país, pero quizá algunos de ustedes lo recuerden. Se llamaba Walter Danbury, o más bien Watt Danbury, según era costumbre decir. Era hijo de José Danbury, de High Ascombe. Cuando falleció su padre, en el naufragio del «Magna Chaster», se encontró dueño de una bonita fortuna, y heredó todas las

propiedades. No eran muy extensas, pero sí de una tierra magnífica, y en aquella época estaba la labor en su apogeo.

La crisis agrícola de los trigos todavía no había producido sus efectos, y el propietario de una heredad descargada de toda hipoteca resultaba un personaje de relativa importancia. La importación de los trigos extranjeros y la maleza artificial, son las dos plagas grandes de nuestro país, porque la primera es contraria al trabajo del labrador, y la segunda le echa a perder todos sus placeres.

El joven Watt Danbury era un buen mozo, un jinete intrépido y un cazador maravilloso. Pero aquella gran fortuna que tan joven acababa de heredar, se le subió un poco a la cabeza, y durante un año o dos se dio la gran vida. No tenía vicios propios, pero andaba entre gente que bebía mucho, y Danbury se sintió atraído por ellos. Le gustaba convidar a los amigos, y no tardó en adquirir la funesta costumbre de beber más de lo conveniente. Por regla general, un hombre que hace ejercicio, puede pasar impunemente la noche bebiendo sin que le perjudique mucho, siempre que se abstenga de beber durante el día. Danbury tenía demasiados amigos para adaptarse a tales principios, y realmente se empezaba a creer que el pobre muchacho estaba en mal camino, cuando un suceso inesperado le detuvo de pronto en la pendiente fatal. Desde entonces no volvió a echar mano a una botella de aguardiente.

Tenía su carácter una particularidad que he notado varias veces en hombres de su temperamento. Aunque no temía perjudicar su salud, sin hacer caso maldito de ella, en el fondo era aprensivo y se alarmaba por cualquier incidente. Hombre robusto y avezado al aire libre, pocas veces estaba indispuesto, pero la bebida empezaba a producirle efectos desastrosos. Una mañana se despertó con las manos temblonas, y con los nervios estremecidos como las cuerdas demasiado tirantes de un violín. La víspera había comido en una casa donde se bebía de firme, y los vinos debieron de ser más abundantes que selectos. De todos modos, aquellos excesos le habían puesto la lengua como una servilleta afelpada, y le sonaba la cabeza como si tuviera dentro el péndulo de un reloj de los que tienen cuerda para ocho días.

Algo se alarmó y mandó llamar al doctor Middleton, de Ascombe, padre del actual médico, que ustedes conocen.

Middleton había sido muy amigo del padre de Danbury, y lamentaba la mala vida del hijo; se apresuró a aprovechar la ocasión para mostrarse muy alarmado por el estado de su salud y hacerle entrever los peligros de su conducta. Mientras meneaba la cabeza, procuró inspirarle el temor al «delirium tremens» o a la locura, si persistía en no cambiar de vida.

Watt Danbury tuvo mucho miedo, y preguntó gimiendo:

—¿Cree usted que debo temer esa eventualidad?

—Realmente, no puedo asegurarlo —dijo gravemente el doctor—. No he de afirmar que esté usted fuera de peligro, pues ha sufrido gran trastorno su constitución. En cualquier momento está usted expuesto a sentir los síntomas más graves, de los cuales estoy obligado a hablarle a usted.

—¿Cree usted que esta noche nada tendré que temer?

—Si se pasa usted el día sin beber nada y no experimenta ningún síntoma nervioso hasta la noche, creo que puedo afirmar que nada tiene usted que temer —respondió el doctor, el cual pensaba que cierto temor sería muy saludable para el enfermo, e hizo cuando pudo para obtener tal resultado.

—¿Cuáles son los síntomas que podría notar? —preguntó Danbury.

—Suelen empezar por ilusiones ópticas.

—Ya veo manchas que flotan delante de mis ojos.

—Eso procede de la bilis —dijo suavemente el doctor, que no quería excitar demasiado los nervios, tirantes ya, del enfermo—. Estoy convencido de que no experimentará usted ninguna de esas alucinaciones de la vista que representan insectos, reptiles u otros animales raros.

—¿Y si se me presenta alguna visión de esa clase?

—Entonces debe usted avisarme inmediatamente.

Después de haber prometido enviar los medicamentos necesarios, el doctor se despidió del enfermo.

El joven Danbury se levantó, se vistió y se paseó tristemente por su cuarto, muy molesto y descontento. Veíase encerrado en un manicomio dentro de plazo breve, aunque contaba con la promesa del médico de que si durante el día no notaba los síntomas indicados, todo marcharía bien. Pero el temor de que se presentaran no era nada agradable, y se pasó el tiempo mirando un calzador, para ver si de pronto le salían a aquel instrumento patas largas o antenas formidables. Cansose por fin, y experimentó la necesidad de descansar la vista yendo a contemplar los verdes céspedes, y tranquilizar sus nervios respirando aire puro. ¿Por qué se había de quedar encerrado en casa, estando el centro de caza de Ascombe a media milla de distancia? No tendría más alucinaciones cabalgando al aire libre.

A los diez minutos se había puesto su traje de caza y salía de la cuadra con su yegua «Matilde», que montó en seguida. No se sentía al principio muy firme en la silla, pero cuando más andaba, mejor se ponía, y cuando llegó al punto de reunión casi había recobrado todo el aplomo y no sentía más que un

temor vago de que antes de anochecer se manifestasen los fenómenos de que le había hablado el doctor. Pronto olvidó aquel motivo de disgusto.

Cuando llegó, los perros estaban ya sueltos y atisbaban por Gravel Hauger y por Hickory Kapse. El día era excelente para olfatear la pista: ningún soplo de viento contrario estorbaba a los perros; ni el rocío ni la lluvia habían disipado por la noche el olor de la pista, y había la humedad suficiente para impregnar el terreno. Eran unos cuarenta los cazadores, aficionadísimos a aquel deporte, y excelentes jinetes; así es que cuando llegaron a Black Hauger, adivinaron que la cacería sería afortunada, porque de aquel coto nunca se volvía de vacío. Eran entonces los jarales más espesos que ahora, y los zorros más numerosos; porque la sombra de las encinas era muy favorable a su multiplicación. Abundaban mucho en aquellos lugares. La única dificultad era sacarlos, porque sabido es cuánto arbolado hay por aquella parte, y para perseguirlos con probabilidades favorables, hay que conseguir que salgan a descubierto.

Cuando llegaron los cazadores a Black Hauger, formaron hilera a lo largo del lindero del bosque, que se creía el mejor punto de partida. Algunos siguieron a la jauría por la espesura, otros se agruparon en las encrucijadas y varios se quedaron fuera, por si el zorro salía por aquel lado.

El joven Danbury, que conocía el país como la palma de su mano, se dirigió a una encrucijada donde se unían varias alamedas. Pensaba que cuanto más deprisa fuera, más lejos llegaría y mejor se sentiría, por lo cual deseaba salir en seguida. Su yegua además se encontraba en muy buen estado, y era de los caballos más rápidos del país. Watt era un excelente jinete, ligero, pero sólido, y pesaba menos de dos toneladas con silla y todo. La cabalgadura era un poderoso animal, capaz de sostener a un coracero con su armadura, con mucha espaldilla y mucho cuadril. No era asombroso que ninguno de los cazadores pudiera rivalizar con Danbury. Llegado al lugar determinado, esperó, escuchando en lontananza los gritos de cazadores y monteros y viendo aparecer de cuando en cuando entre la obscuridad de los tallares, el penacho de una cola o un perro blanco y rojo que atravesaba rápidamente la espesura. La jauría estaba muy bien enseñada, y ni un grito, ni un ladrido daba a entender que había por allí cuarenta perros registrando metódicamente todo el terreno.

De pronto, soltó uno de ellos un prolongado ladrido, repetido sucesivamente por otros muchos perros; al fin y al cabo, se deshizo en aullidos toda la jauría y algunos segundos después partió en tropel, siguiendo

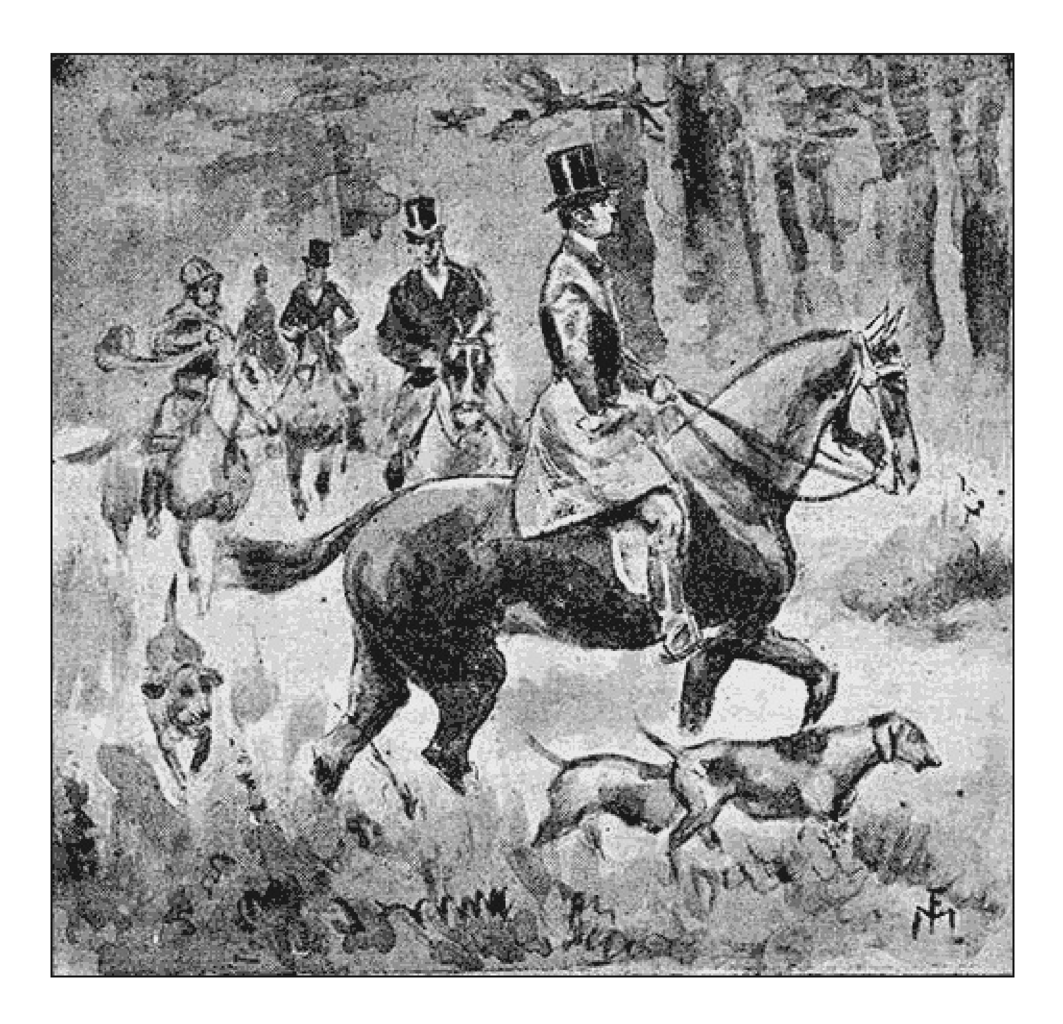
la cálida pista. Danbury vio que los perros bajaban por una alameda, y luego desaparecían en el bosque.

Inmediatamente pasaron por el mismo lugar las tres casacas rojas de los monteros y desaparecieron en la misma dirección. Fácil le habría sido entonces meterse por uno de los senderos que formaban atajo, pero temió llegar antes que el zorro, y se decidió a seguir a los demás cazadores.

Los jinetes atravesaron el soto de uno en uno, al galope, con la cabeza inclinada sobre el cuello del caballo, cuyas crines tocaban para librarse de las ramas de los árboles, que les habrían cortado la cara. Ya saben ustedes que es cosa complicada galopar por el bosque, porque los troncos y raíces de los árboles dificultan la marcha por la espesura, pero hay que arriesgar algo para tener el gusto de seguir una hermosa jauría que corre por una buena pista, y distinguir todos sus movimientos.

Pronto se aclararon los tallares, y se encontraron los cazadores en el lindero del bosque, en un valle por el cual corría un río. Las condiciones de la caza en la pradera eran mucho más fáciles, y los perros llevaban doscientos metros de delantera y corrían paralelamente al río, con rapidez. Los otros cazadores habían dado vuelta al bosque en vez de atravesarlo, y galopaban por los campos situados a la izquierda, pero Danbury, acompañado de los monteros, se había adelantado bastante.

No tardaron en alcanzarle dos cazadores: el pastor Geddes, montado en enorme caballo bayo, que utilizaba entonces para tales ocasiones, y Mister Poley, señor del castillo, caballero ligero como una pluma, montado en un corcel de pura sangre, comprado en Newmarket. Los demás cazadores no habían tenido la suerte de poder seguir la caza que desde el principio al fin fue una verdadera carrera de obstáculos, sin tregua ni reposo.



Si sobre el mapa del país se hubiera tirado una línea con una regla, no habría sido más recta que la trazada por aquel zorro, que se dirigía, sin dar un rodeo, hacia South Dawns y el mar. La jauría lo seguía con tanta seguridad como si lo viera, y ni un solo grito dio a conocer que nadie lo hubiera columbrado. Cosa es esa nada extraordinaria, puesto que esa parte del país está poco poblada.

En aquel preciso instante iban delante, guiando la cacería, seis jinetes: el pastor Geddes, Poley, el señor del castillo, el montero mayor, dos monteros más, y Watt Danbury, que, arrebatado por el ardor de la carrera, había olvidado la jaqueca y al médico. Galopaban los seis con toda la velocidad de las cabalgaduras, cuyos cascos hacían volar terrones. Uno de los monteros tuvo que acortar el paso, porque algunos perros empezaban a aflojar, de modo que quedaron sólo cinco jinetes. El caballo de Poley no tardó en dar un tropezón, como suele ocurrir a los elegantes animales de piernas delgadas, cuando han corrido mucho por terreno duro, y se quedó atrás. Pero los cuatro compañeros que quedaban siguieron a toda velocidad a lo largo de la ribera otras cuatro o cinco millas. Aquel año, el invierno había sido muy húmedo, y las aguas se habían desbordado hacía poco tiempo, de modo que eran

numerosos los resbalones y las salpicaduras. Cuando los cuatro llegaron al puente, ya no se veía a ningún otro cazador, y podía decirse que constituían ellos solos la cacería.

El zorro había atravesado el puente (pues son tan poco aficionados como los hombres a echarse a nado para atravesar un río de heladas aguas), y luego, a toda velocidad, se había dirigido hacia el Sur. Saben ustedes que el país es muy fragoso, con muchas ondulaciones de terreno, cuyas subidas y bajadas fatigan extremadamente a los caballos. Un jaco robusto, rechoncho y de patas cortas, puede trotar fácilmente por esa clase de montañas rusas, pero nuestros soberbios «hunters» de los Midlands, que dan pasos tan largos, se quedan derrengados con semejante ejercicio. El magnífico caballo bayo del pastor Geddes se encontró en tal caso, y a pesar de la artimaña irlandesa que como hombre ducho en deportes empleó su amo, y que consistía en apearse y llevar cogido el caballo corriendo a escape a su lado, al subir las cuestas, el animal se rindió, y el jinete no pudo sacar partido de él. No quedaron, pues, al frente de la cacería, más que el montero mayor, otro montero y Watt Danbury, que galopaban a porfía.

El terreno se iba poniendo cada vez peor, las pendientes de las colinas iban siendo más rápidas, y más cubiertas de aulagas y brezos. Hundíanse los caballos hasta las corvas, y para mayor desdicha, el suelo, en muchos sitios, estaba perforado por conejeras. La jauría seguía corriendo, y los jinetes no tenían tiempo para vigilar los movimientos de sus caballos. Según bajaban un collado, veían a la jauría trepar por la vertiente opuesta, como si jugaran al columpio; mientras subían los perros bajaban los jinetes y viceversa. ¡Y nunca se acababa de ver el zorro! Y, sin embargo; no debía de estar lejos, puesto que los perros seguían la pista tan bien. De pronto oyó Danbury un rumor sordo a su lado, y al volverse vio dos piernas vestidas de blanco y en seguida dos botas muy negras que pataleaban por el aire, como si salieran de una mata de aulagas. Había caído el caballo del montero… ya había otro fuera de combate. Danbury y el montero mayor acortaron el paso, pero viendo que el otro montero se levantaba sin haberse roto nada, se lanzaron de nuevo al galope, inclinados sobre el cuello de sus caballos.

Joe Clarke, montero mayor, era un cazador antiguo, muy renombrado y experto, conocidísimo en los cinco condados limítrofes, pero había contado demasiado con su caballo, aunque era éste excelente, sobre todo con tan ducho jinete, y galopaba como al principio. El de Watt Danbury lo hacía todavía mejor. Según iba siendo más ardiente la carrera, el joven se sentía renacer. Parecía que los pensamientos del jinete influían favorablemente en su

cabalgadura, que galopaba como si tuviera músculos de acero y de ballena, en vez de poseerlos de carne y hueso. Hasta entonces no había apurado Danbury las fuerzas de su caballo; aquella vez estaba decidido a poner a prueba su resistencia.

Después de salvar las colinas cubiertas de brezos, llegaron a los pastos, y en un espacio de muchas millas perdían terreno los jinetes cuando tenían que abrir las barreras con el mango de sus fustas, y lo ganaban cuando podían atravesar libremente los campos.

En aquella época, amigos míos, no se habían introducido en el país estos zarzales artificiales, y era fácil atravesar un seto cuando era demasiado alto para salvarlo saltando, de modo que muchas veces no se hacía gran caso de las vallas.

Encontráronse al fin en un sendero estrecho y tuvieron que acortar el paso. Al atravesar el corral de una granja, salió un aldeano de pronto, y empezó a chillar. Arrebatados en galope furioso, no se pararon para escucharle, y no dejaron de seguir la jauría, que se encontraba entonces en un campo recién labrado. El terreno era bastante pendiente, y los caballos se hundían hasta la ranilla en un lodo rojizo y pegajoso. Cuando llegaron a la cima, tuvieron que dejar tomar aliento a los caballos, y se encontraron sobre un valle que salía al terreno descubierto de South Dawns. Pero antes de llegar a él había que atravesar un bosque de pinos, dentro del cual se había metido la jauría. Los perros corrían en fila india, dejando detrás a algunos rezagados, cuyos costillajes blancos y color de fuego moteaban el bosque con manchas claras. Sin embargo, todavía marchaba bien la mitad de la jauría, aunque fuera enorme la distancia recorrida y terrible la velocidad. Dos horas llevaban corriendo, sin parar un momento.

En el bosque de pinos había un camino umbroso, un sendero lleno de musgo verde, con hondas rodadas a ambos lados. Por semejante terreno, a la vez duro y elástico, se puede soltar la rienda al caballo. Watt Danbury se colocó al lado del montero, y mientras galopaban juntos, precedidos a cierta distancia por el grupo compacto de los perros, trabó la conversación siguiente:

—Bien podemos decir que la carecía es para nosotros solos.

—Efectivamente; a todos los hemos dejado atrás —contestó Joe Clarke—. Si llegamos a coger el zorro, bien merecerá que lo disequemos como cosa curiosa.

—Es la carrera más rápida que he visto en mi vida —exclamó Danbury.

—Lo mismo digo, y eso que las he visto buenas —repuso el montero—; pero lo que más me asombra es no haber visto al zorro. Muy olorosa debe de ser la pista para que los perros la sigan con tanto ardor, y sin embargo, ninguno de nosotros puede alabarse de haberle visto, aunque tengamos delante media milla de país descubierto.

—Supongo, no obstante, que no tardaremos en conocerle.

Y añadió para su capote: «a lo menos yo», porque el caballo del montero parecía rendido, y una espuma blanca, semejante a la del jabón que brota de la lejía, cubría los costados del animal.

La jauría los había llevado a un sendero más angosto que se empalmaba con el camino que acababan de dejar; luego aquel sendero los guió a otro más estrecho, donde las ramas les azotaban la cara, y por el cual cabía justamente un caballo de frente. Watt Danbury tomó la delantera. Oía detrás el caballo de su compañero, que le seguía penosamente. Su yegua tampoco tenía la flexibilidad de al principio, pero obedecía aún a la espuela o a la fusta, y Danbury comprendía que tenía bastante fuerza para llevarle a la meta. Mirando hacia delante, vio precisamente enfrente, obstruyendo la salida del sendero, una valla de madera que a cada lado tenía un seto de árboles nuevos, imposibles de atravesar. Había que resignarse a saltarla o a perder de vista los perros que, después de pasarla, habían desembocado en las praderas situadas a la otra parte.

Watt Danbury no era capaz de retroceder, y se preparó a saltar el obstáculo con la voluntad de un hombre a quien nada detiene. La yegua saltó la valla, con elegancia y de un solo brinco. Apenas había tenido tiempo Danbury para recobrar el aplomo, cuando oyó detrás un ruido sordo, como la caída de un montón de madera; al volverse, vio roto el coronamiento de la valla, caído un caballo, y el jinete arrojado a diez metros. Parose un momento el joven, porque la caída debió de ser terrible, pero el viejo Joe se puso de pie en un momento, y cogió las riendas. Levantose el animal, pero en cuanto quiso poner un pie delante del otro, se vio que tenía la espaldilla dislocada, y que necesitaría seis meses lo menos para reponerse. Nada se podía hacer, y el montero gritó a Danbury que no perdiera de vista a la jauría, que seguía corriendo. Partió, pues, solo ya, detrás de los perros. Cuando se encuentra un cazador en tales condiciones, tiene derecho a renunciar a la caza, y a considerar que ha ganado la partida, por haber recogido el laurel supremo. En semejante situación me encontré yo también con la jauría de Royal Surrey, pero ya contaré otra vez esta historia.

La jauría, o mejor dicho, lo que de ella quedaba, se había adelantado bastante, pero Watt veía a lo lejos los perros en el valle, y su yegua se sentía orgullosa por haber sido la única que resistió aquella carrera desenfrenada, y seguía galopando, con grandes y repetidas sacudidas de cabeza. Corrieron otras dos millas por la cima de una meseta verde, y luego bajaron por un camino pedregoso, que costó a la yegua más de un mal paso. Después de haber salvado al galope un arroyo de cinco pies de anchura, atravesaron sucesivamente un bosquecillo de avellanos, un campo labrado, saltaron las vallas y se encontraron por último en la verde llanura.

—Pues señor —dijo para sí Danbury— o he de acorralar al zorro, o le veré ahogarse, porque ahora el terreno es liso hasta los acantilados de creta que dominan el mar.

Se equivocaba, y no tardó en comprenderlo. En todos esos países de médanos, suelen encontrarse plantaciones de pinos, algunos de los cuales llegan a cierta elevación. No se los ve hasta que se baja de las alturas y se llega al valle. Galopaba Danbury con toda la velocidad de la yegua, cuando llegó al borde de una hondonada, en cuyo fondo se encontraba precisamente un bosquecillo de aquellos árboles de obscuro follaje. La jauría estaba reducida a una docena de perros que se escurrían por entre los pinos. Iluminaba el sol las laderas de una colina, y Danbury echó una ojeada penetrante a la vasta extensión que lo rodeaba: nada se meneaba en las cercanías; algunas ovejas ramoneaban la escasa hierba de la derecha del collado, y eran las únicas reses que animaban el paisaje. Indudablemente debía de estar llegando Watt a la meta, porque, una de dos: o el zorro se había metido en el bosque, o lo habían cogido ya los perros. La yegua, al parecer, también comprendía la situación, porque apretaba el paso, y Danbury galopaba por debajo de los pinos.

Salía del sitio iluminado por el sol, y el bosque tupido formaba una bóveda espesa y sombría que apenas le dejaba distinguir claramente a derecha e izquierda el sendero en que se había metido. Ya habrán sentido ustedes la impresión grave que da el aspecto de un pinar. Tal vez se deba a la carencia de malezas que rompen la monotonía de las líneas, tal vez a que los troncos de los pinos son rectos e inmutables. Sea de ello lo que fuere, un súbito estremecimiento hizo temblar a Danbury; pensó que, en verdad, había abundado aquella cacería en incidentes extraños, como su longitud, su dirección en línea recta, y la circunstancia de que nadie había visto al zorro. Recordó una superstición muy extendida por el país respecto al rey de los zorros, una especie de raposo embrujado que corría con velocidad fantástica,

reventaba a las jaurías y pasaba por tan feroz, que sería imposible apoderarse de él aunque se le acorralara. Todos aquellos cuentos se le venían a la memoria, y le parecían menos divertidos entre la melancólica majestad de aquel pinar, que entre comensales alegres y bebedores de buen vino. El estado nervioso en que se había encontrado por la mañana, y que creyó haber vencido, lo cubrió de nuevo con su ola de plomo. Hacía un momento que se encontraba tan ufano por haber sido el único en llegar allí, y a la sazón habría dado todo lo del mundo por tener a su lado la cara simpática de Joe Clarke.

Oyó de pronto en el fondo del bosque el estrépito más infernal que haya molestado oídos humanos. Indudablemente, estaba ya acorralado el zorro.

Saben ustedes (o deben saber) la obligación que en tal caso corresponde al cazador. El primero que llega debe ser a un tiempo cazador, montero, etc.; tiene que lanzarse en medio de la jauría y conseguir a latigazos que los perros no se arrojen sobre la pieza para no estropearla. Watt Danbury estaba al corriente de todo ello. Trató de llevar a su yegua al punto del cual partían los aullidos, pero era tan tupido el bosque, que le fue imposible. Apeose, pues, dejó la cabalgadura en el sendero, y colgándose el látigo del cuello intentó abrirse paso por la espesura. Pero según adelantaba, se le iba poniendo la carne de gallina. Muchas veces había oído a los perros acorralar a un zorro, pero nunca estruendo semejante. No eran aullidos de triunfo, sino de miedo, interrumpidos a veces por un ladrido de angustia mortal. Deteniendo el aliento, logró adelantar penosamente, y se encontró por último en un claro. Toda la jauría estaba junta allí, y rodeaba en un extremo un montón de malezas.

Cuando él llegó, los perros formaban círculo alrededor del montón, y con el pelo erizado y las quijadas dispuestas a morder. Delante de todos había uno de ellos, cuya garganta jadeante formaba una mancha roja en el pelaje color de fuego y blanco. Echose hacia adelante Watt, y los perros cobraron ánimo al verle: uno de ellos se precipitó gruñendo en medio del matorral. Inmediatamente brincó un animal del tamaño de un borrico: tenía una enorme cabeza gris, gigantescos carrillos que brillaban entre las abiertas fauces, afiladas como las de un zorro. Salió de la espesura echando por el aire al perro que se había adelantado y que cayó aullando al suelo. Oyose luego un ruido seco como el de una trampa que se cierra, los aullidos se hicieron más agudos, y por último, quedó todo en silencio.

Danbury había aguardado todo el día la aparición de los síntomas fisiológicos que había descrito el doctor; entonces los sentía amenazadores. Miró de nuevo a la espesura, vio dos ojos colorados y feroces fijos en su

persona, y echó a correr. Quizá fuese una ilusión pasajera, quizá una de las alucinaciones permanentes de las cuales había hablado el doctor; de todos modos, lo que más le convenía era huir lo más aprisa posible, meterse en la cama, y procurar recobrar la calma. Olvidando caza, jauría y todo lo demás, temiendo perder la razón, saltó sobre la yegua, galopó como un loco por las dunas, y no se paró hasta llegar a una estación de ferrocarril. Dejó la yegua en una posada y volvió a su casa en el tren. Antes de llegar a su domicilio había anochecido, y se estremecía de temor viendo a cada momento los ojos colorados y feroces que seguían contemplándole. En cuanto llegó se metió en la cama y mandó llamar al doctor Middleton.

—¡Las he tenido, doctor! —exclamó—. Se han presentado las alucinaciones como usted me había indicado… sí… bichos raros, ilusiones de óptica y todo lo demás. ¡Por Dios, salve usted mi razón!

Escuchó el doctor el relato, que le llamó mucho la atención.

—Es un caso evidente —dijo—, y es necesario que le sirva a usted de lección para toda la vida.

—Como salga bien de ésta, no vuelvo a beber ni una gota —exclamó Watt Danbury.

—Bueno, querido amigo; si pone usted en práctica tan excelentes resoluciones, saldrá ganando mucho. Lo difícil en este caso es trazar el límite exacto entre el dominio de los hechos reales y el de la imaginación. Vea usted que no ha sido una sola alucinación, sino que han sido varias. El espectáculo de los perros muertos por un zorro puede serlo, lo mismo que la visión de un animal fantástico.

—Sin embargo, le aseguro a usted que lo he visto todo tan claro como le veo a usted —respondió el joven.

—Una de las señales características de esta clase de delirios, es que precisamente se creen ver las cosas mejor todavía que en realidad, y dudo que toda la historia sea una alucinación.

Watt Danbury señaló a sus botas que estaban en el suelo, cubiertas del barro de los dos condados que había recorrido.

—¡Hum! —dijo el doctor—. Esto parece efectivamente cosa real. Se debe usted de haber fatigado mucho en el estado de debilidad en que se encontraba, y la fatiga habrá sido la causa determinante del ataque. Pero sea esto cual fuere, el tratamiento está indicado. Tome usted la medicina que voy a enviarle, y esta noche le pondremos dos sanguijuelas en las sienes para precaver una congestión.

Danbury pasó una noche muy agitada, y tuvo tiempo para reflexionar sobre lo delicado de nuestro organismo; de pensar que era bastante estúpido jugar con una máquina tan sensible y fácil de descomponer. Se juró que aquella lección tan provechosa sería la última que recibiría, y que desde aquel día había de convertirse en hidalgo rural sobrio y trabajador, como lo había sido su padre. Lleno estaba de arrepentimiento y temores para lo porvenir, cuando a la mañana siguiente abriose bruscamente la puerta de su cuarto y entró como una tromba el doctor, con un periódico en la mano.

—Amigo mío —exclamó—; pido a usted mil perdones. Le he cuidado a usted muy mal, y soy el primer imbécil del condado. Oiga usted.

Y sentándose en el borde de la cama, abrió el doctor su periódico y empezó a leer.

El epígrafe del artículo decía: «El desastre de la jauría de Ascombe». Referíase que cuatro perros habían sido horriblemente mutilados, y que sus cadáveres habían sido hallados en el pinar de Winton (South Dawns). La persecución había sido tan penosa, que la mitad de los perros estaban cojos, pero no se podía adivinar la causa de la muerte de los cuatro perros cuyos cadáveres se habían encontrado.

—Vea usted —exclamó el doctor—, cómo me equivoqué al tomar por alucinación la muerte de esos pobres bichos.

—Pero ¿cuál será la causa del desastre?

—Creo que es fácil dar con ella, leyendo este suelto, publicado cuando entraba en prensa el periódico.

«Ayer, bastante anochecido, vio el señor Brown, de Smithers’s Farm, al E. de Hastings, un enorme animal que se arrojaba sobre una de las ovejas de su rebaño, al cual tomó al principio por un perro de gran alzada. Logró matarlo de un tiro, y se descubrió que el tal animal era un lobo de Siberia, conocido con el nombre de “Lupus giganteus”, escapado probablemente de alguna casa de fieras».

Esa es la historia, señores: acabaré diciendo que Watt Danbury siguió siendo fiel a sus excelentes resoluciones, porque el terrible espanto experimentado le quitó las ganas de volver a correr tal peligro. Desde entonces no volvió a probar una gota de aguardiente. No bebía más que jarabes… A lo menos, ese régimen seguía cuando dejó estas tierras, por la Candelaria hará cinco años.

LA PRIMERA PROEZA DE HILARIO JOYCE

LOS SUCESOS que serán objeto de este relato ocurrieron cuando la ola invasora de los partidarios consagrados a la causa del Mahdi, después, de dejar la región de los Grandes Lagos y de Darfur, logró extenderse hasta los confines de Egipto. La invasión estaba entonces en su período álgido, y gracias a ciertas señales podía confiarse en que se retiraría pronto. Al principio, con todo, había sido terrible. Había deshecho por completo el ejército de Kick, había echado a Gordon de Khartum, había perseguido a las tropas inglesas que se retiraban río atrás y había hecho exploraciones en dirección Norte, hasta Assuan. Por último, extendiéndose en todas direcciones, algunos destacamentos habían llegado hasta el África Central y Abisinia, torciéndose por los límites de Egipto.

Sin embargo, el descanso duró cerca de diez años, y durante aquel tiempo las guarniciones de la frontera, sin tener ataque alguno, pudieron contemplar las colinas azules del Donyola. Detrás de las brumas moradas que las envolvían, se extendía un país lleno de matanzas y de sangre. De cuando en cuando gente aventurera, atraída por los tesoros de marfil y goma, se arriesgaba a bajar hacia el Sur, hacia aquellas montañas rodeadas de nieblas, pero nunca se la vio volver. Una vez un egipcio mutilado y otra vez una joven griega, ambos como locos de terror y de sed, llegaron hasta nuestras líneas. Aquellos fueron los únicos viajeros que salieron de aquel país desolado.

A veces el sol poniente transformaba aquellas brumas lejanas en banco de nube de color rojo intenso, y las montañas sombrías padecían entonces resaltar sobre aquellos vapores siniestros, como islas de tinta en un mar de sangre. Aquel espectáculo, visto desde las alturas fortificadas de Wady-Halfa, parecía un símbolo lúgubre en el cielo del Mediodía.

Durante diez años se había vivido lujosamente en Khartum, mientras se trabajaba silenciosamente en el Cairo; ya se tenía la seguridad de estar en disposición de que la civilización penetrara con mejor éxito en las regiones del Sur, con su acostumbrada escolta de máquinas de guerra y trenes blindados. Todo estaba preparado, hasta la última carga del último camello, y

sin embargo, nadie podía sospechar la posibilidad de una nueva expedición, porque un gobierno sin constitución tiene a veces sus ventajas.

Un organizador de primer orden había preparado, discutido y arreglado todos los pormenores de aquella expedición; un jefe militar había aprovechado todos sus conocimientos tácticos, sacando gran partido de los fondos considerables que habían sido puestos a su disposición. Una noche se encontraron aquellos dos hombres por última vez, y después de haberse despedido apretándose la mano, el militar desapareció para ejecutar su misión de confianza.

Entonces fue cuando el «Bimbashi» Hilario Joyce, fue destacado de los fusileros del «Royal Mallow» y destinado temporalmente al 9.º regimiento de Tiradores sudaneses, e hizo su primera aparición en el Cairo.

Napoleón I afirmó que las famas gloriosas se ganaban en Oriente, e Hilario Joyce había tomado nota de aquella afirmación. En Oriente estaba, acompañado de cuatro cajas de hierro con su equipaje, un sable de casa de Wilkinson, un revólver; de modelo nuevo procedente de los talleres de Bond y un ejemplar de la «Introducción al estudio del árabe», por Green. Provisto de todos aquellos objetos y sintiendo correr por sus venas la sangre moza, todo le parecía fácil. El general le imponía un poco, pues pasaba por severo con los oficiales jóvenes, pero con tacto y flexibilidad esperaba vencer todas las dificultades. Dejando el equipaje en la fonda de Shepheard, se fue a presentar al cuartel general.

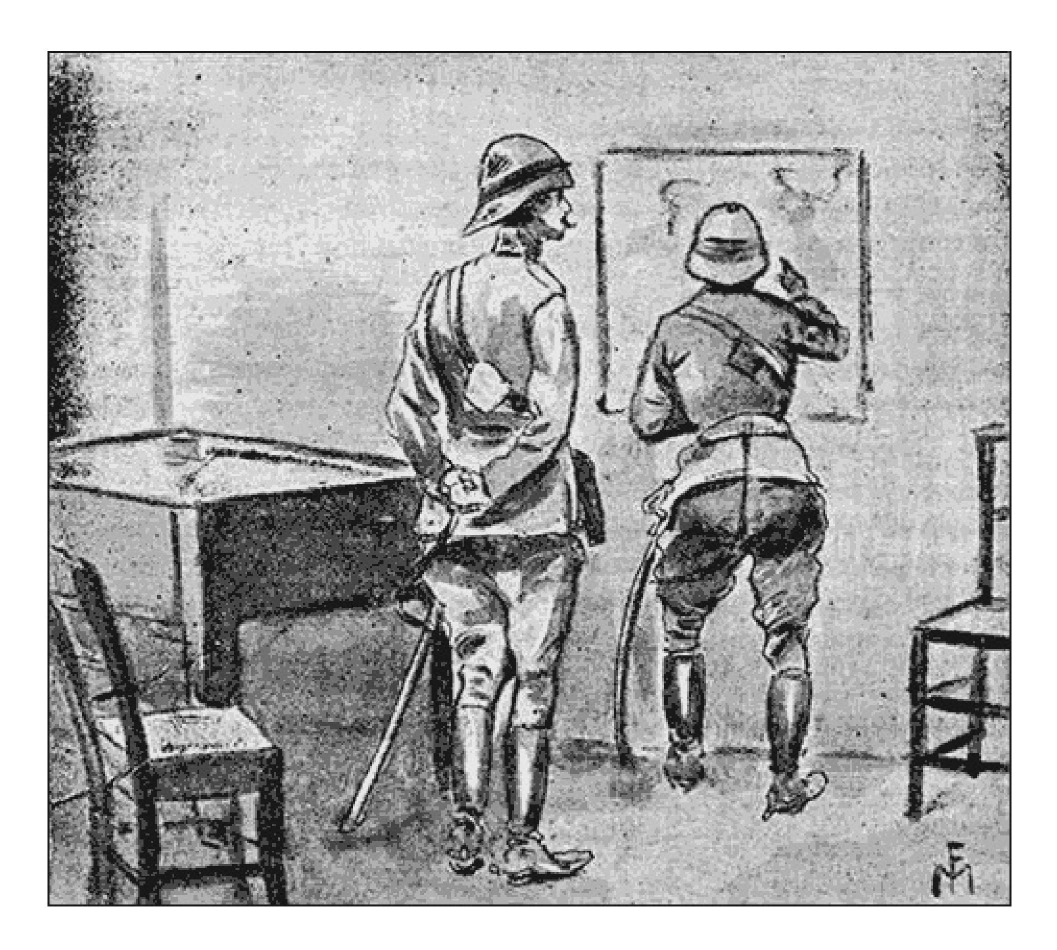
No fue el general quien lo recibió, sino el jefe del negociado de informes, pues el general no había regresado de la misión que le habían confiado.

Hilario Joyce se encontró en presencia de un oficial bajito, de aspecto macizo, de voz muy suave, unida a una expresión de placidez que resultaba con calmosa exterioridad, un ingenio muy enérgico e inteligente. Con sonrisa amable y modales sencillos, había burlado más de una vez a los orientales más astutos. Permaneció de pie con un cigarrillo entre los dedos, y miró atentamente al recién llegado y le dijo:

—Ya sabía que estaba usted aquí. Siento mucho que no esté el general para recibirlo, pero ha ido a dar una vuelta por la frontera.

—Mi regimiento está en Wady-Halfa; supongo que no tendré que ir allá en seguida.

—Nada de eso; me han encargado que le transmita a usted órdenes.



Y aproximándose a un mapa colgado de la pared, enseñándole un punto con la punta del cigarro, le dijo:

—¿Ve usted eso? Es el oasis de Kurkur, lugar muy tranquilo, donde los aires son sanísimos. Allí tiene usted que ir lo antes posible, y encontrará una compañía de su regimiento y medio escuadrón de caballería. Tomará usted el mando de ambas fracciones.

Hilario Joyce miró el nombre impreso en la intersección de dos líneas negras. En un espacio de varios centímetros, no tenía el mapa ningún signo convencional.

—¿Es un pueblo? —preguntó.

—No, señor, es un pozo. Creo que el agua no será excelente, pero pronto se acostumbrará usted a las aguas salobres. Es un puesto muy importante por encontrarse donde se juntan dos caminos de caravanas. En este momento, indudablemente están desiertas, pero nadie sabe quién podrá o querrá ocuparlas.

—¿Nuestro objeto será sin duda impedir toda incursión?

—Aquí, para «inter nos», creo que puedo afirmar que nada hay que temer por esa parte. Estará usted allí únicamente para interceptar cualquier envío de mensajeros que se encontraran obligados a descansar cerca del pozo. Aunque acaba usted de llegar, bien debe de conocer las disposiciones del país, para

saber que hay gran descontento y que el Califa tratará, por todos los medios posibles, de comunicarse con sus partidarios. Además, Semssi reside por allá (y el oficial señaló con el cigarro al O. del mapa), y el Califa deseará tal vez enviarle un emisario por ese camino. Sea de ello lo que fuere, usted tiene que apoderarse de toda persona que se aventure por aquellos parajes, sin devolverle la libertad hasta que dé contestaciones satisfactorias. ¿Habla usted el árabe?

—Lo estoy aprendiendo.

—Bueno, bueno, allí tendrá usted tiempo de estudiarlo; tendrá usted a sus órdenes a un oficial indígena que sabrá el inglés y le servirá de intérprete. Hasta la vuelta; le diré al jefe que ha estado usted aquí. Vaya usted lo antes posible al puesto que se le ha confiado.

Fue hasta Baliani por ferrocarril y de allí a Ananova en barco-correo. Durante dos días atravesó en camello el desierto de Libia, acompañado de un guía árabe y de tres camellos con equipajes, que obligaron a la caravana a andar con desesperante lentitud. Claro es que una distancia, aunque se recorra con una velocidad de dos millas y media por hora, acaba por disminuir poco a poco, y al fin, al anochecer del tercer día, llegando a la cumbre de una colina ennegrecida como un montón de escorias y llamada Djebel-Kurkur, vio Hilario Joyce un bosquecillo de palmeras en lontananza, y le pareció que aquella mancha de color verde tierno en medio del desierto de rocas y arena que había recorrido hasta entonces, tenía un atractivo irresistible y hacía un efecto encantador. Una hora después entraba en su campamento; los centinelas fueron a su encuentro para saludarle y el oficial indígena le dio la bienvenida en excelente inglés. Ya había entrado en sus dominios.

La residencia no tenía nada de agradable para permanecer en ella largo tiempo. En medio del campamento se veía una ancha depresión rodeada de pendientes con césped, y en cuyo fondo estaban los tres pozos de agua turbia y salobre. Había un grupo de hermosas palmeras, pero se lamentaba que la naturaleza, en sitio donde la sombra es tan necesaria, hubiera colocado árboles tan poco umbrosos. Únicamente una soberbia acacia de ancha copa restablecía algo el equilibrio. Aquel fue el lugar elegido por Hilario Joyce para sestear a la hora del calor.

Allí también, con la fresca, pasó revista a sus sudaneses de hombros cuadrados y piernas flacas, y cuyas alegres caras negras relucían bajo las gorras de cuartel de forma caprichosa.

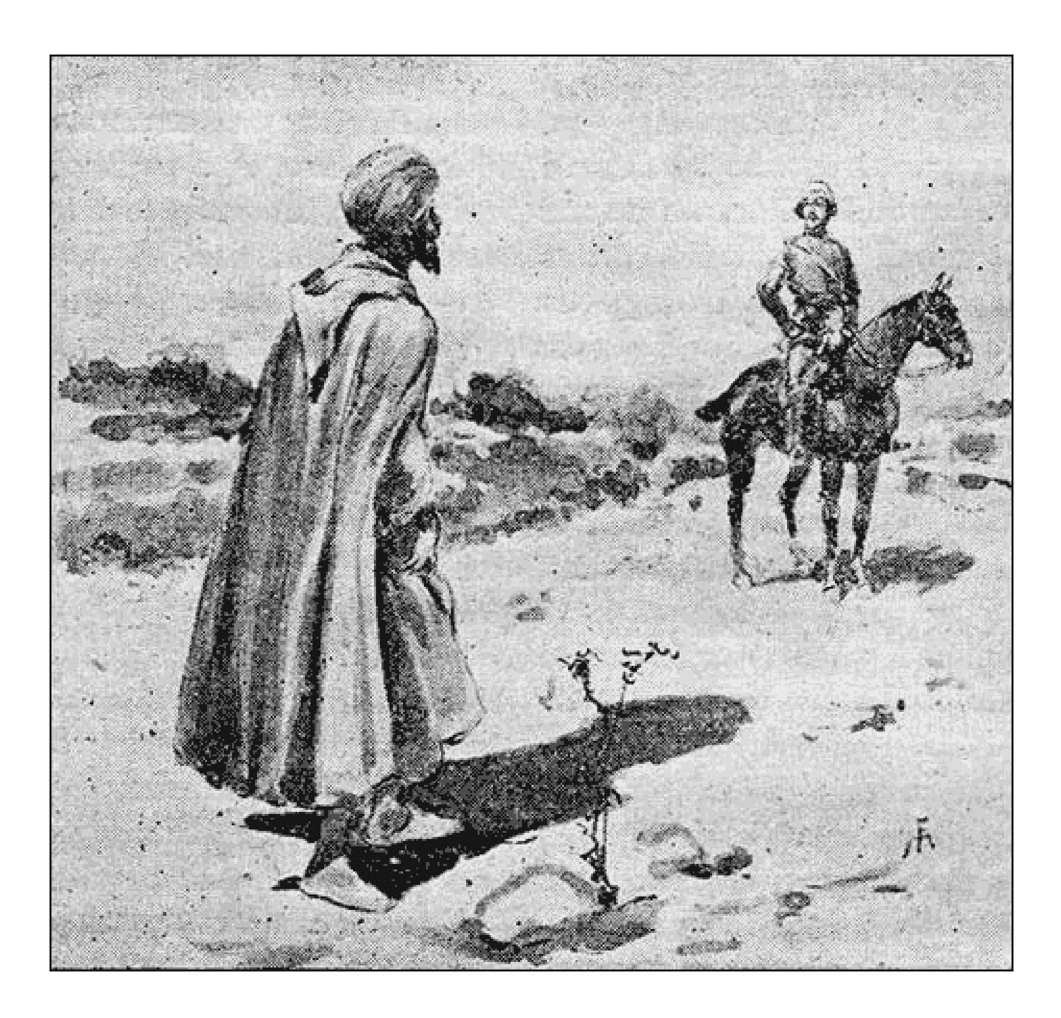
Joyce era muy aficionado al ejercicio y los negros no detestan el manejo de las armas, de manera que el «Bimbashi» no tardó en ser muy popular entre

ellos. Pasaban los días en una monotonía inaguantable. El tiempo, las vistas, el cuadro de servicios, el alimento… todo era invariable. A las tres semanas le parecía que llevaba allí años enteros. Al fin y al cabo ocurrió un suceso que rompió aquella monotonía.

Una tarde, cuando acababa de ponerse el sol, Hilario Joyce se paseaba en su caballo, al paso, por el camino de las caravanas. Aquel camino que serpenteaba a través de las rocas, tenía para él mucho atractivo, porque al examinarlo en el mapa, había visto que llegaba al mismo centro de África.

Las innumerables huellas de los camellos que durante tantos siglos la habían recorrido, la pusieron tan lisa, que aunque desierta e inútil seguía siendo la vía de comunicación más rara, con su anchura de dos pies y su longitud de más de dos millares de millas. Pensaba Joyce mientras paseaba, cuánto tiempo hacía que no la había pisado un viajero procedente del Sur, cuando de pronto, al levantar los ojos, vio a un hombre que venía.

Al pronto creyó que era uno de sus soldados, pero con otra ojeada se convenció de que no había tal. El caminante llevaba uno de esos trajes flotantes que usan los árabes y no el uniforme kaki y entallado que gastan los militares. Era un hombre de alta estatura, al cual hacía más gigantesco el inmenso turbante arrollado a la cabeza. Andaba rápidamente, con la cabeza erguida, como hombre que no conoce el miedo.



¿Quién podría ser aquel gigante formidable que salía de lo desconocido? Quizá el batidor de una horda de salvajes armados con lanzas. ¿De dónde vendría andando a pie? El pozo más cercano estaba a cien millas. De todos modos, el puesto avanzado de Kurkur no podía permitirse recibir tales visitas. Hilario Joyce hizo dar la vuelta a su caballo y galopó hasta el campamento, y después de dar la voz de alarma salió de reconocimiento, acompañado por veinte jinetes.

A pesar de preparativos tan hostiles, el hombre seguía avanzando. Durante un momento, al ver la caballería, pareció vacilar, pero haciéndose cargo de que la fuga era imposible, avanzó como quien hace de tripas corazón. No opuso la menor resistencia cuando cayeron sobre sus hombros las manos de dos soldados y anduvo tranquilamente entre sus caballos hasta su llegada al campamento. Pronto volvieron las patrullas, dando a conocer que no había huellas de derviches por ninguna parte. Aquel hombre debía de venir solo. Un magnífico camello de carrera se había encontrado muerto a poca distancia del camino. El misterio de la llegada del viajero se explicaba por lo tanto fácilmente, pero el motivo de su viaje y su punto de partida había de

preguntárselos el celoso oficial que quería obtener contestación a todas las preguntas.

Había sentido Hilario Joyce que no se hubieran encontrado derviches. Había empezado muy bien en el ejército de Egipto si hubiese tenido la suerte de trabar un combate, o aunque fuera una simple escaramuza. Pero, en fin, si sabía sacar partido de aquella situación, tal vez consiguiera producir buen efecto en sus jefes. Mucho le satisfaría demostrar su capacidad al servicio de informes, y más todavía a aquel general tan severo que nunca olvidaba las acciones brillantes, ni perdonaba las torpezas. El traje y la actitud del prisionero denotaban que era persona importante. Los hombres de raza inferior no montan camellos de carrera.

Joyce se lavó la cabeza con agua fresca, bebió una taza de café puro muy cargado, en lugar del casco colonial se puso un «tarboosk», más imponente, y reunió a la sombra de la acacia un consejo para averiguar y sentenciar.

Habríase alegrado de que le viera su familia, con sus dos ordenanzas negros detrás y el oficial indígena a su lado. Se sentó detrás de una mesa de campaña y el prisionero, bien guardado, se le presentó. Era un hombre soberbio, con ojos grises y larga barba negra.

—Vive Dios —exclamó Joyce—, que este tuno me está haciendo muecas.

Efectivamente, el preso había contraído sus facciones de una manera rara, pero tan rápidamente, que pudo considerarse aquello como un movimiento nervioso. En seguida recobró la actitud grave de los orientales.

—Pregúntele usted quién es y qué desea.

El oficial indígena dirigió la pregunta: el preso no contestó, pero la misma contracción nerviosa pasó por su cara.

—¿Pero han visto ustedes? —gritó Hilario Joyce—, el bribón sigue burlándose de mí. ¿Quién es usted? Perro, dígame quién es… ¿Oye usted?

El árabe parecía que no entendía ni su idioma ni el inglés. De nuevo trató de darse a comprender, sin lograrlo, el intérprete egipcio. El preso miraba fijamente a Joyce; de cuando en cuando le hacía muecas, pero no abría la boca. El «Bimbashi» se rascaba la cabeza con desesperación.

—Vamos a ver, Mahomed-Alí, hay que sacarle a este mozo una contestación. ¿Dice usted que no lleva papeles encima?

—Le hemos registrado sin encontrar nada.

—¿Nada que pueda ponernos en la pista?

—Lo seguro es que viene desde lejos. Un camello de carrera no muere tan fácilmente. Lo menos llega de Donyola.

—Pues hay que sacarle la verdad.

—Puede que sea sordomudo.

—¡Ca! Nunca he visto hombre que parezca más listo.

—A ver si nos deshacemos de él enviándolo a Assuan.

—¿Dando a otro el beneficio de la captura? No; muchas gracias. A este pájaro lo hemos cazado nosotros. ¿Pero cómo le haremos hablar?

Los ojos sombríos del egipcio recorrieron el campamento y se fijaron en el fuego de la cocina. Luego dijo:

—Si le parece a usted bien, podremos…

Y echó una mirada al preso y otra al fuego que chispeaba.

—No, no, eso no. No quiero llegar a ese extremo.

—No habría que hacer mucho para alcanzar resultado.

—No, no quiero. En este país no se diría nada, pero ¡si se supiera semejante cosa en Londres! Sin embargo —añadió a media voz—, podríamos siquiera asustarlo.

—Verdad es.

—Diga usted a nuestros hombres que le quiten la chilaba al preso, que pongan una herradura al fuego, hasta el rojo blanco.

Pareció que el preso contemplaba los preparativos con mayor seguridad que miedo. Ni siquiera pestañeó cuando el sargento indígena se le acercó, con la herradura candente puesta sobre dos bayonetas.

—¿Hablará usted ahora? —gritó el jefe del destacamento sin disimular el furor.

El prisionero se sonrió tranquilamente, pasándose la mano por la barba.

—¡Vayan al infierno las pruebas! —exclamó airado Joyce—. No puede engañarse a hombre de este temple, que sabrá muy bien que no he de cumplir tales amenazas. Pero puedo y quiero darle una buena tanda de latigazos, y puede usted decirle de mi parte que si mañana temprano no ha recobrado el uso de la lengua, se quedará su espalda sin pellejo, tan fijo como me llamo Joyce. ¿Está entendido?

—Perfectamente.

—Pues sin más por hoy, váyase usted a acostar, y me alegraré de que lo dicho le haga pasar buena noche.

Aplazó el juicio para el día siguiente y el preso fue confiado a la guardia del puesto, que le dio de cenar un poco de arroz con agua.

Hilario Joyce tenía buen corazón y no durmió bien, agitado por la idea del castigo; que al día siguiente tendría que aplicar al preso. Suponía, sin embargo, que al ver el látigo y los preparativos desaparecería su terquedad. Pensaba también que aquello sería una cobardía, si por casualidad (todo es

posible) fuera sordomudo el infeliz. Tanto le trastornó aquella hipótesis, que al amanecer casi estaba decidido a enviar al reo a Assuan sin hacerle daño alguno, aunque sería aquella conclusión bastante anodina para semejante incidente. Tendido estaba en su cama de campaña reflexionando sobre el asunto, cuando se presentó la solución de un modo tan súbito como imprevisto. Mahomed-Alí se precipitó en su tienda, diciendo:

—¡El prisionero se ha escapado, llevándose el camello de carrera de usted! Logró prender el lienzo de su tienda y se ha marchado esta mañana al amanecer, sin que nadie haya podido enterarse.

El jefe del destacamento no perdió el tiempo en palabrería inútil, y obró con energía y rapidez. A los pocos momentos, registraban los senderos patrullas de caballería, mientras los exploradores buscaban en la arena las huellas del fugitivo; sin embargo, no se descubrió ninguna pista. El hombre había desaparecido por completo. Hilario Joyce, muy disgustado, redactó un informe oficial sobre el asunto y lo envió a Assuan por el correo. A los cinco días recibió una orden muy lacónica para que se presentara en seguida en el cuartel general. Conocedor del carácter severo de su jefe, que se mostraba tan duro para los demás como para sí mismo, iba bastante preocupado.

No tardaron en realizarse sus más penosos temores. Sin tiempo para arreglarse algo la ropa, ni para descansar del molesto viaje, se presentó en el cuartel general en cuanto llegó.

Delante de una mesa repleta de papeles y mapas, estaba sentado el general y detrás de él se veía al jefe del servicio de informes. Su acogida fue bastante fría.

—Si no he entendido mal, capitán Joyce —dijo el general—, ha dejado usted escapar a un prisionero de bastante importancia.

—Y lo siento mucho, mi general.

—Me lo figuro, pero con eso no adelantamos nada. ¿Había usted podido adquirir algún dato acerca de él antes de dejarlo escapar?

—No, mi general.

—¿Y cómo fue eso?

—A pesar de mis esfuerzos no le pude sacar palabra.

—¿Lo intentó usted?

—Sí, mi general, le aseguro que hice todo lo posible.

—¿Qué medios puso usted en práctica?

—Le amenacé con emplear la fuerza.

—¿Y qué contestó?

—Nada, mi general.

—¿Qué señas tenía?

—Era hombre de alta estatura, y a mi parecer, de carácter capaz de soportarlo todo.

—¿Recuerda usted algún detalle de su fisonomía por el cual se le pudiera reconocer?

—Tenía una barba muy larga, y ojos grises y padecía una contracción nerviosa de la cara.

—Pues, capitán Joyce —dijo el general con voz dura e inflexible—, no puedo felicitarle a usted por su primer acto en el ejército de Egipto. Ya debe usted de saber que todo oficial inglés, para servir en este cuerpo, ha de ser hombre escogido. Tengo qué elegir a mis subordinados entre todo el ejército británico, por lo cual necesito poder contar con una colaboración eficaz. Sería yo injusto con los compañeros de usted si hiciera caso omiso de faltas de celo o defectos de inteligencia. ¿Creo que procede usted del regimiento del Royal Mallows?

—Sí, mi general.

—Pues bien, estoy convencido de que su coronel de usted se alegraría mucho de que se incorporara usted a su regimiento.

Harto desesperado estaba Hilario Joyce para tener ganas de contestar, de modo qué guardó silencio.

—Mañana le enteraré a usted de mi resolución definitiva —le dijo el general.

Joyce saludó militarmente, y le volvió la espalda.

—«Pues sin más por hoy, váyase usted a acostar y me alegraré de que lo dicho le haga pasar buena noche».

Volviose Joyce dominado por el mayor asombro. ¿Dónde había ya oído aquella frase? ¿Quién la había pronunciado?

El general estaba de pie; tanto él como el jefe del negociado de informes, soltaron inmensa carcajada. Joyce contemplaba a aquel hombre de alta estatura, de aspecto rígido, de impenetrables ojos grises.

—¡Gran Dios! —exclamó.

—Vaya, vaya, capitán Joyce, creo que estamos en paz —dijo el general alargándole la mano—. Mal rato me hizo usted pasar con el demonio de la herradura al rojo blanco. Le he pagado a usted en la misma moneda. Ahora ya voy creyendo que no es cosa de incorporarlo a usted a su regimiento.

—Pero… mi general… ¿cómo…?

—Hará usted bien en no dirigirme muchas preguntas; sin embargo, su asombro de usted no me extraña. Tuve que tratar un asunto personal con el

Kabbalish y no podía confiar más que en mí mismo. Al regreso de mi viaje tenía que pasar por el puesto de usted. Bastante visiblemente le guiñé el ojo para darle a entender que habíamos de hablar a solas.

—Sí, sí, ya voy entendiendo.

—Pero no podía descubrirme delante de todos aquellos negros. ¿Qué influencia habría ejercido en ellos, la primera vez que me pusiera mi traje árabe? Me colocó usted en una situación muy falsa. Por último, conseguí cambiar algunas palabras con el oficial indígena, que fue quien preparó mi evasión.

—¿Ha sido Mahomed-Alí…?

—Le mandé que no le dijera a usted nada, porque tenía que tomarme el desquite. A las ocho comemos, capitán Joyce, y aunque aquí hacemos una vida muy modesta, me parece que le daré a usted mejor cena que la que me dio usted en Kurkur.

LA SEÑAL PRECURSORA

EL 15 de Julio de 1870 estaba completamente arruinado el jugador Juan Worlington Dodds, y sin embargo, el 17 del mismo mes se encontraba de nuevo dueño de una soberbia fortuna. Había podido realizar aquel cambio sin moverse de la sórdida poblacioncilla de Dunsloe, en Irlanda, la cual habría podido comprar por completo por la cuarta parte de la cantidad que logró ganar en el único día que pasó entre sus muros. No se ha agotado la mina de estas novelas crematísticas, y todavía pueden encontrarse asuntos para relatos en esas fuerzas gigantescas que crecen unas veces de manera colosal, y otras se abisman miserablemente en operaciones temerarias, en incertidumbres desgarradoras, en ruinas tristes, en combinaciones profundas que hacen fracasar otras más sabias. Las deudas públicas de cada gran potencia europea son como otras tantas columnas de mercurio, ora altas, ora bajas, que indican la presión ejercida por cada una de ellas. El que sabe leer bastante en el porvenir para conocer cuántos grados señalará mañana columna tan variable, puede estar seguro de que la fortuna ha de sonreírle.

Juan Worlington Dodds tenía varias cualidades de las indispensables para prosperar en las especulaciones. Era buen observador, preveía con acierto y a la hora de obrar se mostraba audaz y rápido.

No obstante, en los problemas financieros, hay que contar siempre con un elemento de suerte, que, por mucho que se haga para eliminarlo, es como el cero en la ruleta y forma como una amenaza constante para el especulador. Por eso cayó Worlington Dodds. Siguiendo las opiniones más ilustradas, especuló con los fondos de Estado de una república de la América del Sur, antes de que se fundara definitivamente. No llegó a fundarse y Dodds perdió el dinero. Había colocado fondos en un ferrocarril escocés, pero una huelga que duró cuatro meses, convirtió en papel mojado las acciones. Entonces se dedicó a los fondos de una compañía de cafés, con la esperanza de que el público se dejaría deslumbrar y de que las partes de fundador subirían mucho; pero el horizonte político se obscureció y fracasó el negocio. Todas las empresas en que había puesto dinero salieron mal, y en vísperas de casarse se

encontraba, aunque joven y con inteligencia superior y voluntad de hierro, muy expuesto a verse embargado, si sus acreedores hubieran tenido interés en ejecutarle. Afortunadamente, en el Stock-Exchange, suele haber benevolencia. Las desgracias que caen sobre un especulador, pueden caer mañana sobre otro, y todos los miembros de esa corporación tienen la costumbre, a lo menos en Inglaterra, de dar algo de tregua al jugador desgraciado para que pueda levantarse, si le es posible. De tal modo, la carga que pesaba sobre los hombros de Worlington Dodds se encontró un poco aligerada, pues otros hombros le ayudaron a soportarla y hasta pudo ir a Irlanda, como le aconsejaban los médicos, para tomar algo de descanso y cambiar de aires, con objeto de restablecer el equilibrio de su sistema nervioso. Así fue como el 15 de Julio de 1870 se encontraba almorzando en el comedor cubierto de moscas del George Hotel, que daba a la plaza del mercado de Dunsloe.

Era una pieza sombría y tibia, vacía generalmente, pero aquel día estaba llena de una multitud tan ruidosa como cualquiera de las fondas más renombradas de Londres. Todas las mesas estaban ocupadas y se extendía por el aire fuerte olor a tocino frito y a pescado. Hombres calzados con botas recias entraban y salían con estrépito, resonaban las espuelas en las losas, amontonábanse latiguillos en los rincones: toda la atmósfera olía a caballerías.

De lo mismo se trataba en las conversaciones. Por todas partes oía Worlington Dodds hablar de potros de un año, de mataduras o esparavanes, de caballos con muermo, de otros que se comían los pesebres o padecían de los nervios; en fin, de cosas que eran tan ininteligibles para él, como la jerga de la Bolsa lo habría sido para todos los parroquianos de la fonda.

Dirigiéndose al mozo, le preguntó la causa de todo aquello y a éste le asombró mucho, al parecer, que en el mundo hubiera alguien que ignorara suceso de tanta importancia.

—Hoy es el día del gran mercado de caballos de Dunsloe. Dura una semana y no sólo atrae a la gente de las cercanías, sino también a muchos forasteros, que vienen de Inglaterra, de Escocia y de todas partes. Si vuestro honor quiere tomarse el trabajo de asomarse a la ventana, verá los caballos y bien tranquila tendrá la conciencia si ha podido dormir, con el escándalo que arman gente y caballerías.

Recordó en efecto Dodds haber oído como un murmullo confuso que se mezclaba con sus sueños, golpes con ritmo y chasquidos cuya clase no sospechaba. Mirando por la ventana, comprendió la causa. De uno a otro extremo, la plaza estaba llena de caballos cenicientos, bayos, alazanes,

obscuros, negros, jóvenes y viejos, soberbios unos, de formas toscas otros; por último, todos los caballos posibles e imaginables. Aquel mercado parecía enorme para una población de tan poca importancia, y así se lo hizo notar al mozo.

—Observe vuestro honor que los caballos no habitan en la ciudad y les importa poco que sea chica o grande. Está en el centro de los condados de Irlanda que se dedican a la cría caballar. ¿A dónde los llevarían si no vinieran a Dunsloe?

El mozo tenía un pliego en la mano y se lo enseñó a Worlington Dodds, diciendo:

—Nunca he oído semejante nombre. Quizá pueda usted ayudarme a dar con el destinatario.

Dodds miró distraídamente el sobre, dirigido a Stellenhaüs, y respondió:

—No lo conozco. Es la primera vez que oigo este nombre, que debe de ser extranjero; tal vez si…

En aquel momento, un caballero bajito, de cara redonda y rubicunda que estaba almorzando en la mesa próxima, se inclinó e interrumpió al que hablaba, diciendo:

—Caballero, ¿ha hablado usted de nombre extranjero?

—Stellenhaüs.

—Yo soy Stellenhaüs, Julio Stellenhaüs de Liverpool, y aguardaba precisamente un parte. Muchas gracias.

Tan cerca estaba de Dodds, que éste, sin la menor intención de ser espía, no pudo dejar de echar una ojeada al pliego que el otro abría, por movimiento puramente instintivo. El mensaje era muy largo y formaba como un cuaderno recio de papel rojizo que salía del sobre. Stellenhaüs arregló con método las hojas del telegrama encima del mantel que tenía delante, de modo que pudiera leerlo él solo; luego sacó un librillo y con cara muy preocupada empezó a tomar notas. Echando miradas alternas al parte y al librillo, escribía una palabra y un guarismo a un tiempo. Dodds parecía muy interesado, porque adivinó exactamente el trabajo a que se dedicaba aquel hombre. Indudablemente se ocupaba en descifrar un despacho confidencial, como el joven había hecho muchas veces. De pronto su vecino se puso pálido, como si el texto del mensaje le hubiera hecho experimentar un choque inesperado.

Dodds, durante su vida, los había experimentado también y el hombrecillo se le hizo simpático. Por último se levantó éste y, dejando el almuerzo, salió de la habitación.

—Se me figura que este caballero acaba de recibir malas noticias —dijo en tono confidencial el mozo.

—Así parece —contestó Dodds.

En aquel momento su atención fue atraída en otra dirección.

Acababa de entrar un lacayo con otro telegrama en la mano.

—¿Dónde está el señor Mancurme? —preguntó al mozo.

—Que nombres tan raros se dan hoy —contestó éste—. ¿Qué dice usted?

—¡Señor Mancurme! —repitió el lacayo mirando alrededor—. ¡Ah! Ahí está.

Y alargó el telegrama a otro caballero que estaba en un rincón leyendo el periódico.

Dodds ya había visto a aquel individuo, preguntándose lo que habría ido a hacer entre tal gente. Era alto, con el pelo blanco, nariz aguileña, bigote negro y barba bien cuidada y puntiaguda. Tenía tipo aristocrático que formaba gran contraste con el aspecto de los chalanes groseros y vocingleros que le rodeaban. Tal era aquel señor Mancurme, destinatario del segundo telegrama.

Abriolo con apresuramiento febril, y Dodds pudo darse cuenta que era tan voluminoso como el primero. Notó también, por el tiempo que era necesario para leerlo, que asimismo era un telegrama cifrado. Mancurme no escribía la traducción del despacho; se limitaba a retorcerse la barba blanca con nerviosas manos, mientras fruncía el ceño de una manera muy particular, según iba leyendo el mensaje.

Levantose por fin bruscamente con los ojos relucientes y la cara echando fuego mientras arrugaba el telegrama entre las manos. Pero no tardó en recobrar el dominio sobre sí mismo; se metió las hojas en el bolsillo y salió del comedor.

Bastaba con aquello para excitar la curiosidad y las facultades imaginativas de un hombre menos inteligente que Worlington Dodds.

¿Habría alguna relación entre ambos despachos, o sería aquello una coincidencia? Dos hombres con apellidos extranjeros acababan de recibir cada cual un telegrama con pocos instantes de intervalo, telegramas de longitud considerable, cifrados y que causaban bastante emoción a los destinatarios. Uno de éstos se había puesto pálido; el otro, se había levantado precipitadamente. Puede que fuera una coincidencia, pero en tal caso era muy extraordinaria. Y si no era una coincidencia, ¿qué significaría aquello?

Aquellos hombres, ¿eran (tal vez inconscientemente) asociados que trabajaban separadamente y recibían órdenes de la misma persona? También era posible, pero en tal caso tendrían que tropezar con mil dificultades. Buscó

la solución del problema, pero no logró encontrar ninguna satisfactoria, aunque mientras duró el almuerzo no dejó de devanarse los sesos sobre lo mismo.

Cuando acabó la comida, salió a la plaza del mercado, donde había empezado ya la venta de caballos. Empezaron por vender los caballos de un año, animales de patas largas, espantadizos, de mirada viva, que habían vivido libremente hasta entonces en los pastos escarpados del país, y que nunca habían sido esquilados. Su resistencia y costumbre de vivir al aire libre en todo tiempo los habían de hacer «hunters», espléndidos o maravillosos caballos de carrera, cuando entre la edad y la avena hubieran llegado a la madurez. Generalmente eran de pura sangre. Los compraban mercaderes ingleses, con la esperanza, si salían bien las cosas, de adquirirlos por pocas libras y venderlos más adelante en cincuenta guineas o más, especulación muy legítima, porque el caballo es un animal de salud delicada y sujeto a muchas enfermedades. El menor accidente puede quitarle todo su valor. Los gastos son seguros y la ganancia muy problemática, pues para un caballo que produce, muchos no dan ningún beneficio, u ocasionan pérdidas; así es que, al comprar caballos de un año en el mercado de Irlanda, los mercaderes ingleses arriesgan mucho.

Un hombre de cara sanguínea, con un gabán amarillo, los compraba a docenas con tanta tranquilidad como si fueran naranjas, inscribiendo cada compra en las hojas de una cartera bastante abultada. Mientras Dodds le miraba, compró cuarenta o cincuenta.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Dodds a un individuo cuyas espuelas y polainas indicaban que debía de ser uno de los que conocieran al mercader.

El hombre se quedó mirándole como maravillado de su ignorancia.

—Ese es Jim Holloway, el gran Jim Holloway —dijo.

Pero, comprendiendo por la cara de su interlocutor que aquel nombre no le enseñaba nada, entró en pormenores.

—Es el que está al frente de la casa Holloway y Morland, de Londres. Hace las compras y es lo bastante entendido para comprar bien y barato. Su socio está en Londres y también sabe vender caro. Puede que sea el hombre que posea más caballos en el mundo y sabe sacarles el dinero. Apuesto a que la mitad de los caballos vendidos hoy en el mercado de Dunsloe los comprará él, y tiene tanto dinero a su disposición, que a todo el mundo le está prohibido pujar contra él.

Worlington Dodds miraba con interés lo que hacía el rico negociante, que se dedicaba a la sazón a los caballos de dos y tres años. Aquellos animales ya habían llegado casi a la edad madura, pero sus armazones estaban todavía algo débiles y sus músculos no habían adquirido la firmeza deseable. El mercader inglés elegía sus caballos con el mayor esmero y los precios que ofrecía pronto le dejaban sin competidores. Con ademán indolente pujaba sobre lo ofrecido por otros, añadiendo cinco libras de una vez, hasta que se quedaba dueño del campo de batalla. También era buen observador, y cuando comprendía que su adversario pujaba únicamente para hacerle gastar más dinero, cerraba bruscamente la cartera y dejaba al otro con un lote de caballos con los cuales no sabía qué hacerse.

Todos los instintos mercantiles de Dodds se excitaban con la táctica de aquel gran hombre, y mezclado con el gentío, atendía con gran interés a lo que ocurría.

Sin embargo, los grandes comerciantes no iban a Irlanda para comprar potros, y la verdadera feria empezaba cuando se ponían en venta caballos de cuatro y cinco años, soberbios animales ya maduros, dispuestos a todos los trabajos y a todas las fatigas. Sólo un ganadero de viva mirada, sonrosada cara y aspecto «confortable» había llevado al mercado setenta caballos muy hermosos. Estaba al lado del comisario subastador, haciéndole los últimos encargos, dándole los últimos consejos.

—Ese es Flynn, de Kildare —le dijo a Dodds el individuo que le servía de cicerone—. A Jack Flynn pertenece esa inmensa hilera de caballos. Esa otra que ve usted allá abajo, es de su hermano Tomás. Son los dos primeros ganaderos de Irlanda.

La muchedumbre seguía aumentando y formaba un círculo alrededor de los caballos. De común acuerdo se había dejado un sitio para el señor Holloway, y Dodds podía ver en primera fila su tez roja y su gabán amarillo. Había abierto su librillo, y mientras examinaba los animales se daba en los dientes con el lapicero, y presentaba aspecto grave y reflexivo.

—Va usted a asistir a una verdadera lucha entre el rey de los compradores y el de los vendedores del país —dijo el reciente conocido de Dodds. Son realmente animales magníficos y no me asombraría verlos pagar a 35 libras esterlinas por cabeza.

El comisario se subió en una silla, mirando al gentío, al cual dominaba su cara astuta y alegre, completamente afeitada. A la altura de su codo se veían las patillas canosas de Jack Flynn, y delante de ellos y siempre serio, estaba el señor Holloway.

—¡Vean ustedes estos caballos, señores! —dijo el comisario señalando la hilera formada por cabezas movedizas y crines flotantes. Han sido criados por el señor Jack Flynn, en su propiedad de Kildare, lo cual responde de su buena calidad. Son los mejores animales que ha producido Irlanda y por consiguiente los mejores del mundo. Todo jinete verdaderamente digno de este nombre, puede afirmarlo sin temor. Como «hunters», o como caballo de tiro se garantiza su solidez y su excelente origen. El lote del señor Jack Flynn abarca setenta, y me ha encargado que les diga a ustedes que si algún mercader al por mayor quisiera comprar todo el lote, indicándole el precio ofrecido, le daría la preferencia sobre otro comprador cualquiera, y con esto siempre ganaríamos tiempo.

Hubo un silencio. Al gentío aquello le parecía una decepción y sonaron murmullos. Aquella frase bastaba para inutilizar a los compradores que no tuvieran grandes capitales, porque se necesitaba bolsón bien repleto para comprar tan al por mayor. El comisario miró a su alrededor en busca de aficionados.

—Vamos, señor Holloway —dijo por último—. No habrá usted venido aquí a admirar el paisaje. Daría usted la vuelta al país antes de encontrar un lote de caballos como éste. Vamos, ofrezca usted el primer precio.

El gran negociante seguía golpeándose los dientes con el lapicero.

—Bueno —dijo por fin—, no puedo negar que son animales magníficos. Verdaderamente le honran a usted, señor Flynn, pero no entraba en mis miras llenar mi buque de una vez. Me gusta elegir mis caballos uno por uno.

—En tal caso, el señor Flynn está dispuesto a venderlos por lotes menos considerables —dijo el comisario—. Su proposición tendía más bien a favorecer a los mercaderes al por mayor; pero si nadie puja…

—¡Un momento! —dijo una voz—. Esos caballos son de primera, y por lo tanto voy a ofrecer. Me quedo con todo el lote a razón de veinte libras esterlinas por cabeza.

Pasó un estremecimiento por el gentío y todas las cabezas se volvieron hacia el hombre que acababa de tomar la palabra. El comisario también se inclinó hacia adelante, preguntando:

—¿Puede usted decirme su nombre?

—Stellenhaüs, de Liverpool.

—Indudablemente, es una casa nueva —dijo el guía de Dodds—. Creí que las conocía todas, y sin embargo, es la primera vez que oigo hablar de ésta.

El comisario se había inclinado para hablar bajo con el ganadero, y su cabeza desapareció entre la muchedumbre. Luego volvió a enderezarse,

diciendo:

—¡Muchas gracias, caballero!, por haber presentado tipo de subasta. Ya han oído ustedes la proposición del señor Stellenhaüs, de Liverpool, que da una base para empezar. El señor Stellenhaüs ofrece veinte libras esterlinas por cabeza, quedándose con todo el lote.

—¡Veinte guineas! —dijo Holloway.

—¡Muy bien, señor Holloway! Ya sabía yo que pujaría usted y que no había de dejar que se le escapasen unos caballos como esos. ¡Veinte guineas, señores!

—¡Veinticinco libras! —gritó Stellenhaüs.

—¡Veintiséis!

—¡Treinta!

Aquello era la lucha entre Londres y Liverpool, y al mismo tiempo la lucha de uno de los reyes del oficio contra un «outsider». Sin embargo, uno de los licitadores pujaba de cinco en cinco libras, y el otro de una en una. Aquellas cinco libras, echadas tan rápidamente a la subasta, indicaban indudablemente una voluntad tenaz, apoyada por capital importante. Había dominado tanto tiempo el mercado Holloway, que la gente se alegraba de que diera con la horma de su zapato.

—Dan treinta libras por cabeza —dijo el comisario—. Tiene usted la palabra, señor Holloway.

El negociante de Londres miraba atentamente a su desconocido adversario, dudando de si sería un verdadero rival o sencillamente un agente de Flynn para que subiera el precio. El señor Stellenhaüs, el hombrecillo visto por Dodds en el café de la fonda, estaba muy cerca de los caballos, mirándolos fijamente, como hombre conocedor de su oficio.

—¡Treinta y una! —dijo Holloway con el acento de quien ha llegado al límite.

—¡Treinta y dos! —exclamó en seguida Stellenhaüs.

Pareció encolerizado Holloway ante aquella oposición, a la cual no estaba acostumbrado, y se le puso más colorada la cara.

—¡Treinta y tres! —gritó.

—¡Treinta y cuatro! —repuso Stellenhaüs.

Pareció que reflexionaba Holloway, y apuntó algunos números en su librillo. Había setenta caballos. Bien sabía que los de Flynn eran de primera clase. Como no tardaría en empezar la temporada de caza, podría revenderlos de cuarenta y cinco a cincuenta libras por cabeza, y quizá hubiera alguno cuyo precio llegara a ciento. Por otra parte, había que contar con el pienso

durante tres meses, los riesgos del viaje, los peligros de cualquier epidemia de las que a veces caen sobre una cuadra y producen bastantes bajas. Hechas todas aquellas deducciones, recapacitaba si sacaría alguna ganancia del negocio. Cada libra que pujaba en la subasta le sacaba setenta del bolsillo, pero tampoco podía consentir que un forastero le venciera sin lucha, y además le convenía mucho, para el buen éxito de sus negocios, que se le considerara siempre jefe indiscutible del mercado. Vaya, intentaría otro esfuerzo, aunque le costara toda la ganancia del negocio.

—¿Ya no ofrece usted más, señor Holloway? —preguntó el comisario con cierto tonillo socarrón.

—¡Treinta y cinco! —contestó Holloway, malhumorado.

—¡Treinta y seis! —dijo Stellenhaüs.

—¡Bueno, pues buena suerte en el negocio! —dijo Holloway—. No los compro a este precio, pero se los venderé si necesita más.

Stellenhaüs no hizo caso alguno de aquella observación irónica y continuó contemplando los caballos, con mirada de hombre inteligente. El comisario miraba en derredor como al descuido.

—¡Treinta y seis libras! —dijo—. El lote de setenta caballos del señor Flynn va a ser adjudicado al señor Stellenhaüs al precio de treinta y seis libras por cabeza. ¡A la una… a las dos…!

—¡Cuarenta! —gritó una voz aguda.

Brotó de la muchedumbre un murmullo. Toda la gente se puso de puntillas para contemplar al nuevo comprador temerario. Dodds, que era muy alto, pudo mirar por encima de las cabezas que le rodeaban, y vio al lado de Holloway la nariz aguileña y la barba aristocrática del segundo forastero visto en el café. Una idea que se le ocurrió en seguida le hizo tomarse gran interés por la lucha. Comprendió que estaba en la pista de un acontecimiento que nadie sospechaba, pero que él podría utilizar. ¡Dos personas de apellido extranjero, dos partes cifrados, la compra de los caballos! ¿Qué se ocultaría debajo de todo aquello?

El comisario recobró pronto su animación, y el señor Flynn se enderezó súbitamente, con ojos relampagueantes y las patillas blancas erizadas. Era aquel el mejor negocio que había hecho en cincuenta años.

—¿Cómo se llama usted, caballero? —preguntó el comisario.

—Mancurme.

—¿Dónde reside?

—En Glasgow.

—Gracias por su puja, caballero. Cuarenta libras por cabeza ofrece el señor Mancurme, de Glasgow. ¿Quién da más?

—¡Cuarenta y una! —dijo Stellenhaüs.

—Cuarenta y cinco —dijo Mancurme.

La táctica había cambiado, y le tocaba Stellenhaüs pujar una libra cada vez y a su adversario subir cinco, pero aquél seguía tan terco como antes.

—¡Cuarenta y seis! —exclamó.

—¡Cincuenta! —respondió Mancurme.

Era una subasta sin precedentes. El precio medio de cada caballo vendido aisladamente no podía ser más alto que el ofrecido por los compradores al por mayor.

—¡Son dos locos escapados del manicomio! —murmuró encolerizado Holloway—. Si yo fuera Flynn, antes de seguir me enteraría de si tienen dinero o no.

Indudablemente se le ocurrió lo mismo al comisario, que dijo:

—Ya que se trata de un negocio, es costumbre depositar como fianza una cantidad de dinero. Comprendan ustedes mi situación. Nunca he tenido el gusto de tratarlos a ustedes.

—¿Cuánto? —preguntó concisamente Stellenhaüs.

—Pongamos quinientas libras.

—Ahí va un talón de mil —dijo Stellenhaüs.

—Y ahí va otro —añadió Mancurme.

—Está muy bien —dijo el comisario—. Da gusto ver una lucha tan animada.

La última puja había sido la de cincuenta libras, de Mancurme.

—Tiene usted la palabra, señor Stellenhaüs.

Jack Flynn murmuró algunas palabras al oído del comisario.

—Perfectamente —contestó éste—. Señores, como son ustedes los dos capitalistas de importancia, el señor Flynn propone que se venda con su lote el de su hermano el señor Tomás Flynn, que abarca también setenta caballos, de la misma clase y valía, o sea en total 140. ¿Se le ocurre a usted alguna objeción, señor Stellenhaüs?

—Ninguna.

—¿Y a usted, señor Mancurme?

—Me parece mejor todavía.

—¡Magnífico! —dijo el comisario—. ¿De modo, señor Mancurme, que su oferta de cincuenta libras por cabeza se aplica a los ciento cuarenta caballos?

—Eso es.

Prolongado estremecimiento se extendió por la muchedumbre. La puja total ascendía a siete mil libras, cosa nunca vista en el mercado de Dunsloe.

—¿Qué dice usted, señor Stellenhaüs?

—¡Cincuenta y una!

—¡Cincuenta y cinco!

—¡Cincuenta y seis!

—¡Sesenta!

Apenas daba crédito el gentío a lo que oía. Holloway, con la boca abierta, miraba aquello lleno de asombro. El comisario, por su parte, hacía esfuerzos por parecer indiferente, como si estuviera acostumbrado a tales pujas y a semejantes precios. Jack Flynn sonreía con aspecto de júbilo, y se frotaba alegremente las manos. Un silencio de muerte reinaba entre el concurso.

—¡Sesenta y una! —dijo Stellenhaüs.

Desde el principio de la venta estaba impasible, sin que reflejara ninguna emoción su redonda cara. Parecía un autómata movido por un mecanismo ingenioso. Su rival tenía temperamento más nervioso. Sus ojos brillaban, y se acariciaba sin cesar la barba y el bigote.

—¡Sesenta y cinco! —exclamó.

—¡Sesenta y seis!

—¡Setenta!

De pronto se paró el autómata, y pareció que Stellenhaüs no pujaba.

—Hemos llegado a setenta libras —dijo el comisario.

Stellenhaüs se encogió de hombros, y contestó:

—Compro por cuenta de otra persona, y he llegado al límite que se me había fijado. Si puede suspenderse la subasta un momento, iré a buscar instrucciones.

—No tengo derecho a ello, y estoy obligado a seguir subastando.

—Entonces, se podrá adjudicar el lote a ese caballero.

Por primera vez miró a su rival, y ambas miradas se cruzaron como dos espadas.

—¡Puede que vea yo esos caballos dentro de poco!

—¡Por mi parte, así lo espero! —contestó Mancurme, mientras se le erizaba el blanco y engomado bigote.

Separáronse saludándose. Stellenhaüs se dirigió a la oficina de telégrafos, pero no pudo enviar inmediatamente su telegrama, porque estaba expidiendo otro Worlington Dodds. Poco a poco, sus sospechas vagas, sus conjeturas problemáticas se habían convertido en certeza. Tuvo la intuición de los acontecimientos que iban a ocurrir, y cuya iniciación había hecho tanto efecto

en la poblacioncilla aquella de Irlanda. Los nombres de los forasteros, el aspecto físico de ambos desconocidos, los telegramas cifrados que habían recibido, la compra de caballos a tan alto precio, todas aquellas circunstancias reunidas con los rumores políticos que entonces corrían, formaban un conjunto cuyo significado no era dudoso para él. Poseía un secreto, y quería sacar partido de él.

El señor Warner, socio de Worlington Dodds, que había sufrido los mismos perjuicios, fue aquel día al Stock-Exchange, pero encontró pocas probabilidades de rehacerse, porque las Bolsas europeas se encontraban impresionadas a cada momento por rumores de guerra, desmentidos al poco rato, pero cuya persistencia hacía fluctuar el mercado, tanto más, cuanto que se desconocía su fundamento. Además, los partidarios de la paz y los de la guerra eran tan afirmativos, que no se sabía de quién fiarse. Era evidente que se podía hacer fortuna porque, según las noticias, los valores oscilaban bruscamente.

Sin embargo, era imposible conseguir algún dato de origen cierto, y nadie se atrevía a tomar una decisión fundada en el artículo de un periódico o en habladurías de la calle.

Hacíase cargo Warner de que en una hora le sería posible volver a ganar cantidades enormes perdidas por él y por su socio, pero no se atrevía a aventurarse, temiendo equivocarse. Volvió a su escritorio por la tarde, medio dispuesto a lanzarse al alza, despreciando los rumores de guerra, que de cada diez veces, no se realizan una. Al entrar en su despacho, encontró en la mesa un telegrama, procedente de Dunsloe (punto del cual nunca había oído hablar), y estaba firmado por su socio. Estaba cifrado, pero poco tardó Warner en traducirlo, por ser corto y explícito. Decía:

«Juegue usted a la baja con todos los fondos alemanes y franceses. Venda, venda, véndalo todo. —Dodds».

Vaciló un momento Warner. ¿Qué habría podido averiguar Dodds en una población como Dunsloe, que no se supiera en Throgmorton-Street? Pero recordó el agudo y perspicaz ingenio y el carácter resuelto de su socio. No le habría mandado tal despacho, si no estuviera seguro del terreno que pisaba. Para obrar, había que hacerlo en seguida. Decidiose, emprendió el camino del Stock-Exchange, y aprovechando la facilidad de las operaciones a plazo que permiten vender lo que no se posee, y hasta lo que no podría pagar, aunque se poseyera, especuló a la baja con inmensa cantidad de fondos alemanes y franceses.

El mercado estaba impresionado favorablemente en aquel momento, y tendía al alza, por lo cual no faltaban compradores. Sin embargo, viendo su persistencia en vender, otros especuladores le imitaron, y produjeron una reacción.

Cuando volvió Warner a su despacho, pasó varias horas haciendo balances, y por la noche sacó la seguridad de que al liquidar quedaría en quiebra sin esperanza de rehabilitarse, o inmensamente rico. Todo dependía de la exactitud de las noticias dadas por Worlington Dodds.

¿Qué demonios habría averiguado en Dunsloe?

De pronto vio que un vendedor de periódicos pegaba en una pared un cartel, que a los pocos momentos quedaba rodeado de compactos grupos. Uno de los papanatas agitó el sombrero por el aire, otro dio a voces a un amigo la noticia de sensación. Warner se apresuró a acercarse, y leyó el telegrama reproducido en el cartel:

«Francia acaba de declarar la guerra a Alemania».

—¡Vive Dios! —exclamó—; ¡qué razón tenía el buen Dodds!

EL «SLAPPING-SAL»

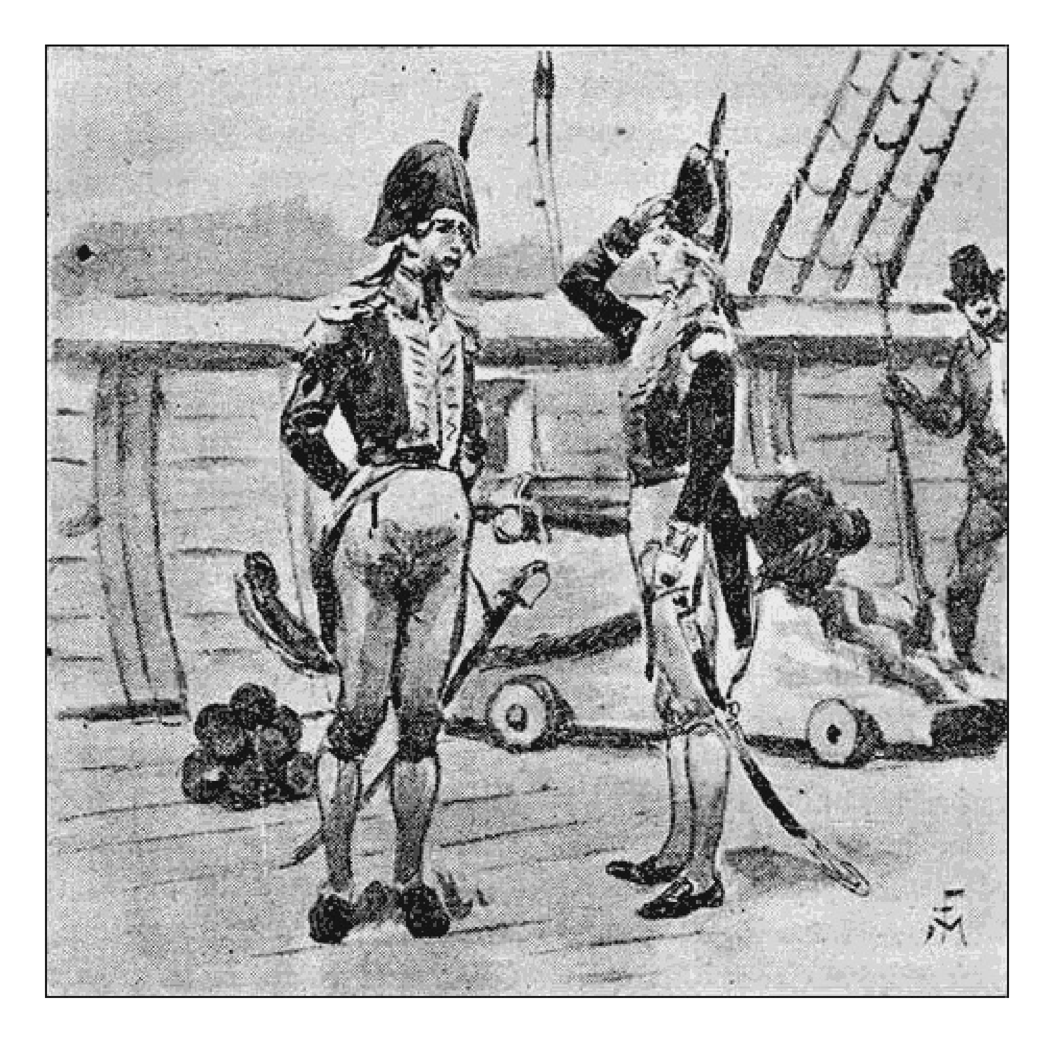
LOS HECHOS que voy a relatar ocurrieron en la época durante la cual acababa de perder Francia el dominio de los mares, y en que los abismos insondables del Paso de Calais encerraban más navíos franceses de tres puentes que los anclados en la rada de Brest. Pero sus fragatas y corbetas surcaban todavía las ondas del Océano, acosadas por los buques de su poderoso rival. En los mares más lejanos, aquellos elegantes buques, con nombres bonitos de mujeres o de flores, se destruían mutuamente en honor de los cuatro metros de estambre que ondeaban en sus palos.

El viento había soplado toda la noche, pero había cedido al amanecer, y el sol saliente teñía de rosa los bordes de las nubes tormentosas que corrían hacia el Oeste, y hacía centellear las innumerables crestas de las olas, de color verde claro. Al Norte, al Sur y al Oeste el cielo puro formaba una línea de horizonte, cuya limpidez sólo se interrumpía cuando las grandes oleadas del Atlántico, precipitándose una contra otra, se deshacían en nubes de espuma. Al Este se veía en lontananza una isla rodeada de rompientes, cuyas puntas escarpadas se erguían sobre las olas. Por encima de los grupos de palmeras, plantadas a trechos, se levantaba un montecillo cónico, de cuya cima brotaba negra humareda.

El oleaje se estrellaba con violencia en la orilla, y a poca distancia estaba la «Leda», fragata inglesa de treinta y dos cañones, mandada por el capitán A. F. Johnson. Ora se erguía el buque sobre la cima de una ola, ora se hundía en un valle verdoso, mientras el velamen le hacía dar bordadas hacia el Norte. En la cubierta, blanca como la nieve, estaba un hombrecillo, de aspecto rígido y cara tostada, examinando con su catalejo el horizonte.

—¡Mister Wharton! —gritó con voz ronca.

Un oficial flaco, de piernas torcidas, atravesó la toldilla y se le presentó diciendo:



—A sus órdenes.

—He abierto el pliego lacrado que contenía las instrucciones, mister Wharton.

Una chispa de curiosidad resplandeció en la mirada del primer teniente. La «Leda» se había dado a la vela acompañada por la «Dido». Ambos navíos habían salido de Antigua la semana anterior, llevando las instrucciones del almirante encerradas en pliegos lacrados.

—Habíamos recibido orden de abrir el pliego al llegar a la isla desierta de Sombriero, que se encuentra a los 18º 36 de latitud Norte y 63º 28 de longitud Oeste. Sombriero se encontraba a cuatro millas a babor cuando se ha echado el viento.

El teniente saludó con frialdad. Los dos oficiales eran amigos de la infancia, habían estudiado en el mismo colegio, habían entrado en la marina al mismo tiempo, combatieron juntos muchas veces y se habían casado con mujeres de la misma familia. Pero, aunque eran amigos íntimos en la vida privada, en cuanto pisaban la cubierta del buque, la férrea disciplina suspendía sus relaciones particulares. No eran más que un jefe y un subalterno.

El capitán Johnson sacó del bolsillo un papel azul, que inmediatamente arrugó el mordisco del viento, mientras lo desdoblaba el capitán.

> “ Las fragatas «Leda» y «Dido», de treinta y dos cañones, mandadas por los capitanes A. F. Johnson y Jaime Munro, en cuanto se haya abierto este pliego deberán emprender un crucero hasta la entrada del mar de los Caribes, con objeto de encontrar a la fragata francesa «Gloria» (48), que ha molestado últimamente en estos parajes a nuestros buques mercantes. También deberán buscar las fragatas de S. M. un buque pirata llamado, unas veces «Slapping-Sal» y otras «Harry Hudson», que recientemente ha saqueado varios buques ingleses, atormentando además cruelmente a sus tripulaciones. Es un brick pequeño armado con diez carronadas y un cañón de veinticuatro libras. Por última vez se le vio el 24 de este mes al NE. de la isla de Sombriero.
>
> JAIME MONTGOMERY,
> Contraalmirante.
> A bordo del navío de S. M. «El Coloso».

—Parece que hemos perdido de vista el buque que navegaba de conserva con nosotros —dijo el capitán Johnson volviendo a doblar la carta que acababa de leer, y examinando el horizonte con su anteojo—. La «Dido» nos ha dejado cuando estábamos cogiendo un rizo. Malo sería encontrar la fragata francesa sin tener a nuestro lado, para ayudarnos, a nuestro compañero, ¿verdad, mister Wharton?

El teniente sonrió.

—Sí; la fragata «Gloria» tiene cañones de a 18 en el entrepuente y a popa carronadas de a doce. Lleva una tripulación de 400 hombres, y nosotros 231, y el capitán Milon es el más valiente de los marinos franceses. Ay, Bobby, hijo mío, ¡qué honor tan grande para mi pabellón si me tocara combatir contra semejante buque!

Volvió la espalda con rapidez, como si se arrepintiera de haber hablado tan familiarmente con su subordinado, y prosiguió, mirándole por encima del hombro:

—Señor Wharton, mande acortar las escotas de las gavias y variar más al Oeste la dirección.

—¡Un brick a sotavento! —dijo una voz que salía del castillo de proa.

—¡Un brick a sotavento! —repitió el teniente.

Aproximose el capitán a los empalletados y miró a través de los obenques de mesana. Sus penetrantes ojos y los faldones de la casaca, movidos por el viento, le daban un aspecto bastante raro. El teniente flaco alargó el pescuezo hacia el mar, cambiando algunas palabras con el segundo teniente Smeaton. Oficiales y marineros salían de las camaretas, y se agrupaban a lo largo de la

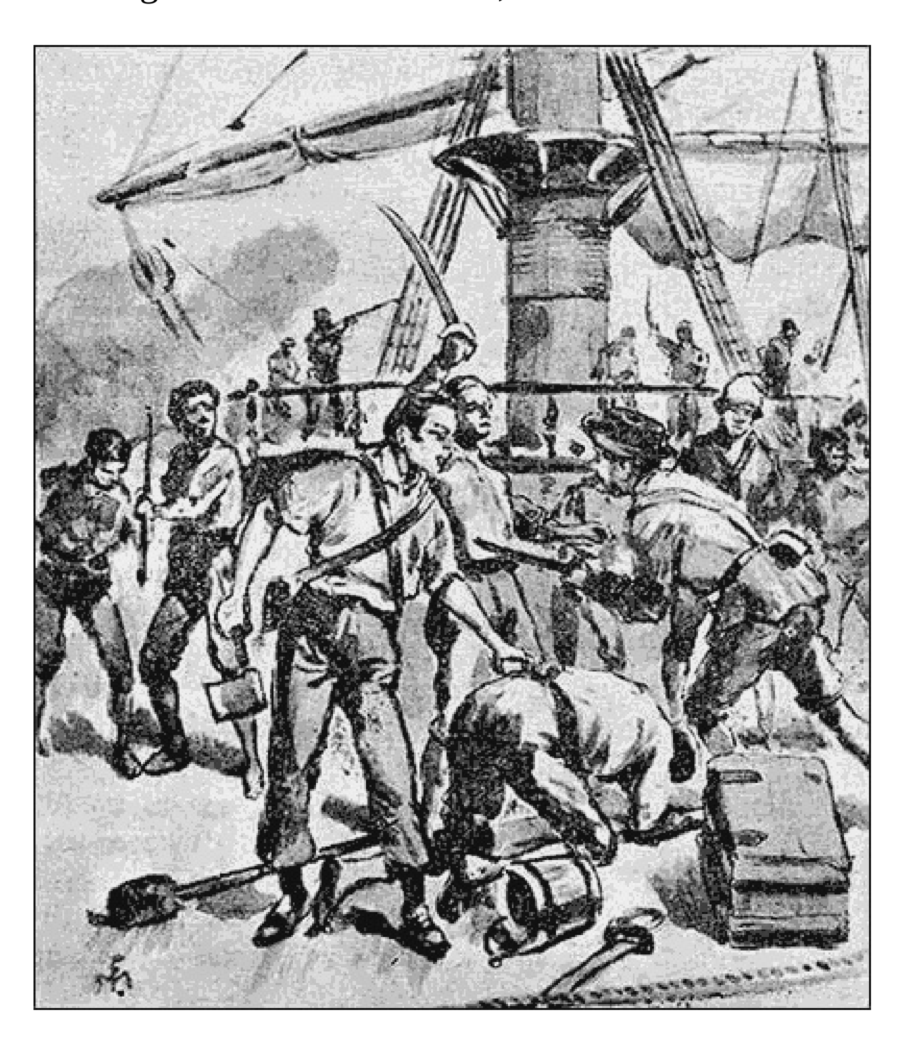
borda, resguardándose la vista con las manos, porque el sol de los trópicos subía ya por encima de las palmeras. El brick estaba anclado cerca del cañón que formaba la entrada de la bahía, y le había de ser imposible salir sin pasar bajo el fuego de la fragata, porque un largo banco de arrecife le impedía salir a alta mar por el lado opuesto.

—Vigile usted con cuidado todos sus movimientos, señor Wharton —dijo el capitán—. Acaso sea pronto para mandar zafarrancho de combate, señor Smeaton, pero ponga usted a sirvientes y puntadores junto a los cañones, por si acaso tratara de escapársenos. Mande preparar los cañones de caja y coloque los hombres, dispuestos al abordaje, en el castillo de proa.

En aquella época, las tripulaciones inglesas tenían la costumbre de prepararse al combate con la serenidad tranquila de marinos que obedecen a una rutina diaria. En pocos minutos, silenciosa y ordenadamente, se agruparon los marinos alrededor de los cañones, o se apoyaron en los mosquetes, mientras se apuntaba el cañón de caja contra el débil adversario.

—¿No es el «Slapping-Sal»? —preguntó el teniente al capitán.

—Sin duda ninguna —contestó éste—, señor Wharton.



—Parece que no les ha gustado mucho nuestra aparición. Han cortado el cable del ancla y están izando velas.

Indudablemente, el brick pensaba luchar para conseguir la libertad. Unas tras otras, se elevaban las velas cuadradas y se podía ver en las jarcias a la tripulación meneándose sin descanso. El buque no trató de pasar bajo el fuego del enemigo, sino que se fue derecho hacia el estuario. El capitán Johnson se frotaba las manos.

—Trata de encallar, señor Wharton, y vamos a tener que cerrarle el camino. Bonito barco es, pero me parece que habría hecho mejor maniobrando de proa a popa.

—Es una tripulación de sublevados.

—¿De veras?

—Sí, señor; así me lo han contado en Marsella. Fue un lance tristísimo. Asesinaron al capitán y a los dos tenientes. Enrique Hudson se puso al frente de la rebelión. Parece que es natural de Londres, y el bribón mayor del mundo.

—El primer paseo que haga le llevará seguramente al patíbulo, señor Wharton. La tripulación parece numerosa. No me parecería mal tener a bordo a unos veinte mozos de esos, que serían un buen refuerzo, pero desgraciadamente, serían muy capaces de pervertir a los míos.

Ambos oficiales examinaban el brick con sus catalejos. De pronto se sonrió el teniente, enseñando la blanca dentadura, y el capitán se puso más colorado.

—Vea usted a Enrique Hudson en persona, junto al empalletado de popa —dijo el teniente.

—¡Habrá pícaro insolente! Antes de que acabemos con él, ya nos hará alguna jugarreta de las suyas. ¿Se le podría alcanzar con el cañón largo de a 18, señor Smeaton?

—En cuanto adelantemos un cable, será posible.

Mientras hablaban, hizo el brick un movimiento, y salió de sus portas una nube de humo. Aquello era pura bravata, porque el cañón no alcanzaba ni con mucho. Luego, con elegante balanceo, se encontró otra vez el brick a sotavento, y dio otra bordada por el estrecho.

—Mucho baja el mar —indicó el segundo teniente.

—El mapa señala una profundidad de seis brazas.

—Sí; pero con la sonda no se encuentra más que cuatro.

—Cuando aclaremos este punto, sabremos cómo estamos fondeados. ¡Ah! Ya me parecía a mí… Vamos adelante, señor Wharton, que se me figura que

ahora es nuestro.

Pronto dejó de verse la fragata desde alta mar, y se dirigió hacia el estuario. Según iba entrando en la curva formada por las dos riberas, parecía que éstas convergían hacia un mismo punto, situado a una milla de distancia. En un ángulo, y lo más cerca posible de la orilla, el brick con las barras guarnidas, presentaba el costado a su adversario. El pabellón negro ondeaba en lo alto de la mesana. Wharton había vuelto a la cubierta, con su sable de abordaje al costado y dos pistolas enganchadas en el cinturón, y miraba con curiosidad el emblema del pirata.

—¿Será el «Jolly Roger»? —preguntó.

El capitán dijo enfurecido:

—No tardaré mucho en colgarlos de sus vergas. ¿Qué embarcaciones necesita usted, señor Wharton?

—Creo que bastará con la chalupa grande y el bote pequeño.

—Tome usted cuatro, y acabemos. Apriete usted bien a esos mozos, que yo le ayudaré y les daré que hacer con los cañones de a 18.

Entre el ruido de las cuerdas y el crujir de los palanquines, se botaron al mar las embarcaciones, en las cuales se precipitó apresuradamente la tripulación: los marineros con los pies descalzos, los soldados de marina, intrépidos, los guardias marinas, sonrientes. A popa, sentados junto a las escotas, estaban los oficiales, con rostros serios de maestros de escuela. El capitán, de codos en la bitácora, seguía vigilando el brick. La tripulación de éste izaba las jarcias de los empalletados, llevaba los cañones a estribor y abría en las portas nuevas troneras para utilizarlos; preparábanse, en resumen, a resistir desesperadamente. En medio de los tripulantes, un coloso con gorro colorado en la cabeza, con barbas negras que le cubrían la cara hasta los ojos, dirigía el zafarrancho, inclinándose y levantándose alternativamente y dando voces. El capitán le miró con amarga sonrisa a través del catalejo, y luego, cerrando éste bruscamente, se volvió y se quedó unos minutos estupefacto.

—¡Vuelvan las embarcaciones! —gritó con voz potente—. ¡Zafarrancho de combate a bordo! ¡Preparen los cañones del entrepuente! ¡Largue las velas, señor Smeaton, y prepárese a virar de bordo cuando sea necesario!

En la punta del estuario acababa de aparecer un buque enorme. Su inmenso bauprés amarillo (debajo del cual se erguía un mascarón con grandes alas blancas), salía por encima de los palmares y surgían hacia el cielo tres palos desmesurados. En la mesana ondeaban los tres colores de la bandera francesa.

Entraba en el estuario el buque y el agua azul se deshacía junto a su roda en blancas y espumosas franjas. Pronto se vio la elegante curva de su costado negro con su listón de cobre resplandeciente y por encima la línea de hamacas blancas como la nieve. Formando recias filas, se apoyaban en el empalletado grupos de hombres. Las velas bajas estaban cargadas, levantadas todas las portas y dispuestos los cañones a vomitar proyectiles. Mientras estaba anclada y oculta por uno de los promontorios de la isla, los vigías de la «Gloria» habían visto el callejón sin salida donde entraba imprudentemente la fragata inglesa, y el capitán Milon persiguió a la «Leda», lo mismo que el capitán Johnson perseguía al «Slapping-Sal».

Sin embargo, en tan terrible aprieto, la robusta disciplina de la tripulación inglesa hizo prodigios. Regresaron rápidamente las embarcaciones; sus tripulantes escalaron los costados del buque, los botes volvieron a los pescantes. Lleváronse las hamacas para los heridos a la cubierta, limpiose ésta de la jarcia inútil, abriéronse pañoles y almacenes, se apagó el fuego de las cocinas y los tambores tocaron a zafarrancho de combate. Un tropel de marineros se precipitó a las drizas para izar las velas con objeto de que la fragata pudiera virar de bordo, mientras los sirvientes de la artillería, quitándose chaquetas y camisas, se apretaban los cinturones, corrían a las piezas de diez y ocho y miraban por las portas abiertas el buque francés que avanzaba majestuosamente.

La brisa era escasa y apenas rizaba las azules ondas, pero las velas se fueron hinchando lentamente a impulsos del viento que pasaba por encima de las arboledas de la isla. También había virado el buque francés y los dos enemigos se dirigían lentamente hacia el mar a toda vela; la «Gloria» se había adelantado algo.

La vieron orzar, para cortar el camino a la «Leda», pero el buque inglés hizo la misma maniobra y ambos barcos siguieron su camino tan silenciosamente, que se oía el ruido de las baquetas cuando los marineros franceses cargaban las armas.

—Poco sitio tenemos para hacer evoluciones, señor Wharton —dijo el capitán.

—He asistido a batallas navales durante las cuales había menos —contestó el teniente.

—Tenemos que conservar la distancia y fiarlo todo a nuestra artillería. Está muy bien servida, y si en vez de eso vamos al abordaje, podríamos encontrarnos en malas condiciones.

—Veo los morriones de los soldados franceses a bordo de la fragata.

—En efecto, lleva dos compañías de infantería ligera de la Martinica. ¡Vamos, ya está ahí! Todo a babor. Larguémosle la andanada al pasar por su popa.

La penetrante mirada del capitán había observado que la superficie del mar se rizaba ligeramente, lo cual indicaba que leve brisa acababa de levantarse y la había aprovechado para cortar camino al buque enemigo, soltándole la andanada. Pero apenas había pasado la «Leda» por delante del francés, tuvo que volver a tomar el viento para sostenerse a distancia de la costa y no varar, a causa de la marea baja. Aquella maniobra lo llevó a estribor del buque francés, cuyos costados vomitaban una andanada contra la elegante fragata inglesa. Inmediatamente corrieron los gavieros a los flechastes, calando los masteleros de sobrejuanete. La «Leda» trató nuevamente de atacar al enemigo de través, haciéndole fuego con todas sus baterías.

Otra evolución hizo el capitán francés y los dos barcos navegaron a la misma altura, a tiro de cañón, trabando uno de esos tremendos desafíos, que señalarían nuestros mapas marinos con manchas de sangre si se acostumbrara a indicar los puntos donde se dan combates de tal naturaleza.

En aquella atmósfera pesada de los trópicos, el humo del cañoneo formó pronto, por falta de viento, como una muralla blanca, que rodeaba a ambos buques y de la cual sólo sobresalían las puntas de los palos. No podían verse mutuamente los dos barcos; no distinguían más que los fogonazos que iluminaban los costados. En medio de aquella inmensa nube de humo, se lavaban, apuntaban y disparaban los cañones de la toldilla y del castillo de proa. Los soldados de marina, cuyas filas formaban dos líneas rojas, hacían fuego graneado, pero ni ellos ni los artilleros podían darse cuenta del resultado, ni de las averías sufridas por su buque, pues envueltos por el humo de los cañones, apenas podían distinguir lo que ocurría a su lado.

Entre las salvas no interrumpidas de la artillería, se oía el continuo estruendo de los disparos de mosquetería, el estrépito de las bordas que estallaban y el ruido sordo de las jarcias y garruchas que se derrumbaban sobre cubierta. Los tenientes estaban detrás de la línea de cañones, paseando arriba y abajo, mientras el capitán Johnson agitaba el sombrero para dispersar el humo que le rodeaba y miraba con ansiedad en derredor.

—¡Esto es maravilloso! Bobby —dijo al teniente que acababa de acercársele.

Y recobrando de pronto el dominio de sí mismo, al recordar la jerarquía, añadió:

—¿Qué pérdidas tenemos, señor Wharton?

—Hemos perdido el mastelero mayor y el extremo del palo de mesana.

—¿Qué ha sido del pabellón?

—Ha caído al mar.

—A ver si creen que lo hemos arriado. Mande usted izar el pabellón de una de las embarcaciones en la verga de mesana.

—Sí, señor.

Una andanada hizo pedazos la bitácora a dos pasos de los oficiales; otra derribó uno encima de otro, sobre un charco de sangre, a dos soldados de marina. Disipose un momento el humo, y el capitán pudo observar que las balas de los cañones enemigos, más pesadas que las inglesas, habían producido efecto desastroso. La «Leda» era un montón de ruinas; la cubierta estaba llena de cadáveres. La mayor parte de las troneras estaban destrozadas, reventadas las portas y un cañón de a 18 que se había tumbado sobre la cureña, apuntaba al cielo. La línea de los soldados de marina se sostenía, los hombres cargaban y descargaban los mosquetes, pero la mitad de los cañones quedaba reducida al silencio y los sirvientes yacían muertos o heridos junto a las piezas.

—¡Prepárense a rechazar el abordaje! —gritó el capitán.

—¡Cuchillo en mano, muchachos! —exclamó Wharton.

—No disparéis hasta que aborden —dijo el capitán de infantería de marina.

Pronto vieron al enorme buque francés avanzar fantásticamente por en medio de la muralla de humo, de la cual se desprendía. En su empalletado, en las jarcias y en los flechastes estaban prontos a lanzarse al abordaje los marineros. Brotó de las portas la última andanada, y el palo mayor de la «Leda», partido en dos pedazos a poco trecho de la cubierta, osciló un momento en el aire y se desplomó en seguida encima de los cañones, matando a diez hombres e inutilizando la batería.

Un momento después, chocaban ambos buques y el ancla de estribor de la «Gloria» se enganchaba en las cadenas de mesana de la «Leda». Resonaron grandes gritos y los marinos franceses se prepararon a asaltar la fragata inglesa.

Pero sus plantas no habían de pisar la ensangrentada cubierta, porque de repente, dos trombas de metralla, seguidas, cayeron sobre los franceses. Los soldados y marineros ingleses aguardaban al enemigo con los cuchillos levantados y apuntando los mosquetes, pero vieron con asombro que las

masas negras del enemigo desaparecían y se alejaban. En el mismo instante, el costado de babor de la «Gloria» vomitó una andanada en dirección opuesta.

—¡Limpiad la cubierta! —gritó el capitán—. ¿Contra quién disparan?

—¡Dejad desembarazada la batería! ¡Ya son nuestros, muchachos! —exclamó el teniente.

A fuerza de hachazos se quitaron los estorbos, y pronto pudieron entrar en fuego algunos cañones. La cadena del ancla del buque francés quedó cortada, y la «Leda» libre del lazo fatal. Notose de pronto en las vergas de la «Gloria» nueva actividad, y los marineros ingleses, estupefactos, gritaron:

—¡Se van hacia alta mar! ¡Se van hacia alta mar!

Era verdad; los franceses ya no disparaban y se alejaban a toda vela, pero los ingleses, que lanzaban gritos de triunfo, no podían enorgullecerse por aquella supuesta victoria. Cuando se disipó el humo no fue difícil adivinar la razón que había obligado a alejarse a los franceses. Durante el combate, los dos buques habían ganado poco a poco la entrada del estuario, y al ruido del cañoneo avanzaba la «Dido» a todo andar y se encontraba a unas cuatro millas de distancia.

El capitán Milon había combatido ya con bastante valor aquel día, y la «Gloria» se fue derecha hacia el Norte, mientras la perseguía la «Dido» disparando sus piezas de caza, hasta que tras el promontorio se perdieron de vista ambos buques.

Mal andaba la «Leda»; llevaba el palo mayor roto y reventadas las portas. Había perdido el mastelero de juanete y el extremo de la verga de mesana. Todas las velas tenían grandes desgarrones, y sobre la cubierta yacían más de cien muertos y heridos.

A poca distancia de la fragata, flotaba entre las olas la roda de un buque, en la cual se leía en letras blancas sobre fondo negro: «Slapping-Sal».

—¡Vive Dios! El brick fue el que nos salvó, señor Wharton —dijo el capitán—. Hudson ha acudido a auxiliarnos, y la andanada de los franceses ha destruido su brick.

El capitán giró sobre sus talones y empezó a pasearse arriba y abajo. La tripulación empezaba a tapar los agujeros ocasionados por las balas, y a componer todas las averías. Cuando vio al poco rato el teniente al capitán, observó que se había dulcificado la impasible expresión de su boca y de sus ojos.

—¿Han desaparecido todos? —preguntó.

—¡Todos! A ellos y al buque se los ha tragado el mar.

Ambos oficiales miraron el nombre siniestro inscrito en la roda zarandeada por las olas; al lado de palos y jarcias destruidos flotaba un pedazo de tela negra, resto del pabellón inmundo, y muy cerca iba al garete el gorro colorado.

—Era un bribón —dijo el capitán—, pero seguía siendo inglés. Vivió como un perro, pero ¡voto a tal! ha muerto como un hombre.

LOS TRES CORRESPONSALES

En medio del inmenso desierto de arena anaranjada y rocas ennegrecidas, no se distinguía más que un grupo de palmeras que resaltaba majestuoso como una cúpula. Se erguía solitario en la ribera, bajo la cual corrían las aguas obscuras del Nilo, que huían con rapidez hacia la catarata de Ambigale, ribeteando de espuma blanca los enormes cantos, redondeados por el trabajo de las aguas, que aparecían a trechos en la superficie. Por encima brillaba un cielo azul, puro, sin una nube: el sol enviaba sus resplandores a los arenales del desierto, y se reflejaba en los cascos de los jinetes que por momentos adquirían el color ardiente de una fragua. El sol estaba casi en el cénit, de modo que la sombra de los caballos apenas era mayor que éstos.

—¡Ah! —exclamó Mortimer limpiándose la frente—. ¡Quién diría que pagaríamos cinco chelines por pillar semejante temperatura en un hamman!

—Precisamente —repuso Scott—, pero es que en un hamman, a nadie se le ocurriría pedirle a usted que hiciera un viaje de veinte millas a caballo, cargado con gemelos, revólver en su estuche, cantimplora y a la espalda una porción de baratijas como las que adornan un árbol de Navidad. El jardín de invierno de Kew es excelente para conservar las plantas delicadas, pero no es local a propósito para entregarse al ejercicio de la barra fija. Yo opino que nos paremos en este bosquecillo de palmeras hasta la noche.

Mortimer se enderezó en los estribos y echó una larga mirada hacia el Sur. En todas direcciones no se veían más que peñascos, al parecer carbonizados, y la arena anaranjada. Pero en un sitio bastante lejano se distinguía una línea intermitente que parecía haber sido trazada a través de las rocas y bajar hasta el río. Era una antigua vía férrea que los árabes habían destruido hacía tiempo, pero que los egipcios, más civilizados, empezaban a reconstruir. En todo aquel país desolado, no hay más vestigio de obra humana.

—Hay que decidirse —dijo Scott—: el grupo de palmeras, o nada.

—Bueno, si es necesario, vamos allá, aunque me pesa cada hora de retraso, mientras no alcancemos la columna. ¿Qué dirían nuestros jefes de redacción si llegáramos después de terminado el combate?

—Amigo, es usted harto veterano en estas cosas, para creer que un general con sentido común, en esta época empezara a dar el ataque antes de llegar los representantes de la prensa.

—¿De veras? —exclamó el joven Anerley— ¡pues yo creía que todos los militares nos tenían por gentuza aborrecible!

—«Los corresponsales de los periódicos y los turistas son una casta de gente completamente inútil». ¿Ha leído usted ese aforismo en la «Cartilla del soldado», de lord Wolseley? —dijo Scott—. Ya conocemos el paño, Anerley —añadió guiñando el ojo a través de sus lentes azules—. Si hubiera que dar batalla, pronto tendríamos detrás un pelotón de caballería para hacernos adelantar más aprisa. Ya he estado en quince combates, y en cada uno se había cuidado de dejar un puesto de elección exclusivamente para los «reporters».

—Todo eso está muy bien, pero el enemigo quizá tuviera menos consideraciones —respondió Mortimer.

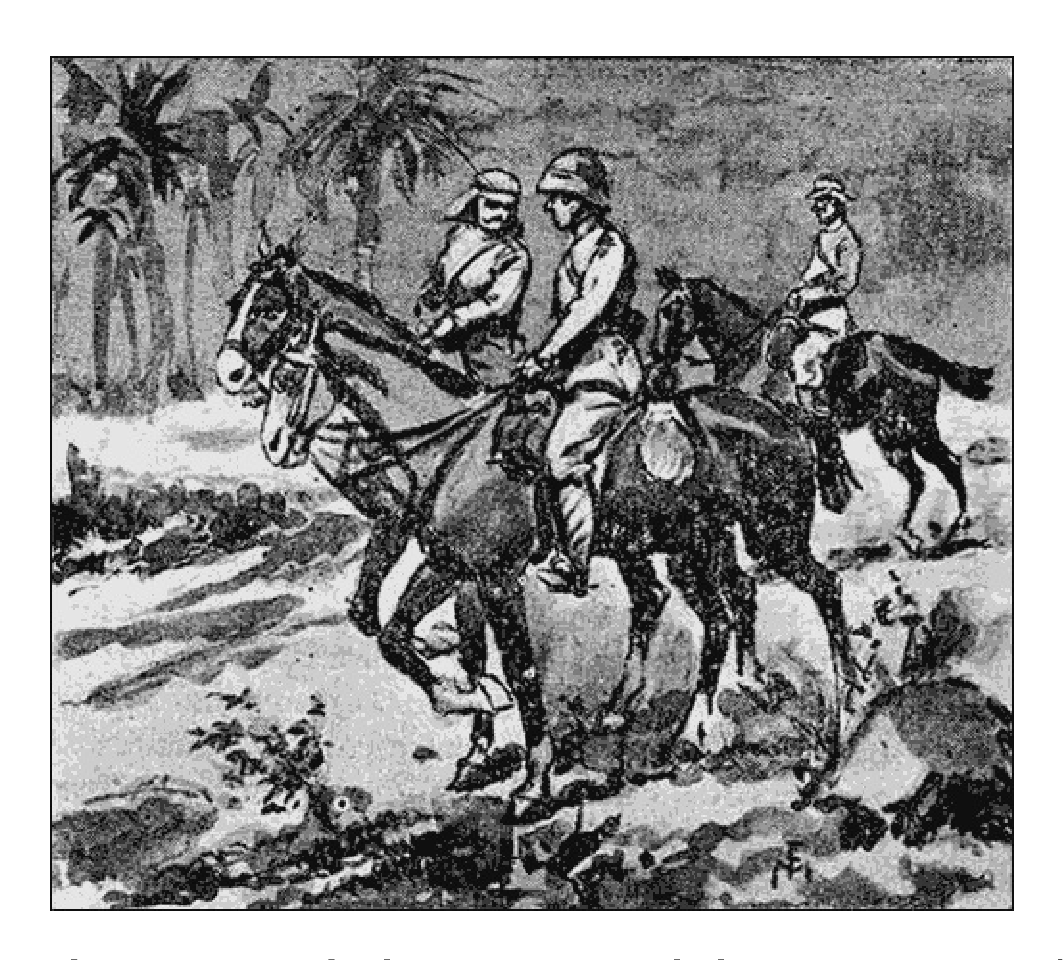
—El enemigo carece de fuerzas bastantes para trabar el combate.

—Por lo menos, puede haber una escaramuza.

—Más probable es que el enemigo quiera atacar por retaguardia. En tal caso, estaremos muy bien colocados.

—Verdad es. Mala suerte tendría el corresponsal de la agencia Reuter, que se ha empeñado en ir con la vanguardia. Nos apearemos, y almorzaremos tranquilamente debajo de las palmeras.

Bajaron los tres juntos. Cada cual representaba a uno de los grandes diarios de Londres. El «repórter» de la agencia Reuter estaba seis millas delante, y otros dos «reporters» de diarios de la noche, montados en camellos, seguían veinte millas detrás. Los cinco representaban los ojos y las orejas del público, de esos millares de personas silenciosas que habían pagado todos los gastos de la expedición y aguardaban con paciencia el momento de recoger el resultado de sus sacrificios.



Aquel cuerpo escogido de representantes de la prensa se componía de personas realmente notables. Dos de ellos eran veteranos de la vida del campamento; el tercero hacía su primera campaña y respetaba mucho a sus colegas, que gozaban de tanta notoriedad.

El primero se llamaba Mortimer, y representaba al periódico «La Inteligencia». Alto, derecho, bien plantado, de cara atezada, llevaba una blusa de kaki, calzones de montar de paño, y faja roja. A influjo del viento y del sol, su cutis había adquirido el color del pan moreno de Escocia, y estaba moteado por las picaduras de los mosquitos y moscas del desierto.

El segundo, algo más bajo, pero más avispado, con barba y pelo rizados, de color de azabache, meneaba sin cesar con la mano izquierda un latiguillo para espantar las moscas. Se llamaba Scott, y era representante de «El Correo». Había atravesado más peligros y había llevado a cabo más hazañas que ningún otro colega suyo, salvo Chandler, un «repórter» eminente cuya gloria nadie había sobrepujado, pero cuya edad le había obligado a descansar.

Mortimer y Scott formaban un contraste viviente, y el secreto de su buena amistad debía de consistir en la diferencia de sus caracteres. Se completaban mutuamente. La fuerza del primero residía en la debilidad del segundo. Entre ambos formaban un todo perfecto. Mortimer era de origen sajón, y como tal, lento, concienzudo y muy reflexivo. Scott era de origen celta, vivo,

imprevisor y de inteligencia rápida. Mortimer tenía más fondo, Scott más atractivos. Mortimer era el pensador, Scott el orador. Por extraña coincidencia, aunque ambos hubieran seguido campañas de guerra, nunca se habían encontrado juntos. Ambos habían asistido separadamente a todos los hechos de armas de la historia contemporánea. Scott había andado por Plewna, y en las campañas de Shipka, de Zululandia, de Egipto y de Suakin. Mortimer había visto la guerra boer, las campañas de Chile, Bulgaria y Servia, la expedición de Gordon, la de la frontera de las Indias, la revolución del Brasil y la conquista de Madagascar. La experiencia —adquirida con aquellas aventuras— daba gran encanto a su conversación. Las hipótesis, las conjeturas que generalmente se repiten en la conversación del común de los mortales, estaban cuidadosamente desterradas de las suyas: el que hablaba afirmaba lo que había visto u oído, y no había que insistir más.

A pesar de su buena amistad, existía un vivo sentimiento de rivalidad profesional entre ambos hombres. Seguramente cada cual habría arriesgado sin vacilar su existencia para socorrer a su colega, pero ninguno habría sacrificado su periódico para ayudar al compañero.

Nunca fue mayor el deseo de un jockey de que su caballo gane la carrera, que el júbilo que cada «repórter» experimentaba cuando veía su original llenar las columnas de su periódico, mientras las del vecino no contenían dato alguno sobre el hecho sensacional del día. Respecto a este punto, se trataban uno a otro con franqueza absoluta. Se habían declarado que estaban dispuestos, tanto Mortimer como Scott, a adelantar una etapa sobre su compañero, y ambos estaban de acuerdo en cuanto a que sus obligaciones hacia los periódicos eran superiores a otra cualquiera consideración personal.

El tercero se llamaba Anerley, y representaba a «La Gaceta». Era joven, inexperto, y, al parecer; algo incauto. Tenía el labio inferior algo caído y una mirada tan dormilona, que habría podido parecer afectada a un observador. Había asistido dos veces a las maniobras de otoño, como corresponsal de su periódico, y el colorido de las descripciones había impulsado al director a utilizar sus talentos más en grande, nombrándole «repórter» de guerra. Una deferencia amable para sus dos colegas, de larga y madura experiencia, le había hecho captarse sus simpatías, y si a veces les bacía sonreír su ingenuidad, se alegraban de tener consigo a un colega del cual nada tenían que temer. Desde el día que dejaron por última vez la línea telegráfica de Sarras, se habían dado cuenta de las ventajas que le llevaban a su joven émulo, comparando los dos caballos soberbios y rápidos que les pertenecían,

y les servirían para enviar los despachos, con un caballejo de Siria comprado a poco precio por el inexperto corresponsal de «La Gaceta».

Los tres se habían apeado, y dejaron sus cabalgaduras a la grata sombra de las palmeras, la cual resultaba tan bien sobre la arena, que cada viajero levantaba maquinalmente los pies, como si temiera pisar una alfombra de palmas.

—Las palmeras son excelentes perchas —dijo Scott colgando revólver y cantimplora de los ganchos naturales que salían del tronco—, pero como sombra dejan algo que desear. Es cosa rara que al adaptar la naturaleza los seres y las cosas a las necesidades del medio, no haya elegido para los trópicos árboles más sombríos.

—Como la higuera chumba, ¿verdad?

—O como el espléndido baobab del país de los ashantis, que puede resguardar con su sombra a todo un regimiento.

—Tampoco es malo el árbol de tek en Burmah… ¡Anda! todo el tabaco se ha desperdigado por el saquillo de la silla. Demasiado pronto se seca con esta endiablada temperatura. ¿Ve usted llegar de lejos nuestro equipaje, Anerley?

—Sí. Dentro de cinco minutos estará aquí.

En mitad del sendero que serpenteaba a través de las rocas, avanzaba lentamente una caravana reducida de camellos con equipajes.

Veíasela alargarse y ondular sucesivamente, mientras las cabezas de las bestias de carga se volvían lentamente a un lado y a otro, con actitudes de viejas coquetas.

Iban delante de la caravana, montados en borricos, tres criados bereberes, y detrás los camellos árabes. Así habían andado nueve horas largas desde la salida de la luna, siguiendo el cansado andar de los camellos, unas dos millas y media por hora. Hombres y bestias adelantaban con mayor rapidez desde que habían columbrado el bosquecillo de palmeras, bajo el cual los tres representantes de la prensa se habían parado para descansar, permitiendo hacer lo mismo a sus cabalgaduras. En pocos minutos los alcanzaron; se descargaron los equipajes, se ataron los animales, se encendió el fuego, se fue a buscar agua al río y cada animal tuvo pronto enfrente la comida colocada en una alfombra de esas que todo árabe bien nacido lleva siempre consigo para comer, con su fiel compañero del desierto. La luz deslumbradora, las medias tintas que proyectaba en el suelo la sombra de las palmeras verdes, que resaltaban sobre el cielo sin nubes, de azul vivo; el paso silencioso de los servidores árabes, el chisporroteo del fuego, el olor a madera quemada, las cabezas desdeñosas y tranquilas de los camellos, todo aquello formaba un

cuadro familiar para quienes han vivido en aquellos países llenos de sol, cuyo recuerdo se les presenta en sueños no pocas veces.

Scott estaba cascando huevos en una fuente, mientras cantaba con voz sentimental y profunda una antigua canción del amor. Anerley, con la cabeza y los brazos metidos en un cajón, se abría camino por en medio de cajas de conservas, de caldo concentrado, de pollos y sardinas, para buscar unos tarros de dulce que había en el fondo. Mortimer, siempre concienzudo, tomaba notas sobre la conversación que había tenido la víspera con un ingeniero de ferrocarriles. De pronto, levantando los ojos, vio al mismo ingeniero montado en un alazán que aparecía y desaparecía bruscamente entre las fragosidades del terreno.

—¡Calla! Ahí está Merryweather.

—En mal estado parece que trae el caballo, como si le hubiera hecho galopar horas enteras… ¡Eh! ¡Por aquí, Merryweather!

El ingeniero, hombre de corta estatura, rechoncho, con barba roja y puntiaguda, parecía que al principio quería pasar del campamento sin pararse. Al oír que lo llamaban, hizo un rodeo, y acortando el paso del caballo, se dirigió hacia el grupo.

—¡Por amor de Dios, deme de beber! —gimió—. Se me pega la lengua al paladar.

Mortimer se levantó rápidamente para alargarle un odre lleno de agua clara. Scott le presentó la cantimplora de whisky y Anerley un vasito de latón. El ingeniero bebió con tal avidez, que perdía la respiración.

—Y ahora tengo que echar a andar otra vez —dijo, sacudiéndose las gotas de licor pegadas al bigote.

—¿Nada nuevo?

—Una pequeña dificultad en la construcción del ferrocarril. Tengo que ir a ver al general. Es una gran diablura no tener telégrafo.

—¿No tiene usted nada que decirnos que pudiera ser útil para los periódicos?

Y ya habían sacado los cuadernos del bolsillo.

—Puede que les diga a ustedes algo después de haber visto al general.

—¿No hay derviches por este lado?

—Nada hay de particular. ¡Arriba! ¡Señores, hasta la vista!

Y durante algunos momentos oyeron los tres colegas al principio el rumor sordo de los cascos del poney sobre la arena, y después sobre las piedras del desierto; por último, cesó todo ruido y acabaron por perder de vista al viajero.

—No hay nada importante —dijo Mortimer, mirando hacia el sitio por donde había desaparecido el ingeniero.

—Sí; lo importante es que se nos han quemado los huevos y el jamón… No, no… nos hemos salvado, están en su punto. Venga el cofre, Anerley; deme usted el cuaderno de notas, Mortimer. Trabaje el tenedor y huelgue la pluma ahora. ¿Qué le pasa a usted, Anerley?

—Dudaba si lo que acabamos de ver merece la pena de mandar un despacho.

—Mándelo usted, y en la redacción verán si les conviene insertarlo. Ya sabe usted que no tiene que pensar en consideraciones pecuniarias. Nuestro oficio es siempre enviar despachos, aunque no sea más que para justificar nuestro derecho a llevar traje de kaki.

—Está muy bien; pero ¿qué les diré?

Sonrió el austero semblante de Mortimer al oír aquella ingenuidad del principiante.

—No se acostumbra en nuestra profesión a dar informes mutuos; pero ya que mi telegrama está preparado, no tengo inconveniente en enseñárselo a usted. Pero esté seguro de que no se lo enseñaría si fuera importante.

Anerley cogió el despacho y leyó lo siguiente:

«Obstáculos detuvieron Merryweather, marchado viaje para conferencias general; comunicaré después clase dificultades; rumores corren sobre presencia derviches».

—Es bastante conciso —dijo Anerley frunciendo el ceño.

—¡Conciso! —exclamó Scott—; al revés: es demasiado explícito. Si el director de mi periódico recibiera un telegrama con tal redacción, menudo escándalo armaría. Yo suprimiría «viaje», suprimiría «clase» y «rumores corren». A pesar de estas supresiones, mi director encontraría el medio de convertirlo en un suelto lo menos de veinte líneas.

—¿Y cómo?

—Voy a hacerlo, para que lo vea usted y se convenza. Déjeme la pluma.

Garabateó algunos renglones en su cuaderno.

—Ahí tiene usted el suelto que se podría hacer.

«El señor Carlos H. Merryweather, eminente ingeniero de ferrocarriles, encargado actualmente de construir la línea del Sahara, con dirección al desierto, ha tropezado con obstáculos considerables que pudieran dificultar la realización de obra tan importante en todos conceptos (claro que el director conoce de oídas a Merryweather, y está al corriente de su vida; de modo que la palabra obstáculos le sugeriría todo lo escrito). Hoy se ha visto en la

necesidad de emprender un largo viaje de cuarenta millas por el desierto para tener una conversación con el general acerca de las medidas oportunas para llevar a cabo su tarea. Oportunamente se comunicarán al público pormenores más completos sobre la naturaleza especial de las dificultades que han surgido. Todo está tranquilo en la línea de comunicación, aunque rumores persistentes hacen creer en la presencia de derviches al Este del desierto». (Despacho de nuestro corresponsal particular.)

—Conque ¿qué le parece a usted el sueltecito? —preguntó Scott con acento de triunfo, enseñando al sonreír los dientes blancos entre la barba negra—. ¡Valiente substancia tiene lo que se le hace tragar al buen público!

—¿Y cree usted en el fondo que todo eso le interesa al buen público?

—Sí, sí; todo le interesa, de todo quiere enterarse, y sólo con saber que hay un individuo con 2.500 francos al mes para informarle, de todo, se llena de júbilo el suscriptor.

—Mucho le agradezco que me dé esos pormenores.

—Declaro que no es costumbre entre nosotros, porque hemos venido a este país, en resumen, para luchar unos contra otros, si es posible. ¡Bueno! se acabaron los huevos, y tendremos que dedicarnos al dulce… Como dice Mortimer, un despacho de esta clase carece de importancia y no sirve más que para demostrar a nuestros directores que estamos efectivamente en el Sudán, y no en Monte-Carlo. Cuando haya que trabajar seriamente, cada cual para sí.

—¿Cree usted que es cosa absolutamente indispensable?

—¿Y cómo no?

—Pues a mí me parece que si tres hombres se arreglaran entre sí para combinar sus esfuerzos y repartirse las noticias que cada cual pudiera adquirir, conseguirían mejor resultado, y cada uno de ellos saldría ganando.

Los otros dos se quedaron estupefactos, dejando de comer dulce con pan. Pintose en sus caras la expresión de un desdén profundo.

—No estamos aquí para divertirnos —dijo Mortimer mirando a través de sus gafas—. Estamos aquí para hacer cuanto podamos por nuestros periódicos respectivos. ¿Cómo podrían sostener la competencia si ésta no existiera entre nosotros? Para combinar nuestros esfuerzos, sería mucho más sencillo suscribirse a la Agencia Reuter.

—Claro, esa combinación quitaría a nuestra profesión su única gloria —dijo Scott—; ahora vamos todos a porfía a adquirir mejores noticias que telegrafiar; si reuniéramos nuestros esfuerzos, no tendríamos ningún interés en llegar los primeros.

—Ahora el corresponsal mejor montado es el que tiene más probabilidades en su favor —dijo Mortimer mirando los dos caballos ingleses, elegantes, rápidos y de sedoso pelo, pertenecientes respectivamente a él y a Scott, y comparándolos mentalmente con el caballejo sirio, de pelaje gris, que no debía de haber costado muy caro al representante de «La Gaceta»; prosiguió:

—Así obtiene la justa recompensa de su previsión y de su iniciativa; cada cual para sí y gloria al más digno.

—Único es el medio para descubrir al más hábil. Ahí está el famoso Chandler. Nunca habría adquirido su incomparable celebridad, si no hubiera obrado siempre solo. Ya saben ustedes que cierto día hizo creer a uno de sus colegas que se había roto una pierna, y en cuanto éste fue a buscar a un médico, salió a escape para el telégrafo.

—¿Y esos medios son lícitos?

—Todos son lícitos. Aquí juegan unos contra otros y no hay más.

—Bueno —dijo Anerley—, pues yo califico de poco honrado ese acto.

—Califíquelo usted como quiera. El caso es que el periódico de Chandler pudo publicar el resultado de la batalla cuando los demás no habían dicho palabra. Eso constituyó su gloria.

—Tomemos ahora a Wertlake como ejemplo. ¡Eh! Abdul, puedes levantar la mesa… Wertlake, con objeto de ser el primero en dar ciertas noticias a su periódico, no vaciló en fingirse correo oficial y logró hacerse llevar utilizando los relevos preparados para el verdadero correo. El periódico que representaba Wertlake ganó con aquello medio millón.

—¿Y también les parece a ustedes leal el procedimiento?

—¿Por qué no?

—Me parece este acto muy semejante al robo y que por lo menos constituye una falsedad.

—Pues yo no dejaría de hacer lo mismo para llenar una columna en un buen periódico de Londres. ¿No es eso, Scott?

—Yo, por mi parte, no retrocedería más que ante un asesinato.

—Yo no me fiaría de usted, pues hasta de eso lo creo capaz.

—No, no llegaría nunca al asesinato para dar original al periódico; indudablemente sería contrario al deber profesional; sin embargo, si un extraño se encontrara entre una oficina telegráfica y un corresponsal de periódico cargado de notas y trabajo, se pondría en grave peligro. Le diré a usted francamente, querido Anerley, que si ha venido usted al Sudán con semejantes escrúpulos, mejor habría hecho quedándose en Londres. Nuestra

vida está llena de cosas imprevistas, nuestro género de trabajo no puede someterse a reglas fijas. Más adelante quizá se reglamente nuestra profesión, pero hasta ahora no lo está. Haga usted lo que pueda, emplee el medio que le parezca, pero sobre todo, sea el primero en llegar a la estación telegráfica. Ese es el consejo que lo doy. Añadiré que cuando emprenda usted una nueva campaña, hará bien en adquirir el mejor caballo que pueda, aunque le cueste muy caro. Mortimer puede que me gane, quizá le gane yo a él, pero la verdad es que tenemos las cabalgaduras más rápidas del país. No hemos despreciado ninguna probabilidad favorable.

—No estoy muy seguro de ello —dijo Mortimer—, porque, ya sabe usted que si un caballo adelanta a un camello en un trayecto de veinte millas, ocurre lo contrario en uno de treinta.

—¿Cómo? ¿Uno de estos camellos corre más que un caballo? —preguntó asombrado Anerley.

—Uno de estos no, pero sí el verdadero camello de carrera, animal montado por los derviches, que le hacen recorrer con rapidez distancias considerables.

—¿Y corren más que un caballo al galope?

—Ya lo creo. Un caballo no podría seguirlos, porque durante todo el trayecto llevan un andar constante; no necesitan pararse para comer ni beber, y tienen el pie más seguro que el caballo. En Halfa hubo carreras de esta clase, y cuando la distancia pasaba de 30 millas, siempre ganaba el camello.

—De todos modos nada tenemos que echarnos en cara, Scott, porque me parece poco probable que nos alejemos treinta millas de una estación telegráfica. De todos modos, vamos a cargar los equipajes a las cinco, y nos quedan tres horas libres. ¿No ven ustedes en lontananza a los corresponsales de los periódicos de la noche?

Mortimer examinó el horizonte hacia el Norte con sus gemelos.

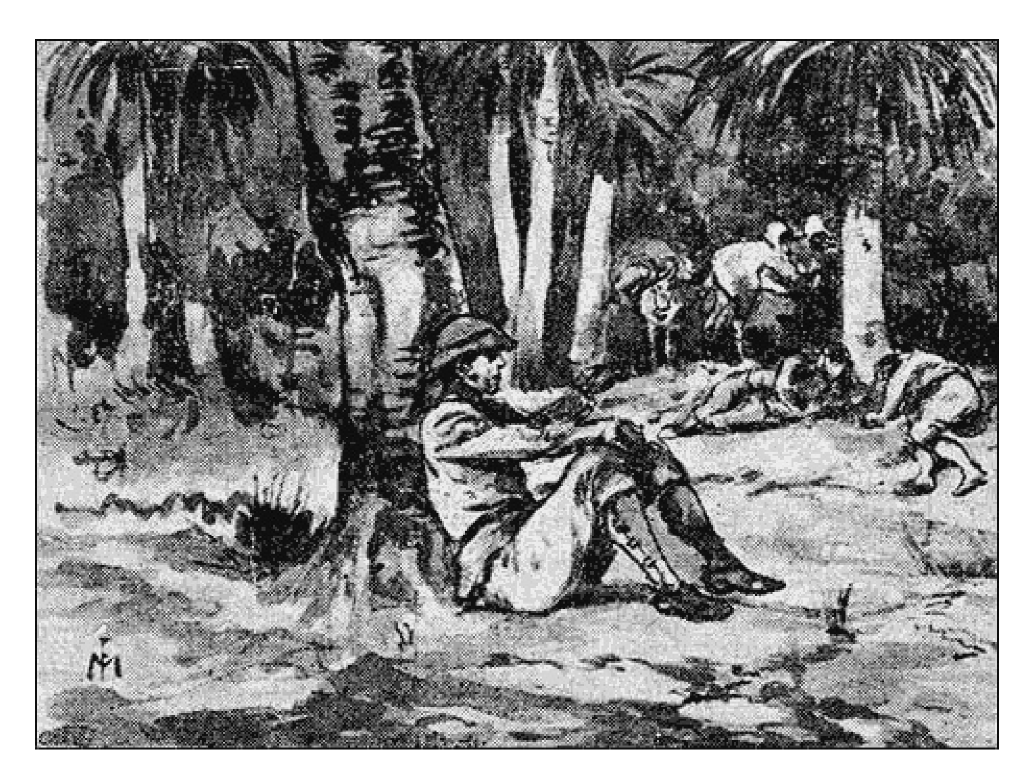
—No. Nada se ve aún.

—Capaces son de haber querido viajar con todo el calor, idea digna de estos infelices que representan a los periódicos de la noche… Cuidado con las cerillas, Anerley… estas palmeras saltan y arden como un polvorín, si se les arrima fuego… Hasta luego.

Los dos colegas se instalaron debajo de sus mosquiteros y al poco rato dormían ambos con el sueño del justo, como suele ocurrir a la gente acostumbrada a vivir al aire libre.

El joven Anerley, con el cigarro en la boca, se había apoyado en una palmera y reflexionaba acerca de los consejos que le habían dado. Al fin y al

cabo, aquellos hombres eran eminencias de la profesión y no había de reformar sus métodos un neófito en la carrera. Si el deber de ellos era servir a los periódicos que contaban con su adhesión, a él le correspondía hacer lo mismo. Les agradeció su franqueza y su generosidad, que le habían puesto al corriente de las reglas del juego. Lo que ellos hicieran haría él.



La tarde era ardorosa, y las franjas de espuma que se arrollaban a los peñascos sembrados por el Nilo, daban una impresión atractiva de frescor. Pensó de todos modos que no sería prudente en algunas horas, ceder a la tentación y darse el lujo de un baño frío. Una reverberación intensa hacía resplandecer la arena y las rocas del desierto.

Brillaban en lontananza las ondas de calor; no corría un hálito de viento, y el zumbido de los insectos invitaba al sueño. Anerley, después de acudir la ceniza del cigarro, se disponía a tumbarse en su cama improvisada, cuando su mirada distinguió a lo lejos, en el desierto, hacia el Sur, algo que se movía.

Era un jinete que galopaba hacia ellos con toda la velocidad que le permitían las desigualdades del terreno. Empezó por creer Anerley que era algún mensajero del ejército, pero cuando le dio el sol en la cara, descubrió la barba que llameaba como el oro. No podían existir dos jinetes con la barba de aquel color; indudablemente era Merryweather que volvía; pero ¿cómo se explicaba su vuelta? ¡Parecía tan impaciente por ver al general, y volvía atrás sin cumplir su tarea! Por culpa del caballo no podía ser, pues devoraba el espacio.

Anerley cogió los gemelos de Mortimer para ver mejor, y pudo distinguir un caballo cubierto de espuma y un hombre jadeante que avanzaba a todo galope, pero nada explicaba, en apariencia, el misterio de su regreso súbito.

En un momento dado, corcel y jinete desaparecieron en un repliegue del terreno. Indudablemente se encontraban en uno de esos barrancos angostos que llevaban al río y el joven aguardó, con los gemelos en la mano, pensando verle reaparecer al momento; pero pasaban los minutos sin que diera señales de vida, como si el barranco se los hubiera tragado. De pronto vio brotar de entre las rocas una nubecilla blanca, y alargarse como onda de bruma por el desierto. Al momento despertó a Mortimer y a Scott.

—Levántense ustedes. Me parece que acaban de fusilar a Merryweather los derviches.

—¡Y el agente de Reuter, no está aquí!

Así gritaron ambos veteranos con acento de triunfo y tirando de los cuadernos.

—¡Acaban de fusilar a Merryweather! ¿Pero dónde, cuándo, cómo?

En pocas palabras les contó Anerley lo que había observado.

—¿No ha oído usted nada?

—Nada.

—Verdad es que las rocas pueden amortiguar el ruido de un tiro. ¡Miren ustedes esos cernícalos!

Dos enormes aves obscuras se cernían en el cielo azul, y mientras hablaba Scott bajaban dando vueltas al barranco.

—¡Esto marcha! —dijo Mortimer con la nariz metida en su cuaderno.

«Merryweather, camino cortado por derviches, retrocedió; muerto por un tiro; mutilado; comunicaciones cortadas por "raid" derviches». ¿Va bien así?

—¿Cree usted que han cortado el camino?

—Naturalmente. Si no, ¿a qué había de volver?

—¿Y por qué dice usted que lo han mutilado?

—No es la primera vez que me encuentro con árabes.

—¿Adónde va usted?

—A Sarras.

—Yo también, vamos allá.

Asombrado estaba Anerley del sentimiento egoísta que se notaba en el lenguaje de sus colegas. En su deseo de mandar noticias a los periódicos, parecía que no se daban cuenta de que su campamento, sus criados y sus propias personas estaban, digámoslo, así, en la boca del lobo. Y mientras hablaban se oían las descargas que sonaban entre las rocas y el silbido de las

balas por encima de sus cabezas. Una rama de palmera cayó a sus pies e inmediatamente los seis criados se precipitaron junto a ellos, enloquecidos, pidiendo protección.

Mortimer fue el que organizó la defensa, pues conservaba toda la serenidad. El alma céltica de Scott se entusiasmaba de tal modo al pensar en todo el original para el periódico que se le presentaba, que resultaba demasiado exuberante el periodista para tomar el mando efectivo. Mortimer en cambio, grave y severo, con sus gafas azules, no tardó en imponerse a los criados.

—«Lali henna… Egri…». ¿De qué demonios os asustáis? Resguardad a los camellos detrás del tronco de las palmeras y atadlos con solidez. ¿Nunca habéis oído silbar balas? Esconded los borricos por un lado. ¡No pongáis ahí mi caballo para que sirva de blanco! Colocadlo con los otros dos entre el bosquecillo y el río, resguardado de los disparos. Esos mozos parece que tiran más alto que en 1855.

—Pues esa bala ha hecho algo —exclamó Scott oyendo un ruido mate como el producido por una piedra en un montón de lodo.

—¿A quién ha tocado esa bala?

—Al camello obscuro que rumiaba allá abajo.

Mientras hablaban, el pobre animal se tendió en el suelo con la lengua fuera y cerró los grandes ojos sombríos.

—Ese es un tiro que me cuesta 15 libras esterlinas —dijo Mortimer enfadado—. ¿Cuántos serán esos bribones?

—Me parece que no son más que cuatro.

—Cuatro armados con fusiles, seguramente, pero puede haber más, con armas blancas.

—No lo creo; es un grupo pequeño de caballería que se ha acercado a explorar estos parajes. Y diga usted, Anerley, ¿es la primera vez que entra usted en fuego?

—Sí, señor —respondió el joven «repórter», que en aquel momento experimentaba una sensación indefinible de curiosidad, valor y emoción.

—El amor, la pobreza y la guerra son tres cosas que hay que experimentar cuando se quiera alardear de haber vivido por completo. ¡Vengan los cartuchos! Este incidente es un pequeño bautismo de fuego, porque detrás de los camellos está usted tan seguro como en un salón del Club de los Autores, de Londres.

—Tan seguro, quizá —añadió Scott—, pero menos confortablemente también. De buena gana tomaría un vaso de vino del Rhin con agua de Seltz.

Sin embargo, Mortimer, podemos decir que tenemos buena suerte. ¡Vaya una cara que pondrá el general cuando sepa que la primera escaramuza la ha dado la columna de la prensa! Pues, ¿y el agente de Reuter que se está asando hace una semana con el grueso del ejército? ¿Y los pobres periódicos de la noche, que no podrán publicar la noticia más que cuando los nuestros la hayan dado a luz? Otra bala ha atravesado mi mosquitero… ¡De buena me he librado!

—Ha herido a uno de los borricos.

—Esto se va poniendo mal; nos veremos obligados, si sigue así, a llevar a lomos nuestros equipajes hasta Khartum.

—No importa; todo eso nos da materia para telegramas. Desde aquí me parece estar viendo los epígrafes de los artículos: «Ruptura de la línea de comunicaciones». «Asesinato de un ingeniero inglés». «Ataque a la columna de la prensa». Va a ser asombroso.

—Muy bonito, pero no sé cómo seguirá el artículo —dijo Anerley.

—«Nuestro corresponsal particular herido» —gritó Scott cayendo de espaldas—. Poco ha sido —prosiguió levantándose—, una rozadura en la rodilla. Esto empieza a ponerse feo y me va pareciendo que estaría uno más seguro en la sala del Club. —¿Quiere usted diaquilón?

—Ahora veremos. Cosa desagradable es verse fusilado desde lejos. Quisiera verlos en campo raso.

—Ya se acercan.

—Este es un excelente revólver: no tiene más defecto que el de disparar un poco alto. De modo que cuando necesito estimular la digestión de alguien, apunte a los pies. ¡Por vida de…! Ya nos han roto la cafetera.

Una bala de Remington había atravesado con gran estrépito la cafetera de parte a parte y una nube de vapor se había levantado por encima del fuego. En los peñascos se oyeron gritos salvajes.

—Creen esos idiotas que hemos volado. Ahora se nos echarán encima, tan fijo como estamos aquí, y tendremos que disparar nosotros. ¿Tiene usted su revólver, Anerley?

—Tengo este magnífico fusil de caza, de dos tiros.

—Es la mejor arma que se puede inventar para esta clase de ejercicios. ¿Y qué cartuchos?

—Postas de caza.

—Muy bien. Yo siempre llevo encima esta pistola de dos cañones cargada con postas, porque un revólver de reglamento sería tan inútil para detener a estos mozos, como una cerbatana.

—Se me figura que en este país todos los medios son buenos, porque el convenio de Ginebra no rige al Sur de la primera catarata. Encontrábame un día en Tamay en medio de un cuadro que acababa de ser roto…

—¡Un momento! —dijo Mortimer asegurándose bien las gafas—. Me parece que se nos vienen encima.

—Y son —dijo Scott mirando el reloj—, las cuatro y diez y siete minutos.

Anerley se había tendido detrás de un camello, resguardado de las balas y contemplaba con interés palpitante las rocas que se erguían enfrente. De cuando en cuando veía levantarse ligeras nubes de humo blanco, que se sucedían con cortos intervalos, pero ni una vez había podido distinguir a los agresores. Experimentaba una sensación extraña, misteriosa, fantástica, al pensar en aquellos enemigos invisibles que a cada momento se le iban acercando más. Cuando se hizo pedazos la cafetera, pudo oír sus gritos de alegría, y casi simultáneamente una voz poderosa había proferido palabras cuyo sentido no había podido entender, pero que a Scott le habían hecho encogerse de hombros, diciendo:

—¡Antes tienen que cogernos!

Anerley, deseoso de conservar su serenidad hasta el fin, había creído conveniente no preguntarle la traducción de la frase a la cual había contestado su colega.

El fuego había empezado a la distancia de algunos centenares de yardas, y por el escaso alcance de sus armas no podían responder los corresponsales. Si sus enemigos hubieran seguido en aquella posición, no les habrían quedado a los periodistas más que dos probabilidades de salvación: intentar una salida de resultado muy dudoso, casi sin esperanza, o resguardarse detrás de la línea de camellos y seguir así lo más posible, con la esperanza de que el ruido de las descargas llamara la atención de la columna, que los socorrería. Afortunadamente para nuestros héroes, el africano nunca confía del todo en su fusil y sus instintos primitivos, que le arrastran a batirse cuerpo a cuerpo con el enemigo, son demasiado poderosos para dejarle admitir ninguna otra estrategia.

El enemigo se acercaba, pues, cada vez más y Anerley pudo distinguir por primera vez una cara que le miraba por encima de una roca. Era una cabeza enorme, de pelo crespo, mandíbula robusta y expresión feroz; el tipo puro del negro. Brillaban en sus orejas adornos de metal. Aquel hombre blandió, estirando el largo brazo, su fusil Remington y lo tendió en su dirección.

—¿Hay que disparar? —preguntó Anerley.

—No; no está a tiro y el plomo se desparramaría.

—¡Y es pintoresco el mozo! —dijo Scott—. Podría usted utilizar ahora el kodak, Mortimer. Ahora sale otro.

Un árabe de facciones finas, barba negra y puntiaguda apareció de pronto por detrás de otra roca. Llevaba en la cabeza el turbante verde, insignia del «hadje», y en su rostro se retrataba el fanatismo religioso.

—Parecen un tropel abigarrado.

—Seguro estoy de que este último pertenece a una de esas tribus batalladoras de los baggaras —observó Mortimer—. Crean ustedes que es hombre peligroso.

—Sí, parece bastante feroz. Por allí sale otro negro… Otro…

—¡Otros dos más! Deben de pertenecer a la tribu de los dimgas, pueblo que da los mejores soldados de nuestros batallones indígenas. No gozan más que batallando y les importa poco la causa. Si esos imbéciles tuvieran un poquito de entendimiento comprenderían que el árabe es su enemigo hereditario y nosotros sus verdaderos protectores. ¿No será estúpido de veras ese idiota que está enseñando los dientes precisamente a los representantes de quienes han abolido la trata de negros?

—¿Y no podríamos explicarle…?

—Sí, ya se lo explicaré cuando se acerque, no tenga cuidado, pero será con esta pistola de dos cañones. Ojo, Anerley, que ya vienen… ya están ahí.

Verdad era. Se precipitaban hacia adelante mandados por el árabe del turbante verde. Detrás de él corría el negro de los pendientes de plata. Era un verdadero gigante que les llevaba la cabeza a otros dos negros que le seguían, mientras escalaban las rocas unos tras otros. Anerley, sin poderlo remediar, recordaba sus deportes de cuando estaba en el colegio, y el tiempo en que sujetaba una de las puntas de la cuerda en las carreras de obstáculos. Admiraba aquella exaltación salvaje, aquella carrera loca, el flotar de las telas brillantes, el relampaguear del acero, los movimientos desordenados de aquellos brazos negros, el aspecto de aquellas caras furiosas, el frenesí de su marcha. El inglés es, por naturaleza, tan respetuoso para con la ley, considera la vida humana cosa tan santa y sagrada, que el joven «repórter» apenas podía concebir que aquella gente se precipitara hacia sus colegas y hacia él con el designio determinado de matarlos, y que él, por su parte, tenía derecho de legítima defensa. Allí permanecía tendido, contemplándolos como si fuera simple espectador.

—¡Vamos, Anerley, llegó el momento; apunte usted al árabe! —gritó una voz.

Apuntó el fusil, y al fin del punto de mira vio la cara salvaje del árabe. Tiró del gatillo, pero a cada momento veía agrandarse aquella cara, y ponerse más feroz. Dos veces más tiró del gatillo. Oyó dos tiros de revólver a su lado, y vio que una mancha roja coloreaba el pecho del árabe.

—Tire usted, imbécil, tire usted —gritó Scott.

Otra vez tiró del gatillo sin mejor resultado. Dos nuevos disparos sonaron cerca de él, y el negro gigantesco cayó al suelo, se levantó, y volvió a caer otra vez.

—¡Pero arme usted el fusil, so idiota! —gritó una voz furiosa.

Instantáneamente, y con precipitado arranque, saltó el árabe por encima del camello tendido, y Anerley sintió caer sobre su pecho los pies desnudos de su enemigo. Como en sueños, creyó luchar con todas sus fuerzas contra un ser que se revolcaba por el suelo con él, y luego oyó como una formidable explosión cerca de su cara. Fue el último recuerdo que le quedó del primer combate en que tomó parte.

—¡Hasta la vista, amigo! Pronto se pondrá usted bueno. ¡Paciencia!

Era la voz de Mortimer.

Anerley, al cual se dirigían aquellas palabras, se dio cuenta vagamente de la despedida de su colega, viendo su rostro característico, sus ojos cubiertos de recios anteojos, mientras su pesada mano caía en su hombro.

—Mucho siento dejarle a usted, pero no tendremos poca suerte si llegamos a tiempo para enviar nuestros despachos, de modo que puedan salir en las ediciones de la mañana.

Mientras hablaba, apretaba Scott las cinchas del caballo.

—Ya cuidaremos de poner en los telegramas que ha salido usted herido, lo cual hará comprender a su periódico el motivo que le ha impedido a usted darle noticias. Si por casualidad encontrara usted a los corresponsales de la Agencia Reuter o de los periódicos de la noche, no diga usted nada de lo ocurrido, Abbas le asistirá a usted, y mañana por la tarde estaremos de vuelta. Hasta la vista, y buena suerte.

Oyó Anerley aquellas palabras como entre sueños, y no tuvo fuerzas para contestar. Hasta que vio desaparecer entre las rocas los dos caballos esbeltos y elegantes de sus compañeros, no recobró del todo la memoria. Diose cuenta entonces de que la primera ocasión que se le había presentado para adquirir fama entre los corresponsales, se le acababa de escapar. En realidad, había asistido a una simple escaramuza, pero era la primera de la guerra, y el público de la metrópoli aguardaba con gran impaciencia las noticias frescas. Los lectores de «El Correo», y «La Inteligencia» serían los primeros en

recibirlas, mientras quedarían huérfanas de datos las columnas de «La Gaceta». Aquella idea le dio energía bastante para levantarse, lo cual hizo muy trabajosamente, apoyándose en el tronco de una palmera para conservar el equilibrio, porque se le iba la cabeza.

Apenas se levantó, atrajo su mirada el cadáver del gigante negro tendido en el suelo, agujereado el pecho por una bala. Las moscas del desierto zumbaban en tropel alrededor de sus heridas. A algunas yardas más allá estaba el cuerpo del árabe, con las dos manos cruzadas sobre una masa informe y ensangrentada que había sido su cabeza; sobre su pecho pesaba el fusil de Anerley, uno de cuyos gatillos estaba caído, y el otro puesto en el seguro.

—Sidi Scott fusiló a él con fusil de usted —dijo la voz de Abbas, único criado que chapurreaba el inglés.

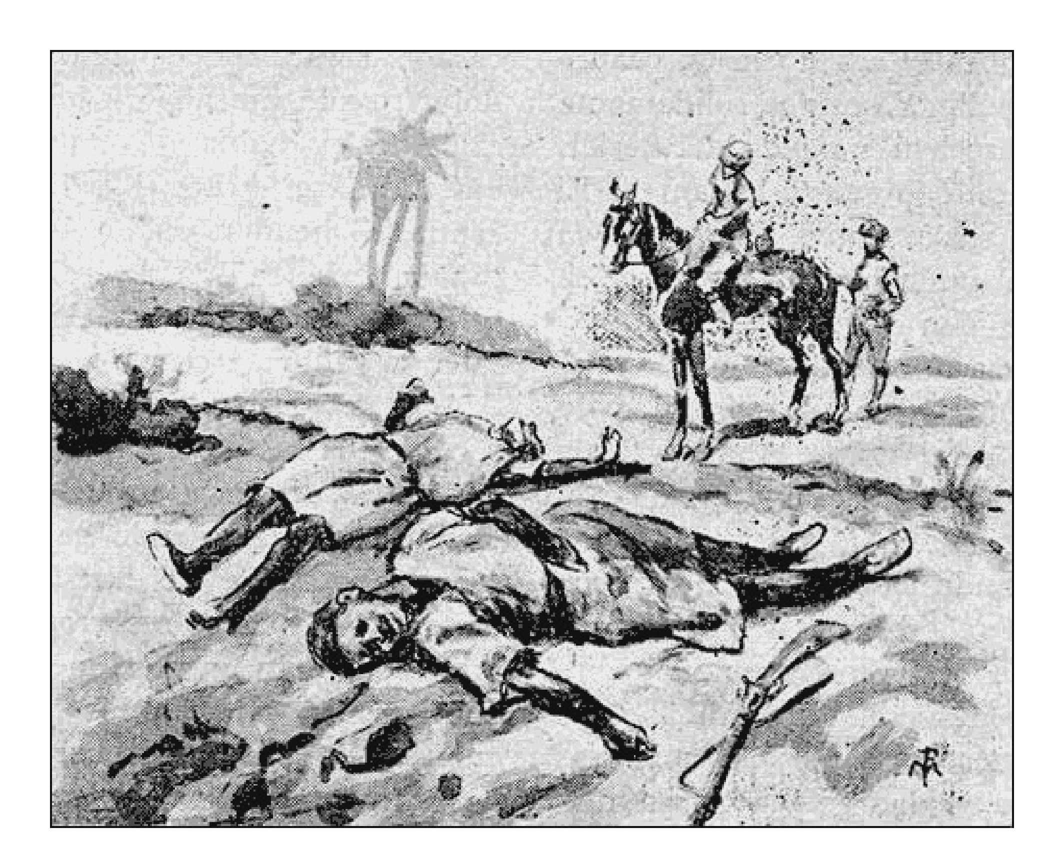
Anerley suspiró pensando en su infortunio. De tal modo había perdido la cabeza, que se le había olvidado montar el fusil, y no había sido el miedo la causa, sino el interés que le inspiraba el combate. Llevándose la mano a la cabeza, notó que le apretaba la frente un pañuelo húmedo.

—¿Dónde están los otros dos derviches? —preguntó, montando, como pudo, a caballo.

—Han huido: a uno le ha roto un tiro el brazo.

—¿Y a mí, qué me ha pasado?

—Sidi recibido cuchillada cabeza. Sidi cogido mal hombre por el brazo, y Sidi Scott ha hecho fuego. Sidi tiene la cara muy quemada.



No tardó Anerley en darse cuenta de que sentía en la piel una sensación como la quemadura, mientras hería su olfato el olor nauseabundo de pelo chamuscado. Se llevó la mano al bigote, que ya no existía. También habían desaparecido las cejas, pues no podía encontrarlas. Cuando rodó por el suelo con el derviche, debió de encontrarse su cara muy cerca de la cabeza de éste, y la explosión del arma durante la lucha había producido aquellos resultados, finalmente, bigote y cejas tendrían tiempo de crecer antes de que volviera a Fleet Street, pero quizá fuera más peligrosa la cuchillada recibida. ¿Pero le impediría llegar a la estación telegráfica de Sarras? Lo único que tenía que hacer para convencerse, era intentarlo.

Desde luego comprendió que su situación era muy difícil. No le quedaba más que su caballejo de Siria que estaba allí, iluminado por el sol poniente, con la cabeza baja, los miembros cansados, demostrando que la marcha de la mañana ya había sido excesiva para su debilidad. ¿Qué esperanza podía quedarle de hacer un trayecto de 35 millas a gran velocidad en semejante cabalgadura? Una carrera de tal longitud ya sería terrible para los soberbios corceles que sus colegas habían escogido como sobresalientes por su andar y su resistencia. El caso es, pensó, que conocía animales más resistentes todavía: los camellos de carrera. Si pudiera encontrar uno, puede que fuera capaz de llegar el primero a la meta, pues recordó la afirmación de Mortimer de que para una distancia mayor de treinta millas, aquellos animales valían

infinitamente más que los mejores caballos. ¡Si pudiera encontrar un camello de carrera!

De pronto le vino a la memoria otra frase de Mortimer. Cuando los derviches intentan una algarada, siempre montan camellos de carrera. Anerley descendió inmediatamente de su caballo.

¿Cuáles eran las cabalgaduras utilizadas por los derviches, cuyos cadáveres yacían allí? En un momento escaló las rocas, a pesar de las protestas de Abbas, que le seguía de cerca. Los dos fugitivos que habían podido escaparse, ¿se habían llevado los camellos, o se habían limitado a salvar sus vidas? Anerley determinó fácilmente el lugar donde había acampado el enemigo, viendo en el suelo muchos cartuchos vacíos. Inmensa fue su alegría cuando vio levantarse en un rincón el pescuezo blanco y alargado, la cabeza elegante de un camello como no había visto ninguno. Aquel animal maravilloso, gracioso como un cisne, se parecía al que transporta bagajes como el pesado caballo de labor al de pura sangre destinado a las carreras.

El animal estaba arrodillado junto a las rocas, y llevaba encima todavía el odre de agua a un lado, y el saco de víveres al otro. Sus rodillas, según la moda árabe, estaban atadas con una cuerda. Anerley, sin vacilar, cabalgó, mientras Abbas desliaba la cuerda. El joven, después de verse proyectado sucesivamente hacia adelante y hacia atrás, y agarrarse lo mejor que pudo a la montura, recobró el equilibrio en cuanto se levantó el camello. Ya estaba sólidamente sentado en el corcel más rápido del desierto. Quedose parado algunos instantes. El animal era tan suave como ligero, movía graciosamente el pescuezo y se volvía para mirar alrededor con sus ojos grandes y obscuros, mientras Anerley se colocaba, cruzando las piernas y empuñando el palo encorvado que le alargaba Abbas. Tenía en la mano las dos riendas, una de las cuales parte del hocico del animal y la otra del cuello, y recordando palabras de Scott, cuidó de utilizar la más baja. Tocó al fin con el palo el cuello oscilante, y un momento después oyó la despedida de Abbas, que parecía llegar desde muy lejos, mientras las rocas negras y la arcilla amarilla desfilaban ante sus ojos.

Era su primer experimento del camello de carrera, y las reacciones, aunque bruscas o irregulares, no tenían nada de desagradables. Aunque no tenía estribos ni punto fijo alguno para apoyar los pies, apretaba al camello con toda la fuerza de sus rodillas, inclinando el cuerpo frecuentemente adelante y atrás, como lo había visto hacer a los árabes. La silla era muy cóncava, y se daba cuenta de que se adhería a ella lo mismo que una bola de

billar que rodara por una bandeja. Para sostenerse, tenía que agarrarse con ambas manos a los costados de la silla. El camello, desde el principio, había empleado su andar rápido y ondulante, y las largas zancadas de sus cascos no hacían ruido alguno en la arena del desierto. Anerley se inclinó hacia atrás con las dos manos crispadas en la silla, y alentó al animal dándole voces.

Ya había desaparecido el sol detrás de la fila negra de los picos volcánicos que parecían numeroso hacinamiento de escorias en el orificio de una mina. A Occidente había tomado el cielo esos tintes maravillosos que forman una escala de los tonos sonrosado y verde pálido que hacen las noches tan idealmente hermosas a las orillas del Nilo. El mismo río, arremolinándose en medio de peñascos negros, había tomado los reflejos de los tintes del cielo. La reverberación de los arenales, el calor sofocante del día, el zumbido de los insectos habían cesado como por encanto, y a pesar del dolor que le causaba su herida en la cabeza, Anerley había de contenerse para no expresar con gritos la alegría física que sentía, al hender, en los lomos de aquella rápida cabalgadura, aquel aire fresco y fortificante, aquel viento del Norte que azotaba su ardorosa cara.

Acababa de consultar la hora en su reloj y calculaba mentalmente el tiempo transcurrido y la distancia franqueada. Eran algo más de las seis cuando dejó el campamento, y por razón de las fragosidades del terreno no podía recorrer más de siete millas por hora, un poco menos en los pasos peores, algo más en los mejores. Sus recuerdos del trayecto recorrido a la ida le hacían pensar que estos eran los más escasos. Suerte tendría si llegaba a Sarras entre media noche y la una. Se necesitaban además dos horas para transmitir el telegrama, porque había de ser transcrito y reexpedido por el Cairo. Con las probabilidades más favorables, no podían llegar sus despachos a Fleet Street antes de las dos o las tres de la mañana. Puede que saliera adelante, pero las circunstancias le eran muy contrarias. A las tres de la mañana estaba completamente terminado el ajuste del periódico. Si en aquel momento no habían recibido noticias suyas, su gloria de repórter había desaparecido. Lo que le parecía cierto es que el primero de los tres corresponsales que llegara a la ventanilla del telégrafo, sería el amo de la situación, y Anerley tenía, pues, gran interés en llegar el primero si se lo permitía la velocidad de su camello. Con tal esperanza, le tocaba el largo cuello con el palo, y cada vez se alargaban las patas del animal en carrera más precipitada. En ciertos lugares, bajaban hasta el río bancos de rocas; los caballos no podían salvarlos, y tenían que dar un rodeo, mientras los

camellos, más acostumbrados, los atravesaban pausadamente. Aquello le inspiró la convicción de que les ganaba terreno a sus colegas.

Pero cara le costaba la satisfacción que le causaba aquel pensamiento. Había oído decir que a personas que viajaban en sus condiciones los reventaba el viento, y que los árabes, cuando emprendían un viaje largo, acostumbraban a fajarse el abdomen con telas sólidas. Aquella precaución le pareció al principio superflua y algo ridícula, mientras anduvo por terreno liso. Al pisar suelo más roquizo, comprendió su utilidad. Traqueteado hacia adelante, y hacia atrás, y hacia los lados, cada reacción lo rendía por completo y sentía dolores desde las rodillas hasta la cabeza, como si le hubieran dado una gran paliza en los hombros, la columna vertebral y los riñones. Todo su cuerpo debía de ser una vasta equimosis. A veces trataba en balde de agarrarse al arzón de la silla para amortiguar algo el choque; alzaba las rodillas, cambiaba de postura, apretando los dientes con la firme voluntad de vencer o morir. Le parecía que le iba a estallar la cabeza: todas las articulaciones de sus miembros estaban como dislocadas.

Sin embargo, olvidó todos sus padecimientos cuando al salir la luna oyó a lo lejos, cerca del río, el ruido de cascos de caballos y comprendió que, invisible para sus compañeros, les llevaba algún adelanto. Pero aún no había hecho la mitad del trayecto, y eran las once.

Durante todo el día había resonado el chasquido del manipulador del telégrafo en el barraconcillo de hierro que servía de estación telegráfica de Sarras. Con sus paredes desnudas y los cajones que servían de asientos, aquel local era en aquellos momentos uno de los lugares más importantes de la superficie del globo, y el tic-tac monótono del aparato parecía ser el del reloj del Destino. Al extremo de cada alambre lanzado al espacio habían estado funcionarios importantes, transmitiendo a cada momento al empleado de aspecto militar, inundado en sudor, comunicaciones urgentes. El presidente del Consejo de Ministros de Francia había pedido al «Foreign Office» ciertas explicaciones, y un marqués de Inglaterra había transmitido su demanda al general comandante de la expedición, pidiendo noticias sobre la situación. Los despachos cifrados habían dejado al pobre empleado medio loco, porque la más enloquecedora de todas las operaciones, es la de transmitir un telegrama cuya cifra se desconoce. Durante todo el día se cambiaron notas diplomáticas entre todas las grandes cancillerías europeas, y el resultado de todas aquellas combinaciones venía a parar a la cinta del aparato, encerrado en aquella casilla de hierro. Por último, a las dos de la mañana había terminado el telegrafista la transmisión de un despacho largo, y rendido ya,

había abierto la puerta y encendía la pipa para fumar al fresco, cuando vio en la obscuridad un camello que se paraba y un hombre que, al parecer borracho perdido, avanzaba hacia el telégrafo haciendo eses.

—¿Qué hora es? —preguntó, con voz que no era de hombre ebrio.

El empleado estuvo por contestarle que era hora de que la gente razonable estuviera metida en la cama, pero recapacitó que durante una campaña no siempre es prudente quererse reír de una persona con traje color de kaki. Por lo tanto, se limitó a contestar que eran más de las dos.

No aguardaba el efecto que produjo su respuesta. La voz de su interlocutor enronqueció como la de un borracho, y el pobre tuvo que agarrarse a la puerta para no caerse.

—¡Las dos! —exclamó—. ¡Vaya, he perdido!

Envolvía la cabeza del desdichado un pañuelo manchado de sangre. Tenía la cara coloradísima y estaba con las piernas combadas, como sí no se pudiera tener. El empleado empezó a hacerse cargo de que le ocurría algo extraordinario.

—¿Cuánto tiempo se necesita para transmitir un telegrama a Londres?

—Unas dos horas.

—Y son las dos; de manera que no podrá llegar antes de las cuatro.

—A las tres.

—A las cuatro.

—No, a las tres.

—Pero si dice, usted que son las dos.

—Sí, pero hay una diferencia de más de una hora de longitud.

—¡Ah! Entonces llego a tiempo —exclamó Anerley, y tropezando se sentó en un cajón y empezó a dictar su famoso telegrama.

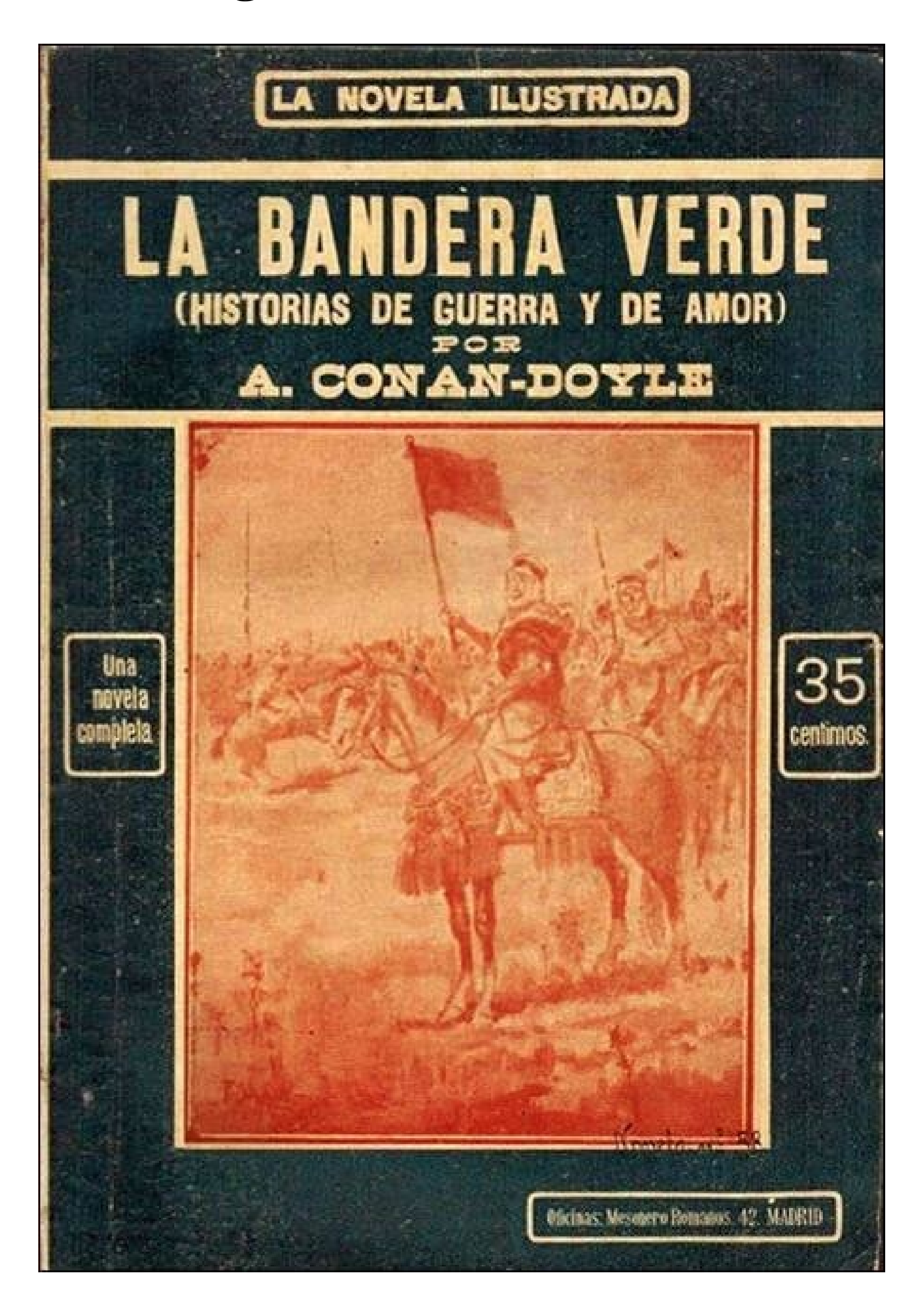
Así fue cómo «La Gaceta» pudo publicar toda una columna con un encabezamiento en letras gordas como las de un epitafio, mientras las hojas de «La Inteligencia» y «El Correo» estaban tan pálidas como las caras de sus directores. Y cuando sobre las cuatro de la mañana llegaron a la estación telegráfica de Sarras dos hombres derrengados en dos caballos despeados, se miraron en silencio y volvieron a marcharse sigilosamente, con la honda convicción de que hay situaciones que no puede expresar el lenguaje humano.

F I N



Láminas

Cubierta original de «La Novela Ilustrada»



Ilustraciones de Evgeny Vedernikov para «El Capitán Sharkey»









ARTHUR CONAN DOYLE. Médico, novelista y escritor de novelas policiacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes. Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en Escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir. Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes. Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro *Historia de Waterloo* (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico

militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902. Durante la I Guerra Mundial escribió *La campaña británica en Francia y Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924. Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).